




PAPELES

DE CUESTIONES INTERNACIONALES

CONTRA EL TERRORISMO:



JUSTICIA
DEMOCRACIA
EQUIDAD

Análisis de Robert Matthews,
Phyllis Bennis, Naomi Klein, Alberto Piris,
José M. Tortosa, Carmen Magallón,
Jonathan Schell, Jordi Raich,
Martha Honey, Tom Barry, Alejandro Pozo,
Mariano Aguirre y Manuela Mesa

PAPELES *n*^o 75 - 2001

De cuestiones internacionales

Director

Mariano Aguirre

Consejo de Redacción

Julián C. Carranza, Teresa Filesi, Vicenç Fisas, Manuela Mesa,
Alberto Piris, Francisco Rey, José María Tortosa

Coordinación y edición

Nieves Zúñiga García-Falces

Distribución

Rosa Vaquero

Colaboradores habituales y asesores

Jesús M. Alemany, Ana Alonso, Lucía Alonso, Patrick Costello, Javier Díaz Malledo, Alfonso Dubois, Johan Galtung, Vicente Garrido, Susan George, Xabier Gorostiaga, Fred Halliday, Michael T. Klare, Saul Landau, Robert Matthews, Maxine Molyneux, José M. M. Medem, Roberto Montoya, Ignacio Ramonet, Francisco Rojas Aravena, Pedro Sáez, José A. Sanahuja, Dan Smith, Joe Stork, Berna Wang

Papeles es una publicación trimestral del Centro de Investigación para la Paz (CIP), que forma parte de la Fundación Hogar del Empleado.

El CIP realiza diversas actividades sobre paz, seguridad y desarrollo.

Información sobre las actividades de la Fundación Hogar del Empleado y el CIP pueden solicitarse a Duque de Sesto, 40, 28009 Madrid.

Tel.: (91) 431 02 80. Fax: (91) 576 32 71.

Correo electrónico: cip@fuhem.es

Web: www.cip.fuhem.es

Documentación: cd@fuhem.es

Diseño de portada: Pedro Arjona

Diseño interior: Marian Cao

I.S.S.N.: 0214-8072

Depósito legal: M- 30.281 - 1993

Foto de portada: REUTERS. Manhattan el 12 de septiembre de 2001.

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las del Centro de Investigación para la Paz y son responsabilidad de los autores.

Impresa en papel ecológico.

Copyright: Fundación Hogar del Empleado. Todos los derechos reservados.
Para solicitar autorización de reproducción de artículos, escribir al Centro de Investigación para la Paz.

INTRODUCCIÓN

CONTRA EL TERRORISMO

El ataque de los fantasmas del pasado 11

Robert Matthews

El novísimo nuevo orden mundial 17

Phyllis Bennis

Crimen internacional, no guerra 23

Tom Barry y Martha Honey

Un agujero en el mundo 27

Jonathan Schell

Game Over 31

Naomi Klein

El emirato islámico de América versus los EEUU de Afganistán 35

Jordi Raich

Informe de situación: Afganistán 43

Alejandro Pozo

Irracionalidad inhumana y futuro de paz 49

Carmen Magallón Portolés

Los peligros del postterrorismo 51

Alberto Piris

La difícil tarea de entender 55

Jose María Tortosa

Contra el discurso de la represalia 59

Mariano Aguirre

Otras formas de enfrentarse al terrorismo 63

Manuela Mesa

Deben evitarse las represalias, debe hacerse justicia 67

Centro de Investigación para la Paz

Justicia, no guerra 69

Llamamiento de La Haya por la Paz

ACTUALIDAD

La destrucción creativa: ¿próxima fase de la economía mundial? 73

Walden Bello

La transformación del sistema económico y financiero internacional 77

Susan George

Violencia en Génova: solo daños y perjuicios 86

José Zepeda

Una mirada al paramilitarismo en Colombia	89
<i>Víctor de Currea-Lugo</i>	
La tragedia neoliberal de Haití	101
<i>Ramón Trujillo Morales</i>	
El futuro de los croatas en Bosnia-Herzegovina	109
<i>Mónica Tineo</i>	
La responsabilidad internacional con los refugiados palestinos	117
<i>Julieta Espín Ocampo</i>	

RESEÑAS DE LIBROS

La paz es una cultura, de Seminario de Investigación para la Paz	127
<i>Nieves Zúñiga</i>	
Ciudadanía europea e inmigración, revista CIDOB D'Afers Internacionals	129
<i>Sandra Gil</i>	
Diccionario de acción humanitaria y cooperación al desarrollo, de Karlos Pérez de Armiño; Diccionario práctico de derecho Internacional Humanitario, de Françoise Bouchet – Saulnier; World disasters report 2001. Focus on Recovery, de Cruz Roja	130
<i>Francisco Rey Marcos</i>	
Memoria de un compromiso. La psicología social, de Ignacio Martín-Baró	134
<i>Verónica Sánchez</i>	
La Yihad. Expansión y declive del Islamismo, de Gilles Kepel	137
<i>Rosa Meneses</i>	
Altruismo, mercado y poder. El Banco Mundial y la lucha contra la pobreza, de José Antonio Sanahuja	140
<i>José L. Cervera y Luis Peral</i>	
La participación de los niños en el desarrollo sostenible, de Roger A. Hart	143
<i>Marta Martínez</i>	

BIBLIOGRAFÍA

Globalización	149
<i>Susana Fernández Herrero</i>	

Los ataques realizados por un grupo de terroristas sobre Nueva York y el Pentágono, el pasado 11 de septiembre, han generado una fuerte crisis que tendrá serias repercusiones nacionales e internacionales. La tragedia ha tenido un poderoso contenido simbólico al impactar sobre centros de poder económico y militar de EEUU, y al no haber sido reivindicada. Las implicaciones son obvias en el primer caso, y generan incertidumbre en el segundo. La intención sería la de mostrar que no es un grupo político sino una identidad (la musulmana) o una parte del mundo (los pobres) los que han decidido rebelarse. Estos atentados han sido un asesinato en masa y van a provocar muchos efectos secundarios peligrosos. En lo inmediato, pueden producir una reacción militar de EEUU, y quizá de otros países, en contra de Afganistán en la medida que su Gobierno le ha dado protección al principal sospechoso, Osama bin Laden. Pero en los primeros diez días después del ataque se han producido una serie de movimientos que prefiguran el futuro, entre otros:

1. EEUU ha activado el artículo 5 de la OTAN que pide la solidaridad de los aliados. De este modo, el ataque por parte de uno o varios Estados (escenario sobre el que se construyó la Alianza) da lugar al terrorismo como amenaza ante la que se debe responder solidariamente. Esto abre un campo imprevisible ya que otros países pueden, en un momento dado, alegar que sufren atentados terroristas de una coalición internacional.
2. Tanto en EEUU como en Gran Bretaña se han tomado medidas preventivas contra la inmigración. Esto es un signo de los tiempos que se avecinan de mayor control social sobre las sociedades democráticas, hacia los inmigrantes, refugiados, y movimientos sociales críticos.

3. En EEUU se están adoptando una serie de medidas para volver a otorgar poder a los servicios de inteligencia. En los últimos 20 años estos se vieron limitados y supervisados por el Congreso. Esta es una tendencia peligrosa que, además, Europa no debe seguir.
4. Diversos Estados han aprovechado esta crisis para rehacer alianzas y mejorar su posición internacional, como ocurrió después de la guerra del Golfo. Por ejemplo, EEUU está fortaleciendo su posición hegemónica en general. La Unión Europea intenta controlar que EEUU no se lance a una aventura militar sin contar con ella, y que no salga excesivamente del marco legal internacional y de las medidas que pueda adoptar la ONU. Ésta última ha quedado relegada en los primeros días de la crisis y, posiblemente, Washington la use para legitimar parte o todas sus acciones. Rusia, por su lado, apoya las acciones de EEUU en Afganistán pero pide más participación internacional y que le dejen mano libre en Chechenia. Hay un interés común entre la UE y EEUU en reintegrar y normalizar a Irán en el sistema internacional, como una forma, además, de marginar más a Irak (un posible objetivo de represalias de Washington). Siria está usando la crisis para también ganar posiciones. El Gobierno de Israel quiere aprovechar para eliminar selectivamente a líderes radicales palestinos y debilitar más a la Autoridad Nacional Palestina, pero EEUU le está presionando para que facilite un alto el fuego y las negociaciones con el fin de poder mostrar a los países árabes que disminuye la tensión palestina-israelí. Previsiblemente, esto no será fácil de lograr.
5. Se han tomado una serie de medidas económicas y financieras para controlar los capitales que controlan las redes terroristas, con resultados por el momento difíciles de evaluar. Si estas medidas resultan, parece que sería posible controlar parte de las inmensas operaciones ilegales de capitales e inversiones que actualmente se mueven por el mundo alrededor de tráfico de armas, diamantes y otros bienes.

6. Los atentados en EEUU indican que las redes internacionales terroristas son poderosas. La mezcla de pobreza, fanatismo de las identidades excluyentes, y medios económicos provenientes de negocios ilegales y corrupción abren una perspectiva peligrosa y un desafío para las democracias. Las medidas preventivas deberán ir unidas a un serio debate y acciones para ocuparse de las raíces de los problemas. A la vez, las medidas que se tomen no deben afectar los pilares de las sociedades democráticas y, en cambio, deben favorecer la democratización en otros países.
7. Los atentados han creado un clima emocional en favor de represalias y medidas militares y policiales. Es preciso que se ponga por delante los principios de la Justicia (ver declaración del CIP en este número).
8. Los datos históricos son importantes. Nada justifica los atentados pero es preciso ver las conexiones del pasado, en este caso de EEUU, con grupos como los *muyahidin* afganos, con Pakistán —país que ha apoyado y mantenido a los talibán—, y aprender que cada acción de Gobierno, especialmente cuando se trata de Estados poderosos, tiene implicaciones futuras que se pueden ir de las manos. El sistema internacional tiene graves problemas, y no se puede seguir actuando con políticas de corto plazo.

Publicamos aquí una serie de análisis realizados con urgencia en los primeros días posteriores a los atentados. En los números siguientes se continuarán analizando los cambios en el sistema internacional que se han planteado a partir de este trágico septiembre.

Mariano Aguirre

Fe de erratas: en el número 74 de *Papeles de Cuestiones Internacionales* (página 167) columna izquierda, primera línea, en lugar de “numérico” debe decir “numinoso”.

El ataque de los fantasmas del pasado	11
El novísimo nuevo orden mundial	17
Crimen internacional, no guerra	23
Un agujero en el mundo	27
Game Over	31
El emirato islámico de América versus los EEUU de Afganistán	35
Informe de situación: Afganistán	43
Irracionalidad inhumana y futuro de paz	49
Los peligros del postterrorismo	51
La difícil tarea de entender	55
Contra el discurso de la represalia	59
Otras formas de enfrentarse al terrorismo	63
Deben evitarse las represalias, debe hacerse justicia	67
Justicia, no guerra	69

Contra el terrorismo

ROBERT MATTHEWS

El ataque de los fantasmas del pasado

En una ciudad que no se caracteriza por tener un clima realmente bueno, el 11 de septiembre, fecha fundamental en Nueva York, amaneció todo lo hermoso que uno podría esperar para un día de comienzos de septiembre. Entre las nueve y las diez de la mañana ese clima fue hecho añicos y reemplazado por una oscuridad surrealista que envolvió a la ciudad y la dejó sumida en un aprensivo sentimiento de vulnerabilidad y miedo. Brooklyn, donde vivo, muy pronto quedó cubierto de hollín y papeles que volaban desde las oficinas sentenciadas de las Torres. Lo impensable había ocurrido: los dos edificios más altos del país se habían desmoronado; dos más caerían en las siguientes 24 horas debido a la inestabilidad de la zona.

Con el choque de dos aviones contra las Torres Gemelas (símbolo del capitalismo estadounidense) y otro contra el Pentágono (encarnación del poderío militar), ese día se volvió realidad la abstracción de una amenaza terrorista masiva contra los neoyorquinos y todos los estadounidenses.

A medida que pasaban las horas y los días, las noticias eran cada vez peores. Durante la primera hora murieron 350 bomberos —nuestra compañía local de Brooklyn Heights fue prácticamente arrasada— y más de 100 policías. Bajo los escombros había cinco mil víctimas más. Prácticamente todos conocían o sabían de alguien que estaba desaparecido. Los canales de televisión cortaron su transmisión indefinidamente porque transmitían desde torres que estaban encima de los edificios. Cerraron los aeropuertos de todo el país. Durante tres días no fue posible acceder a Nueva York desde Nueva Jersey. No era posible entrar a pie a Manhattan por debajo de la calle 14 sin un certificado de residencia. Todo esto contribuyó a que en Manhattan se creara una fuerte e inusitada sensación de aislamiento. Fue la peor ofensiva contra EEUU desde el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941.

Robert Matthews es profesor en la Universidad de Nueva York

Traducción: Mariana Mendizábal

La propia medicina

Hay una cierta incongruencia en la violencia que azotó a la ciudad: símbolo y arquetipo de la urbanidad y civilización moderna creada por la ambición humana y alejada de las montañas y junglas de los numerosos conflictos actuales. Pensamos que el poder y la tecnología nos protegerían —tal como los valientes bomberos y policías que entraron en las Torres en llamas pensaron que esos magníficos símbolos del alcance arquitectónico del hombre jamás se derrumbarían—. Pero era una ilusión; no estábamos fuera de alcance. La actitud de los estadounidenses no volverá a ser la misma. Más allá del trágico coste en vidas humanas y de la destrucción del perfil de Manhattan, está el precio que deberá pagar el pueblo estadounidense: nuestra paz de espíritu y nuestra sensación de inviolabilidad. Pero así como todos fuimos tocados por la violencia, todos deberemos formar parte de su resolución.

Mi primera reacción fue de furia y pena inconsolable. Luego, mientras consideraba la falta de análisis por parte de los medios de comunicación de cómo le pudo haber ocurrido esto a EEUU, surgió una perspectiva crítica: no de cómo estos hombres lograron hacer algo así, sino de por qué nos convertimos en blanco de semejante odio. Creo que puedo entender que alguien odie lo suficiente a EEUU como para cometer un acto de terrorismo. También creo que puedo entender el hecho de morir por una causa; pero entiendo menos cuando contemplo a aquellos que creen que ganarán un lugar a la derecha de Dios mediante la matanza de inocentes.

Si este ataque fuera realmente el Pearl Harbor de la III Guerra Mundial, la primera guerra estadounidense del siglo XXI, probablemente será un asunto interminable. Enfrenta a una superpotencia contra un enemigo sin nacionalidad, cuyo poder radica en la fanática convicción de su causa, un nuevo tipo de amenaza para la seguridad estadounidense. Pero, a diferencia de la guerra convencional de Pearl Harbor, éste es un enemigo distinto, con diferentes tácticas que hacen que nuestros llamados misiles de defensa carezcan de sentido. Estos grupos rechazan la política en favor de una violencia primordial y redentora. En una especie de fundamentalismo reduccionista, la violencia pasa de ser la necesidad de una táctica a un principio intrínseco, es decir, la materialización de sus creencias. Como dijo Carlos Ivan Degregori sobre Sendero Luminoso (grupo guerrillero de Perú), la frase de Pascal “el corazón tiene sus razones de las que la razón no sabe nada” se convirtió en: “la razón tiene sus pasiones de las que el corazón no sabe nada”.

Mientras los comentaristas se centraban en los actos de los terroristas suicidas, de alguna manera, era más fácil pensar que los autores eran un grupo aislado de extremistas, en lugar de contemplar los millones de personas detrás de ellos que aplaudían su diabólico trabajo. Y aunque los comentaristas hagan hincapié en la planificación y habilidades imprescindibles para ejecutar esta misión de muerte y destrucción, parece más importante considerar la intensidad del odio necesario para llevarla a cabo. Es a esta condición subyacente a la que se debe hacer frente. Ya no estamos tan seguros como antes, y en más de un país se está pensando o diciendo que EEUU finalmente está probando un poco de su propia medicina.

Mientras desarrollamos una política para combatir al terrorismo, es esta reacción la que debe ser considerada seriamente.

La idea terrorista es que uno puede hacer la guerra a relativamente bajo coste, no tanto para ganar, sino para conducir una campaña con la que desgastar, aterrorizar, desestabilizar y desmoralizar, convertir el miedo en un arma para aplicar presión política sobre una situación, doblegar al adversario. La violencia de la guerra se vuelve un fin en sí mismo. Esto se acerca a la definición de guerra de baja intensidad, tal como fue teorizada y llevada a cabo en las últimas décadas de la guerra fría. A medida que siguen llegando descripciones del desastre del World Trade Center, va surgiendo una especie de aterradora simetría con la situación de numerosos lugares del Tercer Mundo durante los últimos 50 años. Gran parte de lo que se dice (muerte y mutilación de inocentes, carnicería sin sentido, devastación, destrucción gratuita de la propiedad, poblaciones aterrorizadas, caos) podría haber sido el resumen de los horrores en conflictos del mundo menos desarrollado en los que EEUU ha tenido muchas veces las manos manchadas de sangre. Un comentarista dijo que estas cosas suceden en otras partes del mundo, no en EEUU. Sí, y muchas veces es completamente ignorado.

La matanza que acabamos de presenciar, y que no debe quedar impune, sirve para recordarnos la terrible pérdida de vidas inocentes durante la confusa lucha contra el comunismo. Esas muertes se justificaban en nombre de la religión del anticomunismo o como defensa de la libertad. Igual que el 11 de septiembre, las víctimas civiles fueron el distintivo de los enfrentamientos durante la guerra fría en el Tercer Mundo, y todavía hoy podemos ver el terrible coste que significó para estos países: los civiles son aún las principales víctimas de la violencia de las guerrillas en Afganistán y en Angola. La violencia del pasado no sólo ronda el presente sino que lo define. Los campos de minas que ayudamos a sembrar en los lugares donde esos conflictos —incluyendo Nicaragua y Camboya— hicieron estragos durante la guerra fría, todavía siguen matando y mutilando civiles, sobre todo niños. EEUU no ha querido unirse a la gran mayoría de países que ha firmado un tratado para prohibir las minas terrestres.

Se estima que durante la guerra fría murieron 25 millones de personas, en su mayoría civiles, en 125 guerras diferentes. En realidad, la guerra fría fue caliente para esas víctimas de la gran lucha de poder ideológico entre EEUU y la URSS. Tales cruzadas maniqueas permitieron asesinar con impunidad, porque todo estaba racionalizado bajo el estandarte de la causa. El fanatismo siempre facilita que el fin justifique los medios. En el mejor de los casos, se considera el dolor y el sufrimiento de las personas como un daño colateral poco afortunado, en el peor, como un fenómeno concomitante inevitable y, por consiguiente, no computado en el cálculo de la toma de decisiones.

El ataque sobre el Pentágono y las torres del World Trade Center fue un acto de cobardía. Pero también se puede ver como el terrible precio que ha tenido que pagar EEUU por ser un poderío imperialista con su propio historial lamentable de políticas llevadas a cabo con una cruel indiferencia por la vida humana, especialmente la de civiles inocentes atrapados en la línea de fuego o que se volvieron objetivos legítimos de grupos armados financiados por EEUU. En Vietnam, durante la Operación Phoenix, el ataque, tortura y asesinato de poblaciones en Vietnam

*La violencia
del pasado no
sólo ronda el
presente sino
que lo define*

del Sur fue legitimado porque se percibían como parte de la infraestructura del enemigo. Los conflictos de baja intensidad¹ de la década de los 80 se hicieron para enviar mensajes sangrientos a la Unión Soviética y a los que se percibían como sus Estados clientes, y significaban que su desviación del mundo occidental les acarrearía una severa penalización. Estos conflictos regionales fueron terribles, en tanto EEUU y la URSS usaban a los pueblos del Tercer Mundo como carne de cañón en su enfrentamiento geopolítico.

Ante la preocupación de uno de sus asesores por el tema de los derechos humanos, se dice que Kissinger le respondió que los preocupados por este tema en los debates sobre seguridad nacional eran candidatos al diván del psiquiatra. Únicamente un presidente, Jimmy Carter, hizo de los derechos humanos el eje de su política exterior, considerada por algunos como el resultado de los gimoteos de la izquierda. Carter no ganó la reelección, principalmente por lo que se percibía como debilidad de su política exterior.

Entre los objetivos de los terroristas, el 11 de septiembre, estaba desmoralizar y desestabilizar a la sociedad estadounidense, pero no hay que olvidar que esas tácticas fueron practicadas muchas veces por EEUU durante la guerra fría. De hecho, Washington hizo causa común con grupos cuyo *modus operandi* era precisamente aterrorizar, desestabilizar y desmoralizar a la población civil, siempre que esto sirviera a los propósitos de su política exterior. A comienzos de la década de los 60, tras el fracaso de Bahía de Cochinos, la Operación Mongoose organizó asaltos diarios a Cuba además de los intentos, cerca de una docena, de asesinato a Fidel Castro. En Nicaragua y Angola, los grupos rebeldes apoyados por EEUU utilizaron muchas veces el terror contra la población civil y las instalaciones no militares, precisamente para desestabilizar y desmoralizar a los Gobiernos contra los que estaban peleando. En Camboya terminamos en el bando de los jemeres rojos, un grupo que, estando en el poder, había cometido los peores actos de terrorismo de estado en el mundo desde el régimen nazi durante la II Guerra Mundial. La justificación era que ellos estaban combatiendo a los vietnamitas que habían derrocado al régimen y habían instalado un régimen pro-vietnamita en Phnom Penh (capital de Camboya).

Una fecha histórica

Una de las ironías de este hecho es que ocurrió el 11 de septiembre, fecha del 28 aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile. Datos recientes revelan la presencia del Gobierno estadounidense, la CIA y empresas estadounidenses en este golpe. El ataque de Nueva York ha sido considerado, en sí mismo, un ataque contra la libertad, aunque fue Kissinger quien dijo sobre la elección de Salvador Allende, en 1970, que no veía ninguna razón por la que EEUU “debiera mantenerse al margen y dejar que el país se volviera comunista debido a la irresponsabilidad de su propia gente”. Washington no se mantuvo al margen; organizó

¹ Mariano Aguirre y Robert Matthews, *Guerras de baja intensidad*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1989.

una campaña sistemática de desestabilización del Gobierno de Allende hasta que fue derrocado por el ejército chileno.

Si Osama Bin Laden es el autor de este crimen, es necesario aclarar que, en última instancia, es un producto de nuestra política en Afganistán durante la década de los 80. Ésta incluyó el intento de “desangrar” a la Unión Soviética en lugar de resolver el conflicto y la entrega de gran parte de las armas a las facciones fundamentalistas más radicales, consideradas como los mejores guerreros. De esta manera, EEUU perpetuó el derramamiento de sangre hasta después de la partida de los soviéticos. Los valientes “luchadores por la paz”, como fueron apodados por el Gobierno de Reagan en la década de los 80, se convirtieron en los extremistas islámicos en la década de los 90, tan anti-occidentales como antes habían sido anti-soviéticos, que se volvieron contra EEUU en cuanto comenzó la guerra del Golfo. Del caos reinante tras dos décadas de guerra surgieron los talibán medievales, cuya intolerancia, medidas contra las mujeres y leyes draconianas lo convierten, quizá, en el régimen más sumido en la ignorancia de todo el mundo.

La primera señal de lo que la CIA llamó *blowback* (refiriéndose a lo que sucede cuando cambia el viento tras encender una fogata) llegó en 1993 con el atentado del World Trade Center. Los autores de este acto habían salido y entrado libremente de EEUU durante la década de los 80, ya que formaban parte de la red de grupos de apoyo que ayudaban al *muyahidin* en su guerra santa contra la URSS. Los antecedentes terroristas de su líder, el jeque Omar Abdel Rahman, se limitaban a su condición de conducto de dinero y armas hacia los rebeldes afganos. Quizá haya sido una alianza peculiar, como lo fue la mafia en la guerra contra Fidel Castro, pero también fue una valiosa ventaja en la lucha contra el comunismo soviético. Tras el atentado del World Trade Center en 1993, Mariano Aguirre (director del Centro de Investigación para la Paz – CIP) y yo escribimos un artículo que concluía así: “las guerras de Ronald Reagan regresan al centro de la ciudad de Nueva York como un fantasma del pasado”.

Un futuro fantasma

Lo que pasó en Nueva York y Washington es una tragedia humana de inmensas dimensiones. Los responsables deben ser llevados ante la justicia. Pero, ¿cuáles son las posibilidades de que Washington conciba una estrategia a largo plazo que resuelva las raíces profundas del problema? Éstas incluyen volver a examinar la política inhumana de negar artículos de primera necesidad al pueblo iraquí y la presencia militar estadounidense en tierras islámicas, así como el polvorín de la cuestión palestina. Aunque el unilateralismo ha sido el sello del Gobierno de Bush durante sus primeros nueve meses, EEUU necesita planear su respuesta en coordinación con otros Estados. A la larga, un enfoque multilateral servirá únicamente a los intereses estadounidenses.

Una represalia masiva o invasión por parte de EEUU es exactamente lo que quiere Osama Bin Laden. Una respuesta unilateral en el mundo islámico desencadenaría sentimientos anti-occidentales en todo Oriente Medio, establecería un conflicto maniqueo entre Occidente y el islam y amenazaría a los aliados de EEUU

*Una
represalia
masiva o
invasión
por parte
de EEUU es
exactamente
lo que quiere
Osama Bin
Laden*

como Egipto, Jordán y Arabia Saudí, país del que Bin Laden es un furioso exiliado. No hay duda de que él estaría encantado de ver al régimen saudí desestabilizado.

Osama Bin Laden es el actual cerebro del terror, pero en realidad hay millones de fanáticos deseosos de continuar la *yihad* —guerra santa—. Si no se maneja la situación con mucha prudencia, la respuesta de Washington puede desencadenar un ciclo de terror que provocará enormes sufrimientos sin resolver nada, tal como no lo ha resuelto en Israel. Si el pueblo estadounidense le da carta blanca al ejército y el Gobierno de EEUU realiza acciones unilaterales contra determinados países o Gobiernos, estaremos enviando un mensaje: no a los compromisos y las negociaciones, retornemos a los absolutos de la guerra fría. Y la violencia continuará y las víctimas seguirán siendo civiles inocentes. EEUU necesita actuar con calma, sea cual sea el estímulo emocional que nos impulsa a responder rápidamente.

Como muestra de solidaridad, la tarde del viernes 14 de septiembre hubo vigili-
lias a la luz de las velas en Nueva York y en todo el país. Confiemos en que estas velas se encendieron para que existan esfuerzos efectivos, según el derecho internacional, que lleven a la justicia a los autores de este crimen y para que se traten las cuestiones subyacentes a estos hechos. Los actos de venganza podrán satisfacer a algunos, pero nunca lograrán prevenir la violencia.

¿Cómo prevenir el terrorismo sin engendrar más de lo mismo? Lo menos que podemos hacer, para honrar la memoria de los inocentes que perdieron la vida y atesorar las hazañas de los valientes, es esforzarnos para que exista justicia según la ley, para que se alcance la paz y la reconciliación, y, sí, para aceptar la noción de compromiso en nuestras posiciones en el extranjero. Vivir con absolutos y creer que uno tiene el monopolio de la verdad es una fórmula segura para desatar la violencia.

PHYLLIS BENNIS

El novísimo nuevo orden mundial

*La mañana del 11 de septiembre, “todo cambió, cambió completamente”. Lo que nació no fue la “terrible belleza” de la que hablaba William Butler Yeats (poeta irlandés, 1865-1939), sino un horror incomprensible. En cuestión de minutos, después horas y días, todo ha cambiado completamente. Aún no conocemos el coste humano de la tragedia, y no sabemos cuántos de los más de 5.000 desaparecidos, seguramente muertos, serán identificados. Quizás es demasiado pronto para extraer todas las enseñanzas, pero no lo es, incluso en el epicentro de esta angustia, para empezar a hacerse preguntas. Por qué los seres humanos han podido contemplar, no digamos realizar, un acto como éste. Por qué aquí, en EEUU, nunca nos habíamos imaginado o creído que nos encontraríamos cara a cara con lo que Robert Fisk, en *The Independent*, llamaba “la perversidad y formidable crueldad de un pueblo aplastado y humillado”.*

El espejismo de la impunidad estadounidense para el “nuevo orden mundial” de George Bush padre se hizo añicos cuando las Torres implosionaron. La primera respuesta oficial de Washington fueron los llamamientos a la guerra, antes incluso que los gritos humanos. Casi una semana después del atentado, Washington sigue en estado de sitio: la mayor parte de los aeropuertos están cerrados, los F-16 patrullan los cielos y los helicópteros militares recorren una y otra vez nuestros barrios. Nuestra oficina (situada cerca de la esquina de la Casa Blanca y dentro del nuevo “perímetro de seguridad”) fue evacuada. Sentados en la puerta, vivimos la experiencia surrealista de analizar la resolución sobre poderes de guerra sometida a votación en el Congreso (aprobada posteriormente con una espeluznante carta blanca para el presidente) en defensa de la solitaria y valiente congresista que votó en contra. Mientras hacíamos una crítica exhaustiva de la resolución, pasaban ruidosamente furgonetas repletas de agentes del servicio secreto y autobuses cargados de soldados vestidos con uniforme de campaña por la calle cortada frente a nuestro inmueble, dirigiéndose a la entrada de vehículos situada entre la Casa Blanca y el edificio del Tesoro.

Phyllis Bennis es miembro del Instituto de Estudios Políticos de Washington D.C. y del Transnational Institute de Amsterdam. Su obra más reciente es *Calling the Shots: How Washington Dominates Today's UN*

Traducción: Berna Wang

La respuesta estadounidense

George Bush podría llegar a lamentar su llamamiento inmediato a una reacción militar ante este espeluznante crimen. Si nos fijamos en la historia, las respuestas de EEUU a atentados terroristas tienen dos cosas en común: una, todas matan, hieren o llevan a una desesperación aún mayor a cierto número de personas inocentes ya empobrecidas; y dos, no sirven para poner fin al terrorismo. En 1986 Ronald Reagan bombardeó Trípoli y Bengasi para castigar al dirigente libio Muamar al Gadafi por el atentado de que fue objeto una discoteca, en Alemania, en el que murieron dos soldados estadounidenses. Gadafi sobrevivió, pero perdieron la vida varias decenas de civiles libios, entre ellos su hija de 3 años. Apenas un par de años después, se produjo el desastre de Lockerbie (explosión de un avión de Pan Am, en 1989 en la ciudad escocesa de Lockerbie, de cuyo acto se acusó a dos libios). En 1999, en respuesta a los atentados cometidos contra las Embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, los bombarderos de EEUU atacaron los campos de entrenamiento de Bin Laden en Afganistán y una fábrica de productos farmacéuticos de Sudán, presuntamente vinculada al saudí. Pero la fábrica no tenía ninguna relación con Bin Laden (su propietario interpuso una demanda judicial contra EEUU que está pendiente de resolución). Por el contrario, era el único proveedor de vacunas, de vital importancia para los niños que crecen en la profunda escasez del África central. Independientemente de quién o lo qué quedara destruido en esos primitivos campamentos ocultos en las profundidades de las montañas afganas, esta ofensiva no sirvió para prevenir los atentados del martes.

El ataque contra el World Trade Center fue un crimen; un crimen de inconcebible magnitud, pero crimen al fin y al cabo. Si EEUU quiere seguir siendo un país regido por las leyes, incluso quienes actúan fuera de la ley, como los terroristas del 11 de septiembre, deben comparecer ante la justicia internacional, y no convertirse en objetivos "vivos o muertos" de cazadores de recompensas que vuelan en F-16.

Por qué

Juergen Storbeck, director de Europol (los servicios policiales de la Unión Europea) advirtió el 15 de septiembre que "Bin Laden no es automáticamente el líder de todo acto terrorista que se cometa en nombre del islam", y que hacía falta una investigación de gran alcance para no exigir responsabilidades a las personas equivocadas. Pero parece que hay pocas dudas de que parte de los componentes que motivaron los atentados fueron cierta versión del islamismo fundamentalista, y cierta conexión con la política en Oriente Medio. De ser así, no son ningún secreto las políticas que dieron origen al antagonismo árabe, musulmán y regional hacia EEUU.

El rencor no está dirigido a EEUU, ni a los estadounidenses en general. Contrariamente a lo que afirman el Gobierno de Bush y los expertos de los medios de comunicación, no es la democracia lo que odian, ni siquiera el poder estadounidense en sí mismo. La causa del resentimiento es el apoyo de EEUU a regímenes no democráticos de la región. Es la forma en que se utiliza el poder de EEUU en Oriente Medio lo que ha suscitado esta enemistad. Eso incluye el ciego apoyo político, diplomático y económico (alrededor de 4.000 millones de dólares anuales)

a Israel y a su ocupación de tierras palestinas. Incluye el suministro de aviones F-16 y de helicópteros de combate que se han utilizado contra campos de refugiados, los asentamientos de colonos, los derribos de viviendas, el asesinato de activistas y dirigentes palestinos, los controles de carretera, los toques de queda, los cierres, todo ello protegido de la censura internacional por la diplomacia estadounidense. Incluye las armas y el respaldo que da Washington a las semidictaduras represivas y a las monarquías absolutistas de la región, haciendo caso omiso del compromiso declarado con la “democratización” que caracteriza las justificaciones políticas de EEUU en otros lugares del mundo. Incluye el apoyo estadounidense a once años de estrangulamiento económico de Irak, por medio de sanciones que ya son genocidas debido a sus consecuencias acumulativas. E incluye el estacionamiento (que, al parecer, ya es permanente) de tropas estadounidenses en toda la región, especialmente las que ocupan territorios de Arabia Saudí.

Pero más que cualquier política aislada, y que incluso un conjunto de ellas, la mayor causa de antagonismo es la arrogancia con que se ejerce el incuestionable poder estadounidense: rechazando el derecho internacional, haciendo caso omiso de los requisitos de la ONU, abandonando los tratados que cuentan con el respaldo internacional. EEUU, al mismo tiempo que exige que los demás países respeten estrictamente las resoluciones de la ONU y el derecho internacional, que impone sanciones o amenaza con imponerlas, y que incluso recurre al ataque militar en respuesta a las vulneraciones, sólo rinde cuentas ante una “ley del imperio” distinta aplicable únicamente a EEUU.

¿Cómo sería una “guerra contra Bin Laden”? El líder del grupo terrorista *Al Qaeda* —La Base— podría incluso haber huido de Afganistán; sus seguidores son de las poquísimas personas de ese país que tienen recursos para huir. Es probable que no se consiga nada con bombardear Afganistán. Los ataques con misiles contra las chozas de barro y las cuevas que integran los campamentos de entrenamiento de Bin Laden en las escarpadas montañas del país ya han resultado infructuosos anteriormente. Kabul ya tiene su infraestructura destruida y una economía que apenas funciona. El único objetivo serán los cinco millones de afganos que mueren de hambre en la capital. La mera amenaza de los ataques estadounidenses ya ha desencadenado el sufrimiento. Afganistán está asolado por tres años de sequía y, según el Programa Mundial de Alimentos de la ONU, a final de año habrá 5,5 millones de personas — una cuarta parte de la población— que dependerán totalmente de la ayuda alimentaria para sobrevivir al invierno. Prácticamente la única comida procedía de los programas de ayuda internacional cuyos trabajadores fueron inmediatamente retirados del país ante la posibilidad de que EEUU lo bombardeara.

Aunque posible, sigue siendo improbable que los dirigentes talibanes decidan entregar al fugitivo multimillonario saudí para que sea juzgado en un tercer país. Con el asesinato del comandante Ahmed Shah Masud (jefe militar que luchó contra los talibanes), las fuerzas de oposición a los talibanes siguen estando gravemente debilitadas y estos son más fuertes que nunca. Los recientes llamamientos a Washington para que suministrase armas y apoyo a la Alianza del Norte de la oposición, recuerdan la actuación de EEUU entre 1979 y 1989, cuando armó, entrenó y apoyó a las milicias afganas antisoviéticas de las que finalmente surgieron los talibanes y Osama Bin Laden.

*La mayor
causa de
antagonismo es
la arrogancia
con que se
ejerce el
incuestionable
poder
estadounidense*

En otros países de Oriente Medio, los palestinos serán quienes, probablemente, pagarán el precio más alto. La ya estable alianza de EEUU e Israel se ha consolidado aún más, pues tanto las autoridades israelíes como los políticos estadounidenses abrazan su "unidad" como víctimas del terror. Israel ha manifestado con claridad su intención de aprovechar al máximo los ataques terroristas contra EEUU. Transcurridos apenas tres días tras los atentados de Nueva York y Washington, el ministro de Defensa israelí, Benjamin Ben Eliezer, se regocijaba: "Hemos matado a 14 palestinos en Jenin, Kabatyeh y Tammun, y el mundo ha guardado silencio absoluto".

En esta ocasión, el estrechamiento de la alianza entre EEUU e Israel parece lo bastante fuerte pues, a diferencia de lo ocurrido durante la movilización contra Irak lanzada por George Bush padre en 1990 y 1991, Israel no estará dispuesto a asumir un papel de espectador en la coalición encabezada por EEUU. Tel Aviv ha exigido que Siria y la autoridad Palestina sean excluidos del componente árabe de la alianza que se está creando como condición para la participación israelí. El primer ministro Ariel Sharon declaró: "No pagaremos el precio para establecer esta coalición". La escalada de Israel incluye la reocupación, con los tanques a la cabeza, de ciudades aparentemente bajo pleno control palestino y la creación de una zona militar en Cisjordania de la que están excluidos los palestinos. Pero los esfuerzos en la ONU para proporcionar protección internacional a los palestinos que sufren estos ataques han sido infructuosos.

Ningún analista serio ha indicado que Bagdad haya tenido una participación importante en los atentados del 11 de septiembre, aunque Irak sigue estando cerca de los primeros puestos de la lista de posibles objetivos. El comentarista de derechas William F. Buckley calificó a Irak de "escenario" para la "confrontación decisiva" que exige la guerra contra el terrorismo. Se ha reducido de forma significativa la posibilidad de que los miembros de la ONU respondan, por fin este año, a la exigencia de la opinión pública mundial de poner fin a la matanza de inocentes consecuencia de las sanciones económicas. Para los políticos estadounidenses, para quienes la presencia de Sadam Husein en un palacio presidencial en Bagdad representa una vergüenza política intolerable, la movilización en toda la región les proporcionará cobertura política para reanudar los ataques, ya sea encubiertos o abiertos, contra el régimen iraquí. ¿Qué podría ser más adecuado para la guerra del hijo que acabar lo que dejó pendiente su padre?

Respuesta internacional

Es probable que de esta crisis surjan otros regímenes árabes más dependientes que nunca del respaldo económico y político de Washington. La creciente oposición islamista y nacionalista a estas alianzas hará que su legitimidad interna sea menor y que, en última instancia, tengan una mayor inestabilidad.

Pakistán se prepara para volver a su alianza dependiente de la guerra fría con EEUU; siempre que el general Musharraf, que tomó el poder en un golpe de Estado militar hace dos años, pueda mantener bajo control un ejército dividido y una opinión pública indignada. Es probable que la cooperación anunciada continúe, basándose en la cobertura internacional facilitada por la resolución del Consejo de

Seguridad de la ONU para legitimizar una iniciativa impopular. Pero sigue sin estar claro si Islamabad tendrá una participación militar directa que vaya más allá de permitir el paso de los aviones de guerra estadounidenses.

Así pues, ¿cuáles son las ramificaciones internacionales generales de la nueva cruzada de Bush hijo? A primera vista, los votos unánimes del Consejo de Seguridad de la ONU y del Consejo de la OTAN parecen indicar un abrumador alistamiento internacional a la guerra de Washington. Pero visto más de cerca, las grietas ya son patentes. En el Consejo de Seguridad es mucho más probable que el ferviente voto “alzaos por EEUU” fuera más una expresión de la solidaridad humana de los delegados hacia las víctimas de la agresión, ocurrida a sólo unos kilómetros al sur de la sede de las Naciones Unidas, que un respaldo ciego a la respuesta militar estadounidense. La unanimidad refleja la realidad de que los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono representaron, al menos en parte, una agresión contra el sistema de Estado-nación en su conjunto, motivo por el que apoyaron la resolución países que normalmente se muestran menos preocupados por un ataque contra el poder militar y económico de EEUU, como China. La resolución utiliza el lenguaje que exige la Carta de la ONU como requisito previo a una decisión del Consejo de respaldar la fuerza militar: que los atentados representan “una amenaza para la paz y la seguridad internacionales”. Pero, para ser precisos, y pese a que algunas autoridades estadounidenses puedan afirmar lo contrario, no respalda el uso de la fuerza ni lo pide, especialmente si es unilateral. Por el contrario, el Consejo se limita a expresar que “está dispuesto” a responder al terrorismo y a combatirlo “con arreglo a las funciones que le incumben en virtud de la Carta de las Naciones Unidas”. Y, lo que es crucial, “decide seguir ocupándose de la cuestión”, lo que, en la jerga diplomática de la ONU, significa que la decisión sigue estando en manos del propio Consejo, y no de ninguna nación determinada. Washington tendrá que poner mucha atención para no confundir, ya sea deliberadamente o no, la unanimidad de un apoyo basado en la condolencia con las víctimas, con la aquiescencia unánime a su emergente guerra de “nosotros contra ellos”, si no quiere correr el riesgo de vulnerar, una vez más, el derecho internacional y la Carta de la ONU.

De forma similar, la decisión de la OTAN de que los ataques contra EEUU representaban un ataque contra todos los Estados Miembros, conforme al artículo 5 de la Carta de la Alianza Atlántica, no es aún un acuerdo de participación plena de la OTAN. Ya en los días siguientes a la votación, algunos países importantes de la OTAN comenzaron a dar marcha atrás. De los países clave de la Alianza, sólo el ministro de Defensa italiano anunció la disposición de Roma de desplegar tropas y aviones en una movilización encabezada por EEUU. Francia se cubrió las espaldas y declaró que no tomaría parte a menos que tuviera desde el principio un papel central en la planificación, lo que probablemente ya es imposible. Incluso el Reino Unido, normalmente tan fiel a Washington, pidió una deliberación seria antes de lanzar las represalias, y reafirmó que la votación de la OTAN no constituía un cheque en blanco. No es probable que Alemania, que afronta una firme oposición nacional al despliegue de tropas fuera de sus fronteras, se incline a la participación directa. La Unión Europea se reunirá en una cumbre especial el 21 de septiembre, y la cuestión clave será si Europa está dispuesta a intentar frenar las intenciones militares más agresivas de Washington.

Parece que los objetivos de EEUU son crear una gigantesca coalición internacional, no sólo para respaldar los ataques militares y los bombardeos del Pentágono, sino declaraciones más generales de apoyo político, el aumento de la coordinación entre EEUU y los servicios de información internacionales, y un acceso ilimitado y sin precedentes al espacio aéreo, las bases, el apoyo logístico y más recursos de determinados países.

No cabe duda de que varios países se enrollarán rápidamente, con la esperanza de reforzar sus lazos con EEUU y situarse en el orden de la posguerra antiterrorista. Así, la India se ha subido al carro de Washington ofreciendo sus bases, y más especialmente si la contribución de Pakistán es limitada. En el criterio de Pakistán influyen no sólo las posibles consecuencias (incluido el ataque militar) que tendría negarse a las peticiones de EEUU, sino el levantamiento de las sanciones nucleares y la esperanza de que aumente la ayuda y quizá incluso apoye a su guerrilla en Cachemira. Varios países, entre ellos China, Rusia, Indonesia y quizás alguno más, están siguiendo el ejemplo de Israel, y vinculan su adhesión a la guerra antiterrorista de Washington a la aquiescencia de EEUU a sus propias ofensivas contra rebeldes de sabor islamista.

Casi un sueño

Pero pese a las primeras expresiones de apoyo, esta coalición podría ser más difícil de lo que parece. Si EEUU se niega a retroceder de su autoproclamado y deliberado abismo de guerra contra un enemigo invisible aunque omnipresente, la guerra que vendrá tendrá desafíos mucho más graves que los que nunca soñó Bush padre. Para evitarlo, EEUU debería redefinir estos terribles ataques como crímenes, y no como el comienzo de una guerra. Washington debe dar marcha atrás a su actitud intimidatoria y a sus amenazas de emplear la fuerza contra Afganistán, Pakistán, e indirectamente, contra casi todos los países de Oriente Medio, y tratar, por el contrario, de recrear un nuevo tipo de internacionalismo cooperativo basado en las resoluciones de la ONU, el derecho internacional y el compromiso de luchar por la justicia, y no por la venganza. Se podría comenzar revocando su oposición a la Corte Penal Internacional, y reconociendo su valor precisamente para este tipo de horror internacional. EEUU podría incluso tomar la iniciativa de reforzar, en lugar de debilitar, la Corte, ahora que va a tener existencia formal, lo que incluye respaldar la creación de un organismo policial independiente y que rinda cuentas a nivel internacional, que tenga como función hacer respetar la jurisdicción de la Corte. La cooperación con Pakistán, Afganistán, etc., permitiría un grado de labor policial de colaboración que seguirá siendo imposible mientras la diplomacia estadounidense se defina mediante la intimidación y las amenazas de bombardeos.

Y entonces, y sólo entonces, quizá no sea demasiado esperar que EEUU comience a examinar sus políticas en Oriente Medio y más allá. Políticas que en sí mismas han creado un océano de pobreza, pérdida de poder y desesperación. El océano en el que unos pececillos de ira y rencor pueden crecer durante generaciones, y hacerse de pronto más grandes y poderosos que lo que nadie ha imaginado jamás.

TOM BARRY Y MARTHA HONEY

Crimen internacional, no guerra

EEUU esta viviendo una tragedia de una profundidad sin precedentes. Nuestro poderío — militar y económico— ha sido atacado y nuestra vulnerabilidad puesta al descubierto. Estamos horrorizados, escandalizados, decididos a responder. Aun así, despertamos a un nuevo día angustiados por la crueldad y la demencia de esta violencia política, y no estamos seguros de si también queremos nuestras manos manchadas de sangre. ¿Es que la venganza, aunque dirigida por lo mejor de las tecnologías de ataque selectivo de EEUU, nos hará más llevadera esta tragedia y terminará el ciclo del terror? La reflexión y las experiencias pasadas nos acercarán a la respuesta.

El crimen fue espantoso. Nunca habían muerto tantos estadounidenses por causas violentas en un solo día. Se siente como una guerra y lo parece. Nuestra seguridad nacional estuvo bajo ataque directo, y la carnicería resultante es comparable con lo peor de la guerra — Pearl Harbor, bombardeos en Dresden, Camboya y Normandía—. El presidente Bush y el secretario de Estado Powell han catalogado los choques de los aviones como “actos de guerra”. Pero cuatro aviones comerciales comandados por fanáticos políticos no es la guerra, es terrorismo internacional, aunque sea de la peor calaña. Ninguna nación o pueblo ha declarado la guerra a EEUU. En cuanto a la intención y el carácter, la violencia política del 11 de septiembre en Washington y Nueva York guarda más similitud con el atentado terrorista en Oklahoma que con Pearl Harbor. No hay duda de que ese día fue infame, pero no fue —y no debe ser— el comienzo de la guerra.

EEUU y todas las naciones preocupadas por la paz, la justicia y la dignidad deberán responder. Pero la respuesta debe ser reflexiva, justa y humana. En el pasado, EEUU ha respondido a los ataques terroristas con ataques militares que fueron mal dirigidos, mal escogidos y contraproducentes. Los bombardeos de 1986 sobre dos ciudades libias, el bombardeo sobre un barrio de Bagdad en 1993 en respuesta a unos rumores sobre el intento de asesinato del anterior presidente

Tom Barry es del Interhemispheric Resource Center, y Martha Honey es del Institute for Policy Studies codirectora del Foreign Policy in Focus. Este artículo fue publicado en www.foreignpolicy-infocus.org y cuenta para su reproducción con la autorización de los autores

Traducción:
Mariana
Mendizábal

Bush, y más recientemente, el ataque aéreo sobre una planta farmacéutica de Sudán que se creía, erróneamente, era una fábrica de armas químicas asociada con Osama bin Laden, son tres casos que deben recordarnos la locura —y el terrorismo— de los ataques en represalia. Que nuestros líderes hablen de guerra y castigo, mientras exacerban nuestro espíritu patriótico, es peligroso e irresponsable. La política de la venganza no nos va a proteger y únicamente alimentará más el terrorismo. Pero tampoco podemos aceptar pasivamente nuestra indefensión y vulnerabilidad.

Necesitamos llorar, enterrar a nuestros muertos y seguir adelante, pero nuestros negocios y nuestra política exterior no puede seguir como hasta ahora. EEUU necesita una nueva determinación de resolver —y no simplemente reaccionar— ante las causas de la violencia política en la pos-guerra fría. El padre de nuestro presidente prometió, al comienzo de la Guerra del Golfo, establecer un “nuevo orden mundial”, una promesa que no ha sido cumplida. En cambio, durante la década pasada hemos visto crecer el desorden y el conflicto mundial. Más que reunir a las naciones del mundo para resolver el flagelo del terrorismo, los conflictos étnicos y religiosos, y la polarización entre las naciones pobres y ricas, EEUU ha renunciado a su papel de liderazgo en este sentido. Arrogancia, unilateralismo, aislacionismo e imperialismo son los términos que comúnmente utiliza la prensa internacional y los analistas para describir el papel de EEUU en los asuntos internacionales.

El ataque contra los centros de poder estadounidenses fue una reacción extremista a lo que se percibe como un nuevo orden mundial en el que el único que manda es EEUU. Pero fue, en primer lugar y ante todo, un crimen contra la humanidad. Si va a haber justicia contra este incidente y si el cumplimiento de la ley va a regular los asuntos internacionales, EEUU debe buscar el consuelo y el respaldo de la comunidad internacional. A pesar de las diferencias con la política exterior estadounidense, especialmente en el conflictivo Oriente Medio, países de todo el mundo han expresado prontamente su propia indignación y deseo de estar junto a EEUU para luchar y aliviar las causas del terrorismo internacional.

Mientras los estadounidenses deliberamos una respuesta efectiva a esta tragedia y crimen, lo primero que debemos hacer es rechazar el llamado a la guerra. La provocación que nos incita a una respuesta militar, que trata la vida humana con la misma crueldad con que los terroristas trataron las nuestras, debe ser categóricamente rechazada. Como con cualquier otro crimen, los autores y sus cómplices deben ser llevados a la justicia —ante los tribunales, no según los preceptos fundamentalistas del “ojo por ojo y diente por diente”—. Durante los últimos años hemos hecho alentadores progresos en el establecimiento de normas internacionales sobre derechos humanos y crímenes contra la humanidad. Esta es una oportunidad para forjar una coalición internacional más amplia, que reúna a las distintas naciones en una común determinación de lucha contra los crímenes contra la humanidad. Entonces, el primer principio debe ser que tratemos esto como un crimen internacional, no como un acto de guerra, y que el cumplimiento de la ley debe conducir la respuesta internacional.

El segundo principio que debe guiar la política estadounidense es que nuestra investigación, persecución y juicio deben, tanto como sea posible, estar respalda-

dos por la comunidad internacional y contar con su cooperación. Cualquier Gobierno sospechoso de proteger o ayudar a estos terroristas debe responder ante la presión internacional concertada, no sólo ante la indignación estadounidense. Si se considerara necesaria una acción militar, deberá contar con la aprobación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, de no ser así, EEUU también estará violando los principios fundamentales del derecho internacional.

Mientras el Gobierno estadounidense elabora la respuesta apropiada, también debe comenzar la tarea, largamente postergada, de formular una política de seguridad que realmente proteja a los estadounidenses de nuevas amenazas mundiales. Tal como los detractores han insistido en señalar, la promesa del Gobierno de Bush de que un sistema nacional de defensa de misiles nos protegería, parece cada vez más hueca. Si los terroristas quieren atacarnos pueden hacerlo desde nuestro propio suelo y con nuestros propios aviones. Sin embargo, los políticos deshonrarían a nuestros muertos si centraran el nuevo debate sobre la seguridad únicamente en temas de reforma de los servicios de inteligencia y las tecnologías de defensa. Lo realmente importante es que EEUU analice en profundidad las políticas y estructuras que avivan las llamas del terrorismo, ya que ésta es la única manera de comprender el motivo de semejante furia contra este país, desde Oriente Medio o desde cualquier otro lugar. La tarea de forjar una política de seguridad, no sólo referida a nuestra capacidad de respuesta sino también al análisis de los nuevos factores causales de la guerra y el terrorismo es, sin lugar a dudas, el mayor desafío de EEUU, y nuestro éxito será la justa medida de nuestro carácter.

El terrorismo es, principalmente, el arma de los débiles políticamente, los ideólogos frustrados y los fanáticos religiosos. EEUU no debe tomarse la revancha. No debe tener en cuenta las coacciones que incitan a la venganza ni a la reafirmación del poder militar estadounidense, ya que esto apartaría a EEUU de sus principios morales y su responsabilidad de liderazgo mundial.

*Lo realmente
importante es
que EEUU
analice en
profundidad
las políticas y
estructuras
que avivan
las llamas del
terrorismo*

JONATHAN SCHELL

Un agujero en el mundo

El martes por la mañana arrancaron una pieza de nuestro mundo. Un trozo de cielo azul que no debería estar allí se abrió en el horizonte de Nueva York. En mi barrio —vivo a ocho manzanas del World Trade Center— llovían del cielo seres humanos. Nuestra ciudad cambió para siempre. Nuestro país cambió para siempre. Nuestro mundo cambió para siempre. Harán falta meses para saber qué ocurrió, mucho más para sentir tanto dolor, y más aún para comprender su significado. Sin embargo, ya es evidente que uno de los aspectos de la catástrofe es de suma importancia para el futuro: el peligro del uso de armas de destrucción masiva y, en especial, del uso de armas nucleares. Este peligro incluye su utilización por un grupo terrorista, pero no se limita en absoluto a ello, sino que forma parte de un peligro mayor del que se hace caso omiso desde el final de la guerra fría.

Entre el pequeño número de personas que en los últimos años sienten preocupación por las armas nucleares se solía decir que no se volvería a prestar atención a este tema hasta que se lanzara de nuevo un arma nuclear en alguna parte del mundo. Entonces, pensaba este diminuto grupo, el mundo abriría los ojos ante este peligro. Muchos de los ingredientes de la catástrofe eran evidentes. Los reiterados atentados suicidas con bombas en Israel dejaban claro que había personas tan poseídas por su causa que, en una exaltación de odio, harían cualquier cosa por ella. Muchas informaciones —una de las últimas un artículo publicado en el New York Times la misma mañana del atentado— recordaban a la opinión pública que el planeta estaba lleno de materiales nucleares y de medios para obtener otras armas de destrucción masiva. Rusia está repleta de los primeros. Los terroristas suicidas y el mercado de materiales nucleares eran el dos y dos que apuntaban hacia el proverbial y necesario cuatro. Pero la historia es una embaucadora y los dados trajeron un horror imprevisto. Nadie había identificado a los aviones comerciales como armas de destrucción masiva, pero a la diabólica imaginación de quienes concibieron los atentados del martes se le ocurrió que podrían serlo y el invento iluminó la naturaleza del terrorismo en la era moderna. Estos terroristas no llevaban bombas, sólo cuchillos, si se ha de dar crédito a las

Jonathan Schell es corresponsal de *The Nation* de temas de paz y desarme y miembro del Harold Willens Peace del Nation Institute. Este artículo fue publicado el 13 de septiembre de 2001 en *The Nation*. Reproducido con la autorización de la publicación.

Traducción:
Berna Wang

informaciones iniciales. En pocas palabras: las tremendas fuerzas de la sociedad técnica moderna —en este caso, aviones Boeing 767 repletos de combustible— se volvieron contra ella.

Lo mismo sucede con las armas de destrucción masiva más conocidas. Sus materiales pueden construirse a base de cometer errores, desde cero, como estuvo a punto de hacer Irak de no haberse desencadenado la guerra del Golfo y como han hecho Pakistán y la India; o pueden ser desviados desde los arsenales rusos o, por qué no, estadounidenses, ingleses, franceses o chinos. En un caso, son los conocimientos y la experiencia nucleares lo que se vuelve contra sus inventores; en el otro, es su maquinaria. En cualquiera de los dos, es un bumerán —el uso de una capacidad técnica contra su propio creador— y, como tal, representa las acusadas tendencias suicidas de la sociedad moderna.

Naturalmente, esta inclinación suicida —captada con precisión en el nombre de la política nuclear aún vigente de “destrucción mutua garantizada”— existe en formas aún más demoledoras que los posibles atentados terroristas. La India y Pakistán, que poseen armas nucleares y han librado recientemente una de sus numerosas guerras calientes, son los candidatos con más posibilidades. Lo más importante —y lo que se olvida con más frecuencia— son las cerca de 30.000 armas nucleares que sigue habiendo en los arsenales de Rusia y EEUU. El Gobierno de Bush ha anunciado su intención de abandonar el tratado de misiles antibalísticos de 1972, que prohíbe las defensas antinucleares, y los rusos han respondido que si se abandona este tratado podría irse al traste todo el marco del control de las armas nucleares construido durante treinta años. No hay ninguna discrepancia entre EEUU y Rusia que sugiera la posibilidad de que se produzca un intercambio nuclear entre ambos países, pero otra cosa son los accidentes y, como han demostrado los atentados del martes, el clima e incluso la estructura del orden internacional pueden cambiar de la noche a la mañana.

¿Qué se debería hacer? ¿Deberían ser juzgados y castigados los terroristas que cometieron los atentados del martes como quiere el presidente? Naturalmente que sí. ¿Quiénes deben ser castigadas sino las personas capaces de lanzar un cargamento de seres humanos inocentes contra un blanco fijo constituido por otros seres humanos inocentes? (Sin embargo, cuando se pondera la eficacia —distinta de la satisfacción— del castigo, conviene recordar que los autores materiales ya se han autoinfligido el presunto castigo máximo de la muerte.) ¿Deberían tomarse más medidas para proteger al país y al mundo del terrorismo, incluido el terrorismo nuclear? Sí, se deberían tomar. Pero incluso si hacemos todo esto, debemos aferrarnos, como a la propia vida, a una verdad fundamental que conocen todas las personas serias desde la destrucción de Hiroshima: no existe ninguna solución técnica a la vulnerabilidad de las poblaciones modernas ante las armas de destrucción masiva. Tras los atentados, el secretario de Defensa Rumsfeld puso a las fuerzas armadas estadounidenses en estado de alerta máxima y ordenó a los destructores y los aviones de transporte que tomaran posiciones a lo largo de las costas de EEUU. Pero ninguna de estas medidas puede revocar la vulnerabilidad de la sociedad moderna ante sus propios inventos, lo que revela ese desgarrador hueco en el horizonte de Nueva York. Esto, obviamente, es también cierto para esa otra línea Maginot,¹ la propuesta del sistema de defensa

nacional antimisiles. Se están gastando treinta mil millones de dólares al año en servicios de información. Podemos suponer que parte de esa cantidad estaba dedicada a proteger el World Trade Center después de que sufriera su primer atentado en 1993. Puede que se hayan cometido errores —y quizá los descubramos—, pero nadie en el mundo puede demostrar que el gasto de una cantidad, incluso diez veces mayor, puede impedir un atentado terrorista contra EEUU ni contra ningún otro país. Lo impide la combinación del extraordinario poder de la tecnología moderna, de la difusión universal e instantánea de la información en la era de la información y de la movilidad inherente a una economía globalizada.

Sin embargo, el hombre no es sólo un animal técnico. Aristóteles dijo que también somos animales políticos, y es a la política a donde hemos de regresar para buscar soluciones que sirvan de algo. Eso significa volver a los tratados que EEUU desechaba hace poco como si fueran periódicos viejos, como los relativos a la Corte Penal Internacional (útil para localizar a terroristas y hacer que comparezcan ante la justicia), al calentamiento global y, sobre todo y naturalmente, a las armas nucleares y a las demás armas de destrucción masiva, biológicas y químicas. La seguridad nacional de EEUU y de otros siete países depende ahora de la ejecución como represalia de una destrucción un millón de veces superior a los atentados del martes. Hay que encontrar una salida a esta locura en la que no sólo nos ponemos en peligro a nosotros mismos, sino también a los demás. Redescubrirnos como animales políticos significa también comprender los orígenes del odio que se ha granjeado EEUU en un decenio de descuido y, lo que es peor, descuido de los asuntos internacionales. Aunque para muchos esta es una tarea sumamente desagradable en las actuales circunstancias, es indispensable para la futura seguridad de EEUU y del mundo.

Sería poco respetuoso con los muertos restar trascendencia a la catástrofe que se ha abatido sobre Nueva York. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que podría haber sido peor. Perder dos enormes edificios y a las personas que estaban en ellos es una cosa; perder toda Manhattan —o mucho, muchísimo más— es otra. El hueco en el cielo puede extenderse. Esto ha sido un aviso.

*La seguridad
nacional de
EEUU y de
otros siete
países
depende
ahora de la
ejecución
como
represalia
de una
destrucción
un millón de
veces
superior a los
atentados del
martes*

¹ Nombre procedente del sistema de fortificaciones creado por André Maginot, ministro francés de guerra (de 1922 a 1924, y de 1929 a 1939), en la frontera francoalemana.

NAOMI KLEIN

Game Over

Este es el momento, en el juego de la guerra, de deshumanizar a nuestros enemigos. Son totalmente incomprensibles, sus actos son inimaginables y sus motivos carecen de sentido. Son unos locos y sus Estados unos delincuentes. Este no es el momento de lograr un mayor entendimiento, sino de mejorar los servicios de información. Estas son las reglas del juego de la guerra. Las personas sensibles se opondrán a esta caracterización: la guerra no es un juego. Son vidas reales partidas en dos; son hijos, hijas, madres y padres perdidos, cada uno de ellos con una historia digna. El acto de terror del martes 11 de septiembre fue realidad y de la más cruel, y hace que todos los demás actos parezcan de pronto frívolos: juegos. Es cierto: la guerra no es, rotundamente, un juego. Y quizá después del martes, nunca se la volverá a tratar como si lo fuera. Puede que el 11 de septiembre del 2001 señale el final de la vergonzosa era de la guerra de videojuego.

Ver las informaciones televisadas de ese día fue una experiencia muy diferente de la última vez que me quedé pegada a un televisor viendo una guerra en tiempo real por la CNN. El campo de batalla de la guerra del Golfo, similar al de los videojuegos de invasores del espacio, no tenía casi nada en común con lo que hemos visto esta semana. Entonces, en lugar de edificios reales que estallaban una y otra vez, sólo veíamos asépticas imágenes «a vista de bomba» de objetivos concretos que estaban allí y que un momento después ya no estaban. ¿Quién había en esos polígonos abstractos? Nunca lo averiguamos.

Desde la guerra del Golfo la política exterior estadounidense se basa en una única y brutal ficción: que el ejército de EEUU puede intervenir en conflictos de todo el mundo —en Irak, Kosovo, Israel— sin sufrir ninguna baja. Este es un país que ha llegado a creer en el colmo del oxímoron: una guerra sin riesgos. La lógica de la guerra sin riesgos se basa, naturalmente, en la capacidad tecnológica para librar una guerra exclusivamente desde el aire. Pero también depende de la profunda convicción de que nadie se atreverá a meterse con EEUU —la única superpotencia que queda en el mundo— en su propio suelo. Esta convicción ha permitido que, hasta el martes, los estadounidenses permanecieran despreocupadamente al margen de conflictos internacionales en los que son los principales protagonistas, e incluso que les fueran indiferentes. Los estadounidenses no reciben información diaria de la CNN sobre los bombardeos que se realizan en Irak, ni tampo-

Naomi Klein es periodista y escritora del libro *No Logo*. Este artículo fue publicado el 15 de septiembre de 2001 en *The Nation*. Su reproducción cuenta con la autorización de la autora.

Traducción:
Berna Wang

EEUU ha despertado en mitad de una guerra, y además ha descubierto que empezó hace años

co se les ofrecen historias de interés humano sobre los devastadores efectos de las sanciones económicas sobre los niños de ese país. Tras el bombardeo en 1998 de una fábrica de productos farmacéuticos en Sudán (tomada erróneamente por un centro de fabricación de armas químicas), no hubo demasiadas informaciones de seguimiento sobre lo que supuso la pérdida de vacunas para la prevención de enfermedades en la región. Y cuando la OTAN bombardeó objetivos civiles en Kosovo —incluidos mercados, hospitales, convoyes de refugiados, trenes de pasajeros y una emisora de televisión—, la NBC no hizo entrevistas en la calle a los supervivientes para que hablaran de lo horrorizados que estaban por la destrucción indiscriminada.

EEUU se ha convertido en un experto en el arte de satanizar y deshumanizar los actos de guerra que se cometen en otros países. En el ámbito interno, la guerra ya no es una obsesión nacional, sino un asunto del que en su mayor parte se ocupan los expertos. Esta es una de las muchas paradojas del país: pese a ser el motor de la globalización en todo el planeta, nunca se ha mirado tanto el ombligo, nunca ha sido menos cosmopolita. No es extraño que el atentado del martes, además de ser indescriptiblemente horroroso, tenga para muchos estadounidenses el horror añadido de parecer que ha llegado cuando menos se lo esperaban. Las guerras rara vez causan una conmoción total en el país atacado, pero en honor a la verdad, esta vez así ha sido. En el programa USA Today, de la CNN, se informó de que habían pedido al periodista Mike Walter que resumiera la reacción en la calle. Éste dijo: "Dios mío, Dios mío, Dios mío, no me lo puedo creer".

La idea de que alguien pueda llegar a estar preparado para un terror tan inhumano es absurda. Sin embargo, visto en las cadenas de televisión estadounidenses, el atentado del martes parecía provenir más de otro planeta que de otro país. No informaron sobre los sucesos tantos periodistas, como la nueva generación de célebres presentadores de prestigio que han hecho incontables cameos en las películas de la Time Warner sobre apocalípticos atentados terroristas contra EEUU y que ahora, de manera incongruente, informan sobre lo que ha ocurrido en la realidad.

EEUU es un país que no sólo creía que vivía en paz, sino que estaba a salvo de las guerras, una percepción que sorprendería mucho a la mayoría de los iraquíes, palestinos y colombianos. Igual que un amnésico, EEUU ha despertado en mitad de una guerra, y además ha descubierto que empezó hace años. ¿Merecía EEUU ser atacado? Naturalmente que no. Ese argumento es horrible y peligroso. Pero hay que hacerse una pregunta distinta: ¿creó la política exterior estadounidense las condiciones en las que podía florecer esta lógica distorsionada, una guerra no tanto contra el imperialismo de EEUU como contra la imagen de impermeabilidad de EEUU?

La era de las guerras de videojuego, en la que EEUU tenía siempre los controles, ha generado una ira ciega en muchas partes del mundo, una ira contra la persistente asimetría del sufrimiento. Este es el contexto en el que lo único que piden quienes buscan una venganza retorcida es que los ciudadanos estadounidenses compartan su dolor. Desde que se produjo el atentado, los políticos y comentaristas estadounidenses vienen repitiendo como un mantra que el país seguirá funcionando como si no hubiera pasado nada. El estilo de vida estadouni-

dense, insisten, no se verá interrumpido. Parece una afirmación curiosa cuando todos los datos indican lo contrario. La guerra, por parafrasear una frase de la época de la guerra del Golfo, es la madre de todas las interrupciones. Y, además, así debe ser. La ilusión de una guerra sin bajas ha quedado hecha añicos para siempre.

En nuestra consola colectiva de videojuegos parpadea un mensaje: *Game Over*. El juego ha terminado.

JORDI RAICH

El emirato islámico de América versus los EEUU de Afganistán

He vivido tres años en Afganistán y otros dos en Nueva York, de donde regresé pocos días antes de los atentados del World Trade Center y el Pentágono. Tengo amigos en ambos lados. En Afganistán he perdido a tres de ellos en los últimos años, todos víctimas de la violencia. Hace apenas unas horas he recibido la noticia de que un conocido está bajo los cascotes de las Torres Gemelas.

Cuando Hollywood quiso sorprender al espectador y explotar la Casa Blanca en millones de pedazos en la taquillera película *Independence Day*, lo hizo a través de una nave espacial gigantesca pilotada por extraterrestres armados con un poder de destrucción inexistente en la Tierra. Sólo una fuerza exterior podía destruir los símbolos del poderío estadounidense. El ficticio sentimiento de superioridad, que se inculca al pueblo estadounidense desde hace más de dos siglos, se vino abajo el 11 de septiembre. Tres simples aviones comerciales también podían hacerlo. No hacían falta ni marcianos, ni armas misteriosas. Las miles de películas llenas de destrucción masiva, violencia gratuita y muertos por doquier, con las que Hollywood nos ha bombardeado durante décadas, las favoritas de muchos estadounidenses, han dejado de tener gracia y están siendo retiradas de los cines y videoclubs apresuradamente.

Un grupo de fanáticos, que al parecer vivía en casa, ha acabado con la vida de miles de personas y herido de forma permanente el orgullo nacional. Nadie en su sano juicio puede intentar justificar el horror y la barbarie que pesa sobre EEUU, ni pensar que los estadounidenses merecían esa matanza, pues nadie

Jordi Raich es master en Relaciones Internacionales e investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH), Madrid

merece algo así. Del mismo modo, nadie puede justificar que se mate a personas inocentes en revancha. Pero, el atentado ha ocurrido y el hecho de que sea injustificable no debe impedirnos analizar sus causas, porque este no es un ataque gratuito surgido de la nada, producto de unos locos. Detrás de actos como éste se esconden muchos odios, rencillas, injusticias, desigualdades y miedos que, en el *bulldozer* emocional tras la catástrofe, la mayoría parece querer ignorar.

El dolor, la rabia, el sentimiento de injusticia, incluso de venganza, son comprensibles entre una población civil herida, consternada e indignada. Lo que no es aceptable es que el Gobierno estadounidense, como institución, evada enfrentarse a los porqués, eluda cualquier responsabilidad política en los hechos y lance al pueblo a una venganza global haciendo más de psicólogos de grupo que de políticos. La confusión, el sufrimiento, la estupefacción no deben hacernos perder la prudencia, la capacidad de raciocinio, la lucidez, más necesarios que nunca en momentos como estos. Sin embargo, asistimos al lamentable espectáculo de una Casa Blanca lanzando mensajes violentos e incendiarios que el resto de Gobiernos del mundo, especialmente los europeos con el Gobierno español en primera línea, se limita a traducir del inglés. En ello colaboran muchos medios de comunicación, y diligentes traductores, sobre todo durante la primera semana después de la tragedia. La televisión conecta todo el día con la CNN. La prensa escrita es más que nunca un pastiche de traducciones y plagios de artículos y editoriales publicados por *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Newsweek*... Las radios cuentan lo que los periódicos escriben. Así, se pone en marcha la maquinaria que fabrica pensamiento único, pensamiento estadounidense, el mecanismo que moldea la opinión pública y convierte en dogma hechos desconocidos, medias verdades y puras mentiras. Sólo a unos pocos parece importarles navegar en un mar de contradicciones políticas, sociales, jurídicas y morales. Por ejemplo:

- El atentado del 11 de septiembre no fue una “gran provocación”, como se pretende, sino una venganza. Fue un acto de revancha criminal contra una forma, con frecuencia no menos criminal, de hacer relaciones internacionales y contra la política social y económica llevada a cabo por los sucesivos Gobiernos de EEUU.
- Tampoco fue el gran ataque que se nos vende contra la democracia, la libertad y el mundo civilizado. Hay países islámicos democráticos — EEUU no tiene la exclusiva de la democracia ni la libertad—; y los países “civilizados” (no sé muy bien quienes están en la lista) están también llenos de “incivilizados”, del mismo modo que en los “incivilizados” (sean los que sean) predomina una mayoría “civilizada”. Fue un ataque contra lo que algunos consideran los símbolos del poderío, el orgullo nacional y la arrogancia estadounidenses y sus ansias de imponer a todo el mundo cómo debe vivir y qué debe pensar.
- Los atentados de Nueva York y Washington, todos los atentados, son injustificables. La espectacularidad y magnitud de estos es espeluznante, pero a nadie mínimamente informado puede parecerle sorprendente.

El apoyo ciego de EEUU a Israel en Oriente Medio; la protección que otorga a represivas realidades árabes; el boicot de la conferencia sobre racismo; las trabas a la existencia de una Corte Penal Internacional para juzgar crímenes contra la humanidad; no aceptar que ningún estadounidense pueda ser nunca acusado de tal crimen; la negativa a detener la fabricación de minas antipersona; el bloqueo del Consejo de Seguridad; el desprecio hacia la Asamblea General de las Naciones Unidas y el estrangulamiento económico al que se somete a la institución; las políticas de doble rasero negándose a calificar la matanza de Ruanda como genocidio para no intervenir, bombardeando a Sadam Husein pero dejando a Rusia destruir Chechenia... han granjeado a EEUU numerosos enemigos y odios, de muy variado origen e ideología, a lo largo de muchos años.

- Los estadounidenses son los reyes de las relaciones públicas y la fabricación de imágenes. Han acabado por creerse ellos mismos, y hacer creer a todo el mundo, el mito que de sí mismos han fabricado. Pero EEUU no es ahora, ni ha sido nunca, la panacea de la libertad, democracia, tolerancia, igualdad y seguridad que se pretendía. Es un país con enormes desigualdades sociales donde las minorías viven en guetos odiándose unos a otros. He trabajado en más de veinte países de cinco continentes y en ningún lugar como en Nueva York he sentido más a flor de piel el odio entre negros y blancos, entre blancos y latinos... En pocos lugares me he sentido más culpable y más sospechoso que en el departamento de inmigración del aeropuerto JFK. Un país donde las últimas elecciones demostraron el caos electoral y el desorden reinante en la administración, donde el caso del condenado a muerte Joaquín José Martínez puso en evidencia la corrupción del sistema judicial. Una sociedad donde, de forma hipócrita y puritana, cada *fuck* en televisión es censurado con un pitido, todo el mundo oye el pitido, todo el mundo sabe que se ha dicho *fuck*, pero nadie lo ha oído. Un país donde no existe carné de identidad, pero para abrir una cuenta bancaria se necesitan dos pruebas de identidad "por su seguridad". Bastan para identificarse una factura del teléfono y la factura del gas a cuyos instaladores das tu nombre, o el nombre que se quiera, porque nadie comprueba nada. La imagen de EEUU y su realidad tienen muy poco que ver. El atentado ha puesto de manifiesto su vulnerabilidad de forma salvaje.
- Cuanto más se habla de lo complejo de la organización del ataque, del elevado número de personas involucradas, de la cantidad de información y entrenamiento necesarios para llevarlo a cabo, más se pone de manifiesto la ineptitud de los servicios de inteligencia tanto estadounidenses como europeos. Una incompetencia que cuesta vidas, como las de los civiles asesinados impunemente con el misil lanzado sobre un laboratorio de medicamentos que, supuestamente, fabricaba armas de destrucción masiva, en Jartum, en represalia por los atentados contra las Embajadas estadounidenses en Nairobi y Dar es Salam. Más tarde se demostró que allí sólo se fabricaban medicinas. El Gobierno estadounidense

La imagen de EEUU y su realidad tienen muy poco que ver. El atentado ha puesto de manifiesto su vulnerabilidad de forma salvaje

reconoció el error, pero para la comunidad islámica aquello fue la gota que colmó el vaso de los agravios. Para muchos fue la prueba palpable de que lo único que EEUU quería era responder con violencia contra el islam y su gente, con razón o sin ella. La efectividad y profesionalidad de la CIA, el FBI o el ejército estadounidense forman parte de esa falsa imagen forjada por la maquinaria oficial para convencer a su población de que vive en el mejor y más seguro de los mundos. Ahora se habla de tomar medidas para evitar nuevos atentados. Podrían haberse tomado antes.

- EEUU no sabe nada de Afganistán, del mismo modo que sus marines no tenían ni idea de donde desembarcaban, a principios de diciembre de 1992, cuando llegaron a las playas de Mogadiscio (Somalia). Hace años que Washington no tiene ni misiones diplomáticas, ni espías en Kabul. EEUU es ahora víctima de su política aislacionista y de demonización del régimen talibán, una situación que imposibilita casi todo el diálogo y deja a la superpotencia en manos de un país tan voluble y explosivo como Pakistán. Al Ejecutivo estadounidense parece que ha dejado de importarle que Islamabad esté gobernado por un dictador militar que tomó el poder por la fuerza.
- Otra imagen en proceso de fabricación es la de un poderío militar talibán enorme con “defensas antiaéreas siendo desplegadas a lo largo de la frontera”. La única finalidad de tal mentira es justificar la magnitud y devastación del potencial ataque de represalia. Afganistán es una chatarería militar con unas pocas bases dejadas por los soviéticos sin agua y sin luz, con barracones en ruinas llenos de tanques y cañones rotos oxidándose. A los talibán apenas les quedan unos pocos aviones de carga y no más de media docena de aviones de combate que vuelan de milagro a base de piezas recicladas de otros aviones destruidos. Los fundamentalistas sólo han tenido material militar sofisticado durante la época en que EEUU se lo suministró. Si se bombardea Afganistán desde el aire, lo primero que harán los talibán es esconderse o intentar abatir, como hicieron los somalíes, aviones y helicópteros de última generación con fusiles Kalashnikov y piedras. Otra cosa sería el combate en tierra, un enfrentamiento con armas ligeras donde nadie tiene ni la destreza ni la experiencia que tienen los afganos. En ese terreno EEUU sí se enfrenta a un enemigo formidable contra el que sus misiles, radares, satélites y vehículos de combate no servirán de nada.
- Ayer defendíamos la causa contra la violación de los derechos fundamentales de las mujeres en Afganistán, presas bajo un *burka* —tela que cubre desde la cabeza hasta los pies con una rendija para ver—, sin acceso a la salud y la educación. Hoy estamos dispuestos a sacrificarlas si hace falta. Hoy se justifica un ataque sin límite contra el opresivo régimen talibán; ayer los más de 400 afganos, agolpados en un barco en el océano Pacífico huyendo de la opresión y en busca de asilo político, eran considerados

un atajo de aprovechados refugiados económicos. En este momento, los afganos están intentando salir de un país sobre el que creen va a caer la ira occidental. Los talibán hacen lo posible para impedir su salida y usarlos de escudo humano mientras los países vecinos colaboran con ellos cerrando las fronteras para que no escapen. Nos preparamos para hacer la guerra mientras convertimos a Afganistán en una ratonera para millones de hombres, mujeres y niños inocentes cuya única preocupación desde hace 20 años es cómo conseguir el pan y el té de su dieta diaria.

- Los talibán siempre han sido muy independientes y Pakistán no tiene, ni ha tenido nunca a pesar de financiarles, la influencia que se cree sobre ellos. Poseen menos poder del que se piensa para entregar a Osama Bin Laden, que no se dejará capturar tan fácilmente. La milicia islámica está convencida de que EEUU les atacará lo entreguen o no, suposición que, en su mente, resuelve el dilema. Puestos a ser bombardeados es mejor tener a Bin Laden, que siempre podrá echarles una mano en la defensa y evitará ponerse en contra a parte de la población musulmana que considera al millonario saudí un héroe. Pero, todavía no se sabe con certeza dónde se encuentra.
- Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Eso incluye a Osama Bin Laden y a cualquier otro sospechoso. La indiscriminada matanza de civiles por parte de uno de los bandos no justifica ni legitima responder con la misma moneda, por mucho que las siempre dudosas encuestas de opinión digan que el pueblo está de acuerdo. La retórica usada por el Gobierno de Bush es la de la venganza, no la de la justicia. Todo ello, sencillamente, viola las normas más fundamentales del derecho internacional. Si usamos los métodos y la violencia terroristas para combatir el terrorismo, nos convertimos en los monstruos que queremos erradicar. Muchos de esos monstruos, Bin Laden el primero, fueron creados con nuestro apoyo y dinero cuando sus convicciones poco nos importaban.
- Si hay que atacar a todos los países que protegen, alimentan o financian el terrorismo islámico, tal vez habrá que comenzar por Arabia Saudí. ¿Por qué no figura en la lista de "países enemigos"?
- Una semana después del atentado, ¿alguien sabe dónde está Kofi Annan? ¿Tiene Naciones Unidas o el Consejo de Seguridad algo que decir para, según reza el artículo 1 de su Carta, "tomar medidas colectivas eficaces para prevenir y eliminar las amenazas a la paz y para suprimir actos de agresión u otros quebrantamientos de la paz"?
- Si el atentado hubiera tenido lugar en Ankara, capital de Turquía, miembro también de la OTAN, ¿el resto de países miembros aplicaría el artículo 5 y lo consideraría un ataque en territorio propio?

Las imágenes de destrucción y cascotes de Manhattan no son tan diferentes de la destrucción de barrios enteros de Kabul

- Lo más lamentable de los atroces atentados de Washington y Nueva York es que hayan ocurrido. Lo más peligroso es lo que han demostrado: que sin usar tecnología sofisticada es posible paralizar de terror a una superpotencia, humillar al más poderoso ejército del mundo, herir su orgullo como nación y hacer tambalear la economía internacional. Lo peor de los ataques de represalia que parecen avecinarse es que van a legitimar la fuerza bruta e indiscriminada, como Rusia en Chechenia, en cualquier parte del mundo. Bastará con tildar al enemigo de terrorista, algo muy habitual. Mandela fue durante muchos años considerado un peligroso terrorista.
- La simple idea de que se puede acabar con el terrorismo a base de violencia es una farsa y una utopía. Usar la fuerza indiscriminada contra el terrorismo islámico sólo dará argumentos a aquellos que piensan que EEUU quieren acabar con su religión, y proporcionará más adeptos a la causa, más desesperados, más terroristas. Podrán extremarse las medidas de seguridad hasta acabar con nuestra libertad. Podrán adquirirse los sistemas de espionaje más sofisticados del mundo, pero contra un niño de 15 años haciendo explotar una bomba casera adosada a su pecho en una calle abarrotada no hay nada que hacer. Antes fueron Gaddafi y Sadam, ahora Bin Laden. Cuando se acabe con él ¿quién será el siguiente? Un mundo sin Bin Laden no será un mundo más seguro, la Tierra seguirá siendo un lugar peligroso mientras sigan existiendo personas dispuestas a morir porque están tan desquiciadas que consideran que la vida que viven no vale la pena vivirla.

En esta vorágine de confusiones, divagaciones, acciones contradictorias y manipulaciones vamos camino de convertirnos en lo que repudiamos. Los extremos comienzan a tocarse. Las imágenes y las palabras cada vez se parecen más. Tan fundamentalistas suenan unos como otros.

Estos días, la separación entre religión y Estado es tan escasa en EEUU como en Afganistán. Bush, en unas declaraciones que costarían el puesto a cualquier político europeo, está convencido de que el atentado es obra del diablo, que Dios apoya a EEUU y declara una cruzada. Mullah Omar sabe desde hace tiempo que el diablo se llama EEUU, que Alá está con su pueblo y llama a la *yihad* —guerra santa—. EEUU moviliza a sus reservistas y Afganistán a sus guerreros santos, ambos bandos están de acuerdo: mata primero, pregunta después. Unos cantan “Good Bless America”, los otros recitan el Corán. Las imágenes de destrucción y cascotes de Manhattan no son tan diferentes de la destrucción de barrios enteros de Kabul. En las dos ciudades la población civil huye despavorida de la violencia preguntándose por qué y temerosa ante un futuro incierto. En ambos países los civiles son víctimas de unos gobernantes insensatos que desvían la atención sobre su responsabilidad en los hechos y alimentan una ola de fervor popular nacionalista y violento. Contrariamente a lo que profesa la xenófoba y vulgar teoría de la lucha entre las civilizaciones, nunca “civilizaciones” tan “apartadas” se parecieron tanto como ahora.

Los culpables de los atentados deben ser capturados y juzgados, no linchados. La vida de la población civil de cualquier lugar del mundo debe ser protegida y respetada. Esto no lo ha hecho el diablo y es un poco tarde para comenzar a visitar mezquitas, aunque más vale tarde que nunca. Esto no es un *western* de vivo o muerto, algo que Clinton ya intentó en Somalia con el general Aidid y fracasó de forma estrepitosa. Estrecheces de miras del tipo “o conmigo o contra mí”, que niegan cualquier alternativa, sólo nos dirigen hacia la destrucción.

Una superpotencia como EEUU, la única que queda, tiene una responsabilidad enorme y la obligación de dar ejemplo de prudencia, calma y capacidad de análisis al resto de países a la hora de hacer declaraciones y tomar decisiones. Una Europa que pretenda tener un papel político y económico dignos tiene que ser liderada por gente capaz de tener opinión propia e independiente. Los atentados en EEUU son una de las muchas consecuencias de la forma irresponsable de hacer política de la mayoría de gobernantes de países de todos los continentes. Unos políticos que ahora, borrachos con el lenguaje de la guerra, son incapaces de preguntarse si no tendrán ellos algo que ver en lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo y lo que va a ocurrir. Una profunda y sincera revisión de las causas de lo que estamos viviendo nos dará una lección de cómo no hacer política. Si nuestros gobernantes hoy son incapaces de comprender por qué ha ocurrido esto, tampoco serán capaces mañana de hacer de este planeta un mundo mejor y más seguro.

Referencias

- Jordi Raich, “¿Quién controla Afganistán?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, invierno de 1999-2000, N°69, p. 57.
- Reseña del libro, *Taliban, Islam, oil and the new great game in central Asia*, de Ahmed Rashid, en *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano de 2000, N° 71, p. 169.
- Ver en este número reseña de La Yihad, de Gilles Keppel en página 139.

ALEJANDRO POZO

Informe de situación: Afganistán

En los últimos años, Afganistán está siendo protagonista en los medios de comunicación internacionales por cuestiones como la situación de la mujer y la política extremista de los talibán. Tras las recientes acciones terroristas en EEUU, Afganistán y los talibán han sido objeto de una exhaustiva cobertura mediática al haber sido acusados de participación o colaboración en los atentados, así como de proteger en su territorio al principal sospechoso de la autoría de dichos actos terroristas, Osama Bin Laden.

Afganistán es uno de los países más pobres del mundo. Según datos del Banco Mundial, tiene una esperanza de vida de 45 años y los peores índices de alfabetización (un 15% para las mujeres mayores de 15 años) y mortalidad infantil y materna del planeta. La destrucción generalizada por parte de los combatientes de propiedades, instalaciones, carreteras y tierras de cultivo, han provocado la ruina de la agricultura y de las infraestructuras. En 1996 el país sólo producía el 15% de los alimentos necesarios para su población.¹ En la actualidad, sufre una devastadora sequía desde hace tres años. Según el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), se estima que existen 8 millones de minas antipersona y dos millones de minas antitanque que abarcan el 75% de la superficie afgana. El 85% de las 8.000 víctimas anuales son civiles. Además de matar o lisiar personas o ganado, las minas dificultan las tareas de repatriación.

Como consecuencia de esta situación, Afganistán posee la mayor comunidad de refugiados del mundo. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) afirma que en 1989 el número de refugiados afganos fue superior a los 6 millones, más de un tercio de los entonces 15 millones de habitantes del país, hoy alrededor de los 25. Actualmente, dos millones de refugiados

Alejandro Pozo es master en Ayuda Humanitaria por la Universidad de Deusto, especialidad en Paz y Conflictos, investigador en prácticas en el Centro de Investigaciones para la Paz (CIP). Ha trabajado en los campos de refugiados afganos durante el verano de 2001

¹ Ignacio Rupérez, "Afganistán, agonía y miseria de un país olvidado", *Tiempo de Paz*, Madrid, primavera-verano de 1996, N° 41, pp 21-27.

afganos viven en Pakistán y otros dos millones en Irán. Por otro lado, Afganistán es el primer productor mundial de opio. Produce la mayor parte de la heroína (derivado del opio) que se consume en Europa, un 80%, junto a Pakistán e Irán. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Control de Drogas, en 1999 produjo 4.600 toneladas métricas de opio, dos veces más que en 1998. Este aumento es consecuencia de un cambio en los tipos de cultivo (de trigo a amapolas) y de comercio (de ganado a opio), principalmente al nordeste del país.²

Invasión de la Unión Soviética

El 27 de diciembre de 1979 la Unión Soviética invadió Afganistán como respuesta a las revueltas que ponían en peligro la influencia socialista en el Gobierno afgano. Durante la ocupación soviética, en el contexto de la guerra fría, EEUU, a través de la CIA, Pakistán, con sus servicios de inteligencia (ISI), Arabia Saudí y sus aliados del Golfo canalizaron dinero y armamento hacia Afganistán. Entre 1986 y 1990, enviaron armas a los *muyahidín*³ por un valor aproximado de 5.000 millones de dólares, incluyendo los lanzamisiles antiaéreos *Stinger* guiados por láser y portátiles en el hombro por una sola persona. Fue la primera vez que este tipo de arsenal había sido distribuido fuera de la OTAN. Hacia 1992, se estimó que había más armas personales en Afganistán que en India y Pakistán juntos.⁴

Uno de los principales financiadores, organizadores y combatientes en la *yihad* —guerra santa—, contra los soviéticos fue el millonario saudí Osama Bin Laden.⁵ Recaudó fondos para la causa afgana hasta 1982, fecha en la que se trasladó a Afganistán. Allí estableció campos de entrenamiento y reclutó personal para la *yihad* proveniente de todos los países islámicos, principalmente de Arabia Saudí, Egipto y Argelia. Creó una base de datos informatizada con todos los voluntarios que participaron en la ofensiva. Diez años más tarde esta base de datos fue utilizada para formar el grupo *Al Qaeda* —La Base—, la organización que ha sido acusada como la responsable de diversos actos terroristas en EEUU y en distintos países musulmanes.

En febrero de 1989 se retiraron definitivamente de Afganistán las tropas soviéticas tras los acuerdos entre Afganistán, Pakistán, EEUU y la Unión Soviética,⁶ que preveían la suspensión del tráfico de armas y dinero hacia Afganistán. Ni estos se cumplieron, ni se previno ninguna forma provisional de Gobierno. La retirada soviéti-

² Jonathan Goodhand, "From Holy War to Opium War? A Case Study of the Opium Economy in North-eastern Afghanistan", *Disasters*, Whistable, Kent, Reino Unido, junio de 2000, Vol. 24, Nº 2, pp.87-102.

³ Con este nombre se conoce a los "guerreros de Dios" que lucharon contra los soviéticos.

⁴ Chris Jonshon, *Afghanistan, a Land in Shadow*, Oxfam publications, 1998, p.32.

⁵ Sobre Bin Laden y su organización léase Gilles Kepel, *La Yihad. Expansión y Declive del Islamismo*, Ediciones Península, Barcelona, 2000, pp. 499-513. Referencia de este libro en la p. 139 de este número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*.

⁶ Sobre estos y otros acuerdos de paz sobre Afganistán léase Barnett R. Rubin, *The Search for Peace in Afghanistan*, Yale University Press, New Haven, 1996.

ca, además de acelerar la caída del imperio soviético y el final de la guerra fría, fracturó la unidad existente hasta el momento por parte de los distintos grupos *muyahidín* y volvió a encender las viejas rivalidades tribales. Desde noviembre de 1987 existía un Gobierno pro-comunista con Mohamed Najibulah, jefe del KHAD (KGB afgano), como presidente, y se restauró el islam como religión oficial. En 1992, Najibulah fue derrocado y se instauró una coalición presidida por Burhanodin Rabani. Naciones Unidas y la gran mayoría de países de la comunidad internacional continúan reconociendo a Rabani como el legítimo gobernante de Afganistán.

Al mismo tiempo, se libró una guerra civil entre los distintos señores de la guerra por el poder: todos contra todos. Estas facciones en lucha se enriquecieron a través de la droga, el contrabando o el saqueo a los civiles afganos, provocando aún más sufrimiento a una población extenuada e impidiendo la vuelta de los refugiados.

Aparición de los talibán

La situación cambió con la llegada de los talibán. Provenientes de los campos de refugiados afganos y *madrasas* —escuelas coránicas— en Pakistán, principalmente alrededor de la ciudad de Peshawar, fijaron su cuartel general en la ciudad afgana de Kandahar, al sur del país, lugar de origen del máximo líder talibán, *mollah Omar*, quien posee la última palabra en cualquier decisión del régimen.⁷ Con Omar, los talibán consiguieron conquistar más de dos tercios del país en menos de dos años, de noviembre de 1994 a septiembre de 1996, cuando conquistaron Kabul, la capital afgana. Actualmente, poseen entre un 90 y un 95% del territorio. Desde la toma de Kabul, los talibán libran una batalla contra la Alianza del Norte, coalición que agrupa a las distintas facciones étnicas que anteriormente lucharon entre ellas y que lo poco que comparten es un sentimiento anti-talibán. Tanto la aparición en escena de los talibán como su rápida conquista de la gran parte del país fueron una sorpresa para la comunidad internacional. Pero existen varias razones que explican este fenómeno.

Por un lado, los talibán pertenecen al grupo étnico de los pastunes (o patanes) y profesan el islam suní de la escuela *debandí*. Los pastunes gobernaron Afganistán desde su instauración como Estado, en 1747, hasta 1973, cuando un golpe de Estado acabó tanto con la monarquía como con el poder pastún. Tras el cansancio y la desesperanza de más de 15 años de guerras, el recién aparecido grupo de los talibán fue percibido por los afganos como un posible final al conflicto en Afganistán, debido a que este grupo prometió y cumplió perseguir la delincuencia e instaurar la seguridad y el orden. Poseían la legitimidad que les otorgaba el pertenecer al grupo étnico y religión mayoritarios del país —un 85-90% de la población afgana es suní, un 99% musulmana—.

Pero los talibán se han limitado a hacer cumplir una interpretación muy restrictiva de la *sharía* —ley islámica— y, como ellos mismos han reconocido, no tienen ningún tipo de agenda política, interés, ni capacidad de llevar a cabo la burocracia

Los talibán se han limitado a hacer cumplir una interpretación muy restrictiva de la ley islámica y, como ellos mismos han reconocido, no tienen ningún tipo de agenda política

⁷ Stéphane Allix, "De la resistencia a la toma de Kabul, la historia secreta de los talibán", *Le Monde Diplomatique*, edición española, enero de 1997, N° 15, pp. 22-23.

gubernamental. Hombres, y sobre todo mujeres, han sufrido un gran número de violaciones de los derechos humanos y han sido forzados a cumplir un código de conducta profundamente restrictivo. Incluso han llegado a crear el Ministerio para la Promoción de la Virtud y Prevención del Vicio o policía religiosa, encargada de hacer cumplir los edictos talibán sin permitir ningún tipo de oposición ni debate a una sociedad que en otro tiempo gozó de libertades.⁸

Por otro lado, Pakistán vio en los talibán al mejor candidato para garantizar la estabilidad en Afganistán. Los servicios de inteligencia y el Ministerio de Interior de Pakistán, la CIA estadounidense, y los Gobiernos de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes —en menor medida Israel y Turquía— financiaron con dinero y armas a los talibán. Todos tenían algo que ganar. Estaba en juego el control estratégico de la zona y la legitimidad del islam entre los chiitas iraníes y los sunís saudíes. Tanto Arabia como Pakistán y los EEUU (y sus compañías petroleras) obtendrían beneficio si algún grupo afgano podía garantizar la estabilidad necesaria para poder construir las tuberías que exportarían las recientemente descubiertas y enormes reservas de petróleo y gas en Asia Central hacia el Índico, a través de Afganistán y Pakistán, y de ahí a los mercados internacionales.

Estas reservas, todavía no explotadas, han convertido Asia Central y el mar Caspio en una de las zonas del mundo con más atractivo para la inversión extranjera, especialmente para las compañías petroleras. Estas compañías, así como los inversores y la mayoría de los expertos en energía, comparten la opinión de considerar Irán como la mejor opción entre las diferentes rutas (Rusia, Turquía, Afganistán/Pakistán e Irán) por ser la más corta, la más segura y la más económica. Sin embargo, la firme oposición por parte de los EEUU y Arabia Saudí, quienes tratan de evitar a toda costa el desarrollo iraní en la zona, ha reconocido a la ruta Afganistán/Pakistán como la más adecuada para sus intereses.

El gran potencial económico que representa Asia Central ha desatado una batalla, conocida como el Nuevo Gran Juego,⁹ entre compañías petroleras. Las principales empresas envueltas en esta batalla son la argentina Bridas, la primera en apostar por invertir en la zona, y la estadounidense Unocal, asociada a la firma saudí Delta Oil. Estas compañías han llegado a acuerdos con comandantes locales, además de ejercer un fuerte *lobby* en Washington e Islamabad. También han firmado contratos con los Gobiernos de los países productores e incluso con los talibán y la Alianza del Norte.¹⁰

⁸ Para ver una completa relación de los decretos talibán contra la mujer y otras prohibiciones ver el apéndice 1 de la obra de Ahmed Rashid, *Los talibán. El Islam, el Petróleo y el Nuevo Gran Juego en Asia Central*, Ediciones Península, Barcelona, 2001.

⁹ Los británicos conocían a su guerra contra los rusos en la zona, entre 1837 y 1907, como el Gran Juego. Los británicos han invadido Afganistán en dos ocasiones y los soviéticos otras dos, dado el valor estratégico que Afganistán representaba por su situación geográfica entre dos imperios. Siempre ha resultado vencedor.

¹⁰ Ahmed Rashid en su obra *Los talibán. El Islam, el Petróleo y el Nuevo Gran Juego en Asia Central*, en sus capítulos 11, 12 y 13 proporciona un amplio análisis cronológico sobre la lucha entre las distintas compañías petroleras. Ver también Olivier

Pero, contrariamente a lo que se esperaba, los talibán nunca controlaron la totalidad del país en su guerra contra la Alianza del Norte debido al fuerte apoyo recibido por la misma en armas, dinero y logística militar por parte de Rusia, Irán, las ex-repúblicas soviéticas de Asia Central, China e India. El número de fuerzas talibán ronda los 25.000, cifra que puede alcanzar los 40.000 durante las operaciones militares, con menos de un millar de “árabes” —nombre con el que se conoce a los yihadistas reclutados por la red de Osama Bin Laden provenientes de todo el mundo islámico—. Entre 1994 y 1999, entre 80.000 y 100.000 paquistaníes lucharon al lado de los talibán. La Alianza del Norte cuenta con alrededor de 12.000 combatientes, aunque también incrementa su número durante los reclutamientos previos a grandes ofensivas.¹¹

En 2000, el presupuesto talibán para su guerra contra la Alianza del Norte rondaba los 100 millones de dólares. El 60-70% de este presupuesto proviene de los ingresos por contrabando, el 30-40% del tráfico de drogas (ambas facciones cobran una tasa del 20% a los traficantes y transportistas) y alrededor de un 5-10% procede de la ayuda exterior, principalmente de Pakistán y Arabia Saudí. La Alianza del Norte tiene un presupuesto de unos 60-70 millones de dólares, de los que el 50-60% se derivan de las tasas impuestas a la explotación y venta de piedras preciosas, principalmente esmeraldas, de las minas del norte del país. En 1999, la Alianza del Norte firmó un contrato con la compañía polaca *Inter Commerce* para comprar los derechos de explotación de las piedras preciosas afganas. Este acuerdo podría incrementar el presupuesto de la Alianza hasta los 200 millones de dólares en los próximos años. Un 20-30% del presupuesto proviene del tráfico de drogas y otro 20-30% de la ayuda exterior.¹²

La amenaza de Osama Bin Laden

También todos tienen algo que perder con los talibán. Tanto Rusia como Irán salen perjudicados en el conflicto afgano por su pérdida de influencia en Asia Central y por no ser los elegidos para el transporte de los hidrocarburos provenientes de Asia Central. Estos países se suman a las ex-repúblicas soviéticas de Asia Central, India y China, perjudicados por la exportación de la filosofía talibán a sus propios Estados que alimenta grupos secesionistas y radicales aumentando la violencia y la inestabilidad entre sus fronteras. Pakistán ha comprobado cómo el contrabando ha dinamitado su economía, y tanto las mafias de droga y armas como la violencia han aumentado en sus calles. También EEUU y Arabia Saudí han visto

Roy, “Talibán: *sharia* más gasoducto”, *Geopolítica del Caos*, Le Monde Diplomatique, edición española, Temas de debate, Madrid, 1999, pp. 221-228 y Adam Tarok, “The politics of the pipeline: the Iran and Afghanistan conflict”, *Third World Quarterly*, 1999, Vol. 20, N° 4, pp. 801-820.

¹¹ Ali A. Jalali (2001), “Afghanistan: The Anatomy of an Ongoing Conflict”, *Parameters*, primavera de 2001, pp 85-98; www.afghan-politics.org; Ahmed Rashid, “Los talibán en el centro de la desestabilización regional”, *Le Monde Diplomatique*, edición española, noviembre-diciembre de 1999, N° 49, pp.14-15.

¹² Ahmed Rashid, “Afghanistan: The Year in Review”, en www.reliefweb.org, 2001.

cómo un sector de los grupos que financiaron se han vuelto contra ellos en forma de terrorismo, representados en la figura de Osama Bin Laden.

El grupo de Bin Laden ha combatido en los conflictos con una vertiente islámica, como Chechenia (frente a los rusos), Cachemira (apoyando a Pakistán) o Bosnia, aunque sus miembros han combatido los regímenes de sus propios países, acusados de poco islámicos. Bin Laden se presenta como anti-estadounidense y anti-occidental, pero principalmente como anti-saudí, a partir de la colaboración de su país con EEUU en la guerra del Golfo. Formó parte de los círculos hostiles al rey y, hostigado por el régimen, buscó refugio en Pakistán, Afganistán y Sudán, donde se estableció a finales de 1992. En Sudán realizó fuertes inversiones y se convirtió en figura de referencia del islamismo antisaudí. En verano de 1996 fue expulsado debido a las fuertes presiones internacionales y se instaló en Afganistán.

En febrero de 1998 Bin Laden creó el Frente Islámico Internacional contra los Judíos y los Cruzados. En la carta fundadora se emitió una *fatwa* —opinión jurídica basada en los textos sagrados del islam— donde se decía que “todo musulmán que esté en condiciones de hacerlo tiene el deber personal de matar a los americanos y a sus aliados, civiles y militares, en cualquier país donde sea posible”. Aunque el espectáculo del terror, favorecido por la cobertura mediática de que era objeto Bin Laden, le sumó algunos adeptos radicales, también sirvió para que gran parte de sus antiguos colaboradores se distanciaran de él.

EEUU (en julio de 1999) y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (en octubre de 1999 y en diciembre de 2000, resoluciones 1267 y 1333), exigieron la entrega de Bin Laden e impusieron sanciones económicas a los talibán. Bin Laden ha declarado la guerra a Washington y éstos han ofrecido 5 millones de dólares por información que ayude a su detención. Desde principios de los años 90 se han atribuido a Bin Laden todos los actos terroristas cometidos contra EEUU. Él ha desmentido su participación en todos ellos, aunque no ha negado su satisfacción por lo ocurrido.

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Irracionalidad inhumana y futuro de paz

El terrorismo es una locura. Una locura del tiempo que nos toca vivir ante la que hemos de reaccionar activamente. El atentado contra la vida humana es la máxima expresión de irracionalidad de que podemos hacer gala, pues la vida es nuestro máximo bien. Si la destrucción de vidas humanas se lleva a cabo en circunstancias como las que hemos visto por televisión en Nueva York, contra personas inocentes, insertas en su rutina de trabajo o de ocio, viviendo simplemente, entonces la irracionalidad es además profundamente inhumana. Pues niega los límites y los vínculos que nos debemos como especie.

Tras el lamento por las víctimas, tras la solidaridad con el pueblo estadounidense, queda el presente y queda el futuro. En el presente están los afectados y está el dolor. Al dolor, asiento de sentimientos encontrados, hay que buscarle una vía de expresión que no vaya dirigida a alimentar la espiral de violencia enfrentando a unos grupos contra otros. Y no debiéramos ahora tomar caminos equivocados en la estela de la irracionalidad de un grupo suicida. Hablar de guerra, de acciones de guerra, aumenta la tensión y puede conducir a legitimar acciones que en sí mismas no lo son. Una cosa es castigar a los culpables y otra llevar a cabo acciones que atenten contra la vida de nuevos inocentes. Desde otra lógica, es precisamente el reconocimiento del dolor como denominador común ante la violencia el sentimiento que puede conducirnos a romper los estereotipos y los bandos, y puede empujar a la reflexión acerca de la futilidad de nuestras peleas. En estos días hemos podido ver cómo muchos de los considerados enemigos han manifestado no compartir este brutal ataque y se han unido al dolor de las víctimas. En el periódico aparece una foto de un joven palestino con una pancarta que reza: "El terror es nuestro enemigo común". El dolor que produce ese terror, si se comparte desde una concepción mínima de seres humanos igualmente vulnerables, puede ser un lazo para estrechar vínculos entre las personas y entre los pueblos. Seguramente, es en los momentos más trágicos cuando pueden darse los gestos

Carmen Magallón Portolés es miembro del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza y vicepresidenta de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ)

más sublimes de reflexión y de acercamiento entre anteriores enemigos. Adoptarlos no es un signo de debilidad sino de fortaleza, de una fortaleza más humana que no se asienta en la capacidad de matar sino en la grandeza de ser capaces de convivir.

Para un futuro inmediato, algo que debiera preocuparnos es cómo una mente humana puede llegar a distorsionar su propósito en la vida, hasta deshumanizarse de ese modo, planeando y llevando a cabo atentados de este calibre. Y debiera preocuparnos más allá de los términos de seguridad clásicos, que se han mostrado incapaces de hacer frente a la impotencia y la frustración que crecen en algunas mentes. Más armamento no nos conducirá a una mayor seguridad. Hoy, más que nunca, vemos que no hay escudo antimisiles capaz de protegernos de un empeño inhumano autoinmolador de las características que hemos contemplado. Lo que nos conduce a un aserto tantas veces postulado por la investigación para la paz: hay que desarmar la mente humana. Ahí está la clave. Y ahí está nuestro reto: cómo construir un mundo globalizado en el que la acción política, la estructura económica y la coexistencia de culturas diferentes se asienten en valores humanos, de reconocimiento, de respeto y de justicia, pues es en ese entramado de condiciones materiales, creencias y reconocimientos simbólicos en el que se configuran de manera compleja nuestras mentalidades. Un mundo que permita a todos —no sólo a los que habitamos una determinada área del planeta— alcanzar nuestras capacidades, nuestro proyecto vital, sin deshumanizarnos, sin destruirnos mutuamente.

Una reflexión serena y profunda de lo acontecido habría de reafirmar hoy la cooperación y el apoyo mutuo, tanto en términos materiales como simbólicos, como única guía de acción política capaz de construir una convivencia en paz, y, en definitiva, un futuro para la especie humana.

ALBERTO PIRIS

Los peligros del postterrorismo

Una valoración correcta de la situación política internacional, a partir del pasado día 11 de septiembre, obliga a establecer algunas premisas que eviten caer en el torbellino de las palabras resonantes pero erróneas y de las valoraciones apasionadas e irracionales que tanto han proliferado desde entonces.

Los titulares de los medios de comunicación no han ayudado mucho en este empeño. “EEUU en guerra”, “Bush declara la guerra al terrorismo”, “La guerra llega a América”, “Declaración de guerra a EEUU”, “Comienza la Tercera Guerra Mundial”, son algunos de los leídos en la prensa española y estadounidense. Hay que creer que la atropellada e irreflexiva reacción inicial del presidente Bush, declarando que su país se encontraba en estado de guerra, contribuyó mucho a lograr este efecto. La espectacularidad del atentado terrorista, transmitido en directo a todo el mundo, ha llevado a la opinión pública internacional a aceptar, sin el menor esfuerzo crítico, el diluvio de palabras y conceptos que acompañaban a la estremecedora realidad. Los medios de comunicación españoles y europeos, en general, se dedicaron durante los primeros días a seguir casi al pie de la letra todo lo que les llegaba de EEUU. En ese país era comprensible el esfuerzo de las cadenas de televisión, de la prensa, la radio y todo el variado espectro periodístico que allí vive y se desarrolla, con el objeto de estimular y reanimar a un pueblo que, estupefacto y herido en lo más íntimo, tenía que recuperarse, agruparse y volver a sentirse orgullosamente formando parte de lo que allí, con toda naturalidad, se considera el primer país del mundo.

Concluido ese chaparrón inicial, que por insistente y ensordecedor ha llegado a ofuscar la capacidad de juicio reflexivo y ecuánime, es preciso volver a restablecer en su nivel real lo que ocurrió aquel fatídico día. Y eso fue, sencillamente, que EEUU sufrió el más pavoroso ataque terrorista jamás conocido. El empleo de unos instrumentos inéditos hasta entonces —aviones comerciales secuestrados— contribuyó a aumentar el pánico, a causa del factor sorpresa, bien aprovechado por los terroristas. El fracaso de los servicios de inteligencia (CIA en el exterior y FBI en el interior) para actuar anticipadamente fue notorio y escandaloso. La espectacularidad del atentado —efecto buscado *ex profeso* por los terroristas— llegó instantáneamente a todos los habitantes del mundo desarrollado que pudieran con-

Alberto Piris es general retirado del Ejército español, analista del CIP

templar un televisor. El mundo financiero y el militar —dos de los aspectos en los que EEUU no admite competencias externas— fueron humillantemente heridos, de modo más simbólico que real, en la elección de los objetivos atacados.

Pasado el desconcierto que durante las horas siguientes reinó en EEUU, el Gobierno estadounidense decidió llevar a cabo los pasos que parecen obligados en tal caso. En primer lugar, investigar a fondo para descubrir a las personas, grupos, organizaciones o, en su caso, países o Estados, que pudieran ser responsables del múltiple acto terrorista. A continuación, organizar y, a su debido tiempo, ejecutar las acciones de represalia que la opinión pública le exige, la política interior recomienda y el derecho internacional le autoriza, lo que, en el momento de escribirse estas líneas está todavía en un plano puramente teórico, por no saberse aún cuál ha de ser el objetivo de dicha represalia.

Lucha contra el terrorismo internacional

En el curso de los acontecimientos posteriores, hay algunos aspectos que producen especial inquietud. Los actos de terrorismo suelen ir seguidos de un periodo, que podría llamarse “el postterrorismo”, donde la violencia del hecho, su impacto en la sociedad, la tensión a la que están sometidos los gobernantes y la incertidumbre generalizada contribuyen a que los dirigentes den pasos en sentido equivocado y tomen decisiones de las que luego es casi forzoso tener que arrepentirse. En este caso, no ha habido excepciones a la regla general. “Declaramos la guerra al terrorismo internacional y la ganaremos”, como ha expresado el presidente Bush, es una frase cargada de retumbantes significados, pero más propia de una arenga patriota o de un mitin electoral que de quien ha de dirigir a la primera superpotencia del planeta en unos momentos confusos para todo el sistema internacional.

Esto es así porque no se puede declarar la guerra a un enemigo impreciso. El terrorismo internacional no es un enemigo colectivo. No tiene un gobierno, un territorio, una capital, un Estado o unos ejércitos. Coexisten muchos terrorismos hoy en el mundo, en gran parte desconectados entre sí y no solo no coincidentes en sus propósitos sino, en ocasiones, divergentes. Existen varios grupos terroristas que se amparan en la bandera del islam, pero también hay terrorismos occidentales europeos (vasco, norirlandés, corso), terrorismos caucásicos (checheno), asiáticos (tamiles o filipinos) y algunos más que harían larga esta lista. Esos terrorismos carecen de frentes de combate y de retaguardias unificadas. ETA la tuvo en Francia, el IRA en Irlanda, algunos islámicos en Siria, Irak, Afganistán, etc. Su logística es dispersa y abarca extensas regiones del planeta. Destruir los puentes sobre el Danubio, como hizo perversamente la OTAN para derrotar a Yugoslavia, no es una acción bélica que pueda aplicarse en este caso. Ni efectuar un desembarco aeronaval o un ataque por tierra, porque no existen ejércitos que defiendan posiciones concretas.

El terrorismo internacional no puede ser el objetivo de una guerra, del mismo modo que no lo pueden ser el narcotráfico, la emigración ilegal, el crimen organizado o la delincuencia internacional. Éstos pueden ser objeto de muchas acciones políticas, diplomáticas, económicas, policiales (con cooperación de fuerzas militares), pero nadie en sus cabales puede declarar una guerra a esas vagas entidades y, peor aún, proclamar que la va a ganar. Hablar, pues, de guerra en este caso

puede tener otras finalidades, pero es totalmente inapropiado. Puede servir para elevar la moral del pueblo estadounidense, acostumbrado a servirse de la guerra para imponer sus intereses nacionales en todo el mundo, o para hacerle creer que, del mismo modo que EEUU se apoderó del panameño general Noriega y lo juzgó por narcotráfico en sus tribunales, también podrá hacer algo parecido con algunos destacados cabecillas terroristas esparcidos por todo el planeta. Puede servir, también, para invocar la solidaridad de los aliados de la Alianza Atlántica, a los que el texto del Tratado les obliga a considerar como ataque dirigido contra todos los miembros el que sufriera uno solo de ellos.

Terrorismo, no guerra

Equiparar un acto de terrorismo, por brutal y sangriento que sea, con una acción bélica es equivocado, además, por otros motivos. El recuerdo de Pearl Harbor, reavivado en esta ocasión para establecer un falso paralelismo, solo es aceptable en un aspecto: el ataque japonés de 1941 contra la Flota estadounidense del Pacífico fue el revulsivo que forzó a EEUU a entrar en la ya declarada y sangrienta II Guerra Mundial. Despertó la conciencia de los estadounidenses al conflicto en que Europa, África y Asia estaban implicadas y que ellos no acababan todavía de entender. Pero nada más. No es posible encontrar otras analogías. Nadie ha declarado la guerra a EEUU derribando las torres gemelas de Manhattan y aniquilando un segmento del Pentágono washingtoniano. No hay guerra en el sentido propio de esta palabra.

Las operaciones ofensivas del terrorismo nada tienen que ver con las acciones bélicas que buscan objetivos estratégicos de una u otra naturaleza. Su finalidad es, desde siempre, aterrorizar a las poblaciones que las sufren, bien llamando la atención sobre una causa que los terroristas estiman justa y desatendida por el resto del mundo, bien buscando doblegar la voluntad de los Gobiernos y obligarles a ceder en aspectos concretos que benefician a quienes del terrorismo hacen instrumento político. Del mismo modo que los Estados se sirven de la guerra como medio para alcanzar fines políticos, el terrorismo ha sido también en la historia instrumento de otros grupos que buscaban objetivos políticos. Como ejemplo actual de ello cabe citar el papel del terrorismo judío en la creación del Estado de Israel.

Una reacción violenta y desproporcionada al ataque sufrido por EEUU puede reavivar el estado moral del pueblo estadounidense —si también se refleja en espacios preferentes en los medios televisivos— y puede conseguir más votos para Bush en las próximas elecciones presidenciales. Pero también va a fomentar irremisiblemente el nacimiento y el desarrollo de nuevas generaciones terroristas que representarán una seria amenaza para el futuro.

Otros aspectos del postterrorismo que son especial motivo de preocupación vienen claramente expresados en las siguientes palabras del general británico Sir Peter de la Billiere, que fue Jefe de las fuerzas británicas durante la última Guerra del Golfo: “Debemos estar preparados para lo peor. Y esto muy bien podría significar una cierta disminución de derechos civiles de todos nosotros, ya seamos ciudadanos británicos o extranjeros. Y también un incremento de las medidas de seguridad. Y a la vez debemos ser mucho más duros respecto a los refugiados políticos y los solicitantes de asilo”. De ese modo, el terror alcanzaría muy bien sus

Del mismo modo que los Estados se sirven de la guerra como medio para alcanzar fines políticos, el terrorismo ha sido instrumento de otros grupos que buscaban objetivos políticos

objetivos, cuando tan distinguido personaje político y militar solicita del pueblo inglés que esté siempre “preparado para lo peor”, y que además acepte recortes en sus libertades públicas. Crear miedo entre las poblaciones es cómodo para todos, especialmente para los gobernantes, que automáticamente ven reducir la intensidad de la legítima crítica a la acción del Gobierno y que se encuentran con unas oposiciones políticas con muy poco margen de maniobra, so pena de ser tildadas de antipatriotas. En las palabras antes citadas, no solo se propugna una “cierta disminución de derechos civiles”, sino también dureza “con los refugiados políticos y los solicitantes de asilo”. El postterrorismo, como resulta evidente en el texto citado y en muchos otros que estos días han visto la luz pública, puede llevar en sí los gérmenes del más evidente fascismo.

¿Democracia o seguridad?

Obligar a una sociedad a elegir entre fascismo y seguridad por una parte y democracia e inseguridad por otra, es una vieja trampa política que puede producir nefastos resultados en los países europeos. El terrorismo no podrá jamás erradicarse mientras en múltiples zonas del planeta existan poblaciones sometidas contra su voluntad, perseguidas, aniquiladas, humilladas o desposeídas de lo que era legítimamente suyo. Si a estas circunstancias se añade un factor de fanatismo —que no necesita ser solo religioso o islámico, sino cultural, incluso étnico, como sucedió con el nazismo hitleriano— que haga verosímil la idea de que morir en acto de servicio es un hecho deseable y propiciador de futuros deleites sobrenaturales, la figura del terrorista suicida presenta un reto difícil de superar. Los niveles de control de la población y de desarrollo de la vida cotidiana, que parecen necesarios para garantizar la seguridad de los pueblos en esas circunstancias, harían probablemente muy difícil la convivencia humana que es el objetivo final de las sociedades democráticas y justas.

La guerra contra el terrorismo solo puede concebirse de otro modo: previendo y desactivando todos los conflictos que pueden fomentarlo. EEUU ha utilizado con frecuencia a potenciales terroristas en tanto en cuanto sirviesen a sus intereses. El ahora enemigo público número uno de Washington, Osama Bin Laden, fue apoyado, financiado y armado por la CIA mientras pareció que podría ayudar a EEUU a expulsar de Afganistán a la extinta URSS. EEUU sigue bombardeando periódicamente Irak, país contra el que efectivamente aún se encuentra en guerra, creando con ello nuevos odios y resentimientos, y alimentando futuras generaciones de terroristas. Extender los bombardeos de modo indiscriminado, solo para satisfacer las ansias de un pueblo irritado y reconstruir el orgullo patriótico vulnerable, es la mejor fórmula para que el terrorismo encuentre nuevos terrenos abonados.

No hay guerra eficaz ni fórmula definitiva contra el terrorismo internacional. Este solo podrá desaparecer cuando se extingan los fuegos que lo alimentan sin cesar: los conflictos no resueltos por incapacidad, complicidad o rivalidades internas entre las grandes potencias que en ellos tienen intereses. La humillación, persecución y constante aniquilación del pueblo palestino por Israel, apoyado sin condiciones por EEUU, son el origen de la espeluznante acción terrorista que el mundo contempló estremecido. Añadir nueva violencia a la ya existente, aplicando la Ley del Talión en una espiral infernal e ilimitada, no llevará a una solución final.

JOSE MARÍA TORTOSA

La difícil tarea de entender

La primera reacción de Colin Powell, secretario de Estado y militar profesional, ante los hechos del 11 de octubre de 2001 en el sentido de que había que "llevar a los responsables ante la justicia" fue frontalmente rechazada por los que, desde el primer momento, sólo han pensado en el uso de la violencia como castigo a la violencia.¹ Powell no estaba solo ni las alternativas a la violencia se reducían a la justicia.² Pero, en general, las reacciones vengativas o "el alarmismo fundado en interpretaciones de fuerte filiación ideológica"³ han sido tan fuertes que casi han impedido un intento sereno y frío de entender qué había sucedido. Hay, por lo menos, dos caminos para entenderlo: comprender la acción misma y situarla en un contexto que le dé sentido.

José María Tortosa es titular de la Cátedra Rafael Altamira de la Universidad de Alicante

Empatía no es simpatía. Se puede rechazar, por ética y estética, el uso de la violencia indiscriminada y no mostrar ante ella ningún tipo de simpatía y, al mismo tiempo, se puede intentar ver el mundo y la acción con los ojos del que la ha cometido, que eso es empatía: ponerse en la piel ajena y ver las cosas desde allí, con independencia de cómo se valore la acción.

Legítima o ilegítima, esta violencia puede ser resultado de tres tipos distintos de fuente. Cuando los medios de comunicación hablaron del fanatismo, se referían a un caso del primero de los tipos de acción posible: la acción con respecto a valores. Es comprensible la acción de quien está dispuesto a dar la vida por sus creencias o sus ideales. No otra cosa se enseña en el entrenamiento militar: dar la vida por la Patria. Ni otra cosa enseñaban a los cristianos que en la Roma imperial pre-

¹ Charles Krauthammer, "To war, not to the court", *Internatinal Herald Tribune*, 14 de septiembre de 2001; William Safire, "Pulveriza these attacker's bases and destabilize their protectors", *The New York Times*, 13 de septiembre de 2001.

² Martin Woollacott, "The best defence is justice", *The Guardian*, 12 de septiembre de 2001; Mariano Aguirre, "Los usos de la violencia espectacular", *El País*, 14 de septiembre de 2001.

³ Rigoberta Menchú, "Un voto de cordura", Servicio informativo "Alai-amlatina", 11 de septiembre de 2001; "Responses to an outrage", *Finantial Times*, 13 de septiembre de 2001, editorial.

ferían morir antes que quemar incienso ante los dioses falsos que, como es sabido, son siempre los de los demás. Esta componente de entrega a la causa tiene que haber estado necesariamente, pero no agota las posibilidades de entender a los que la llevaron a cabo.

La acción afectiva es otra posibilidad. No son los valores lo que cuenta, sino los sentimientos. En el caso que nos ocupa, podría ser la venganza, la ley del Tali3n, que es tambi3n la que aparece en la reacci3n inmediata de los Gobiernos de los EEUU y de sus aliados. Es f3cil comprender el deseo de venganza de muchos estadounidenses. Curiosamente, no hay tanta informaci3n disponible sobre la raz3n por la que los que se lanzaron contra los edificios de Nueva York y Washington podrían sentir deseos de venganza. Efectivamente, “tales hechos son expresiones —repudiables y bárbaras— de un conflicto que casi todo el mundo desconoce y que, paradójicamente, muy pocos se empeñan en identificar”.⁴

Pero, ¿por qué no plantearse la posibilidad de que el tipo de acci3n fuese el de una acci3n estrictamente racional en el sentido de medios aplicados en funci3n de un fin? Cabe plantearse cuál sería tal fin.⁵ No sería el primer caso en el que un pa3s comete una acci3n claramente rechazable “disfrazado” de su enemigo con el fin de desacreditarle lo más posible. De la policia secreta de la antigua Alemania oriental se conocen casos. Y tambi3n se conocen del actual servicio secreto israelí. No por ser monstruoso es imposible.

Cui prodest

Los hechos en cuesti3n no eran “inimaginables”. “Este horror ha sido descrito, repetido, filmado, transformado en series televisivas y juegos de vídeo para los niños. Este horror ha inspirado a los adolescentes. Ha sido presentado como modelo”.⁶ Este es el primer elemento del contexto que conviene resaltar: la exaltaci3n efectiva de la cultura de la violencia. Y quien siembra vientos, recoge tempestades.

Plantearse a qui3n benefician objetivamente los hechos es una tarea realmente dif3cil. Y absolutamente necesaria si queremos entender a los autores. Empresas, grupos de inter3s, grupos de diversa ideología, pa3ses... La lista podría ser larga pero no es f3cil encontrarla. Tambi3n es tarea importante la de preguntarse qui3nes se van a beneficiar de estos hechos, por más que hayan estado alejados de la autoría de los mismos. Las sospechosas ofertas de colaboraci3n con los servicios secretos estadounidenses dejan ver cómo diversos Gobiernos intentan sacar partido de lo acaecido, sea para mejorar sus propias políticas internas

⁴ “¿Para qué?”, *La Jornada*, 12 de septiembre de 2001, editorial.

⁵ El elemento racional está tambi3n en la respuesta, no en términos de venganza, sino en los de acabar “con las fuentes de apoyo de los terroristas” y “fortalecer decisivamente las defensas contra tal forma no convencional de hacer la guerra”: “Mourning in America”, *The Washington Post*, 13 de septiembre de 2001, editorial. Ver Miguel Alonso Baquer, “Geoestrategia de un atentado terrorista”, *El Mundo*, 13 de septiembre de 2001.

⁶ Bernard Kouchner, “La pathologie du monde”, *Le Monde*, 13 de septiembre de 2001.

(como puede ser el caso del Gobierno de España con respecto a ETA) sea para sacar de la agenda situaciones complicadas (como puede ser la de Chechenia). Y no estaría de más preguntarse por China. Porque el contexto de estos asuntos es geopolítico.

Como se ve, demasiada racionalidad, demasiado cálculo de la relación entre medios y fines, como para dejarse llevar por la exaltación de la irracionalidad.

MARIANO AGUIRRE

Contra el discurso de la represalia

No es sencillo tomar decisiones racionales cuando los aviones continúan chocando, las Torres Gemelas se siguen derrumbando, el polvo y los trozos de cristal y hierro avanzan por Lower Manhattan tragándose víctimas y, en definitiva, cuando miles de personas mueren una y otra vez en la televisión global.

El presidente George Bush, un hombre de ideas sencillas, está presionado para cumplir con la promesa que hizo el viernes en las destrozadas calles de Nueva York: los terroristas oirán pronto a EEUU. El problema es que los atentados continúan ocurriendo cada pocos minutos en las pantallas de nuestras televisiones, pasan los días y nadie reivindica nada; que la trama que emerge de las detenciones realizadas podría ser muy compleja y que el principal inculpado, el excéntrico millonario saudí Osama Bin Laden, afirma que él no fue. No es mala idea inculpar a los Estados protectores del terrorismo pero, ¿qué Estados y qué terroristas?

El Gobierno de EEUU parece decidido a obviar, en lo inmediato, algunas de estas cuestiones y quiere lanzar un ataque contra Afganistán y quizá contra otros Estados. El Gobierno se plantea luchar contra el terrorismo con un plan de largo plazo junto con países aliados. Al mismo tiempo, un sector de la sociedad estadounidense —y posiblemente de otros países— necesita apaciguar la angustia social con alguna acción de represalia.

El razonamiento que guía al presidente George Bush Jr. es que tanto los culpables directos como los Estados que dan cobertura a los terroristas deben pagar, y lo antes posible, por los crímenes. Desde el primer momento las pistas indican una trama islamista radical y apuntan a Bin Laden como el planificador. El presidente define el enfrentamiento como la lucha entre el bien y el mal, mientras asegura que su país salvará al mundo del terrorismo.

Aunque uno no tenga ganas de que Bush lidere ningún campo de batalla, la realidad indica que Nueva York es un símbolo postnacional: pertenece a un Estado determinado pero está incluida en el imaginario, los deseos, los álbumes familiares de fotos y los recuerdos de millones de no estadounidenses. Son, por lo tanto,

Mariano Aguirre es director del Centro de Investigación para la Paz (CIP). Artículo publicado en *El Correo*, el 21 de septiembre de 2001

muchas las posibilidades de proyectar y temer que después de Nueva York vendrán a nuestras propias ciudades o que secuestrarán algunos de los aviones en que viajemos. Como dice una canción de Leonard Cohen, "primero tomaremos Manhattan, luego Berlín".

La emocionalidad no le resta, sin embargo, al presidente Bush capacidad de planificación. Como quiere salvarnos, su Gobierno no tardó nada en activar el artículo 5 de la OTAN que, como en la novela de Dumas, hace que los miembros de la Alianza Atlántica interpreten un ataque sobre uno como un ataque sobre todos. Nadie objetó el artículo 5, pero por Europa empezó a circular el fantasma del miedo porque EEUU no está pensando sólo en lanzar misiles de crucero contra una montaña de Afganistán para ver si aciertan sobre Bin Laden. Por el contrario, es previsible que la respuesta sea masiva, acorde con las miles de personas que mueren y mueren en esas torres que son impactadas y se derrumban, vuelven mágicamente a resurgir y se desintegran una vez más.

Siempre en la vanguardia, el Gobierno israelí ofreció esta semana algunas ideas a su aliado en Washington, cuando bombardeó desde aire, tierra y mar la franja de Gaza. También cuando comparó a Yaser Arafat con Bin Laden, una similitud curiosa si se analiza que el presidente de la Autoridad Nacional Palestina es uno de los pocos palestinos que todavía confían en EEUU para salvar el hoy muerto proceso de paz en Oriente Próximo.

Si Washington desata una ofensiva sobre Afganistán o Irak, sean o no culpables, se violarán las normas del derecho nacional e internacional que regulan la investigación, eventual detención y juicio de criminales, sean Estados, personas o grupos. Y, además, ¿no será precisamente esta represalia la que los planificadores del crimen están esperando para responder o que respondan otros? El temor a la venganza no debe frenar nunca a la justicia pero, ¿qué ocurre si una respuesta ilegal de EEUU y sus aliados genera más y nuevas represalias de otros actores? ¿Es mejor salvar el orgullo nacional, o la vida de futuras víctimas que podrían morir repetidamente en otros atentados?

Este escenario de pesadilla ha llevado, entre otros, al antiguo canciller alemán, Helmut Schmidt, y al representante europeo sobre seguridad y política exterior común, Javier Solana, a pedir a EEUU que no aseste golpes de ciego. Washington tiene todo el apoyo, dicen, pero es preciso tener datos y seguir los procedimientos de Naciones Unidas.

La situación empeora en la medida en que aumentan los juicios sumarios asignando, por ejemplo, un carácter agresivo y antioccidental a todos los musulmanes. O dando por hecho que el mundo puede ser dominado por fanáticos. Numerosos comentaristas dicen que somos ricos y democráticos pero, también, cada vez más vulnerables. Así, emerge el temor a que algún Bin Laden amenace con volar Los Ángeles, Londres o París e imponga hipotéticas condiciones o, sencillamente, busquen nuestro caos.

Es interesante que en estos días abunden estos discursos y no los que indican que, en efecto, las sociedades modernas son complejas y vulnerables, pero que eso no significa su destrucción ni su colapso. En el conjunto de millones de ciudadanos del mundo algunos sufrirán atentados, habrá más víctimas y quizá la sociedad estadounidense tome conciencia de que puede ser atacada por fanáti-

cos de Oklahoma o de Oriente Medio. Esto es duro y dramático, pero no significa el fin de este mundo. Pueden caerse las Torres Gemelas, puede haber más recesión y crisis, pero el sistema económico y político internacional no se va a hundir. Habrá más conservadurismo y temor, pero todo va a seguir.

Vulnerable es, por ejemplo, la sociedad centroamericana desaparecida en los medios de comunicación, donde la gente se está muriendo de hambre por decenas, si no centenares, por no tener recursos estructurales para vivir. Vulnerables son los cientos de miles de afganos que van y vienen dentro y fuera de su país, asediados desde hace 20 años por la guerra y ahora por un probable ataque, ante los que los Estados occidentales blindan sus puertas. Frágiles son las sociedades africanas en las que el sida se expande como la nube de polvo que el martes iba por las calles Manhattan, pero con pocas esperanzas de que se detenga.

Muchos defensores de la sociedad abierta, del mercado, de la iniciativa privada, se han quedado en silencio, absortos, mirando la televisión. Le han dejado el discurso libre a un populista como Bush, que mezcla la tragedia con la venganza y pierde de vista la justicia y la verdadera seguridad de las personas.

Es difícil pensar con claridad cuando se nos está cayendo Nueva York encima, pero, después de la condena sin paliativos, es preciso actuar de acuerdo con los principios democráticos. Es necesario revisar por qué EEUU es un país tan odiado por algunos sectores del mundo, y ayudarle —con o sin el artículo 5— a entender que a provocadores fanáticos como Ariel Sharon no se les presta apoyo económico y militar. Sería importante preguntar por qué ex colaboradores de EEUU —Noriega, Sadam Hussein, Bin Laden— son ahora sus enemigos. Y es imprescindible abordar seriamente la miseria y la desigualdad global que facilitan el ascenso de los fanatismos. Los que no hemos muerto en Nueva York el martes 11 debemos ir más allá de los discursos fáciles, poner críticamente en orden las piezas y evitar la inercia de la retórica del odio.

MANUELA MESA

Otras formas de enfrentarse al terrorismo

El terrorismo internacional utiliza el espectáculo de la violencia para sus fines. En la “aldea global” de la comunicación de masas, la efectividad de la acción violenta parece depender tanto del daño causado como de su capacidad de intimidar a un amplio número de personas, y es por esta razón por la que la violencia terrorista, además de ser brutal e indiscriminada, tiene que ser espectacular. El hecho de que el atentado del pasado martes 11 de septiembre fuera televisado y presenciado por millones de personas en el mundo no fue casual. La imagen de los aviones estrellándose contra las Torres Gemelas de Nueva York y desmoronándose poco después, mostraba un acto de violencia cuya puesta en escena había sido tan cuidadosamente preparada como la de una producción cinematográfica. Se buscaba el mayor impacto mediático y emocional. Solo que en este caso era un hecho real, y superaba con creces al más disparatado guión del cine de catástrofes de Hollywood.

La reacción al atentado fue tan previsible como uno de esos guiones de cine, revelando las lógicas que operan en el imaginario colectivo, que la industria del entretenimiento de masas no ha dejado de mantener y reforzar. Desde el principio se apuntó como posibles responsables a un grupo palestino. En aquellos momentos iniciales de confusión y sorpresa no existía ninguna prueba, ni datos suficientes que permitiesen saber quiénes habían cometido aquella atrocidad. Una vez más, como en el atentado de Oklahoma, los “árabes” eran señalados como responsables. El estereotipo del árabe terrorista, su sociedad violenta y del islam como movimiento político radical, más que como religión o cultura, volvía a emerger en los medios. Los resultados no se han dejado esperar. Pese a los gestos de buena voluntad de la presidencia y otras instancias políticas de EEUU, se han registrado ataques a mezquitas, negocios y personas de origen árabe; se ha expulsado de vuelos comerciales a personas de origen árabe sin más argumento que su origen, y todo un sector de la población estadounidense de origen árabe se siente intimidado por sus compatriotas.

Manuela Mesa es coordinadora del área de educación de paz y desarrollo del Centro de Investigación para la Paz (CIP)

Tampoco ha contribuido a cuestionar esta visión estereotipada la alusión del presidente Bush a la “nueva guerra” como una “cruzada” “del bien contra el mal”, o la presentación de los hechos como una muestra de un “choque de civilizaciones” necesario e inevitable, en el que Occidente se enfrenta al Islam, haciendo referencia a las tesis del profesor Samuel P. Huntington. La respuesta del Gobierno estadounidense se ha definido en términos de represalia y venganza —“esta guerra la vamos a ganar”, “queremos a Bin Laden vivo o muerto”—, más que de justicia. Ese tipo de expresiones, del estilo de los *western* americanos, refleja una visión de la realidad en la que todo depende de la acción individual del justiciero armado —otro estereotipo de Hollywood— que se toma la justicia por su mano, más que de las reglas e instituciones en las que se basa el imperio de la ley.

Si la violencia como espectáculo es parte de la estrategia terrorista, también parece que es un elemento necesario de la respuesta de Washington. Se han previsto acciones encubiertas y medidas de inteligencia de todo tipo, pero también parece anunciarse una acción militar de gran envergadura que pueda ser televisada y, aun tratándose de una revancha, pueda presentarse como el símbolo de la justicia y del resarcimiento de las víctimas. En términos simbólicos, ello podría ser el equivalente de las ejecuciones a las que se permite asistir a los familiares de la o las víctimas del condenado.

La exaltación del patriotismo contribuye a justificar los deseos de revancha. Una parte importante de la opinión pública apoya estas medidas como la única respuesta posible; según las encuestas, ocho de cada diez estadounidenses están de acuerdo con una intervención militar sobre Afganistán y la captura del supuesto responsable. Esta particular concepción de la justicia y la cultura de la violencia convierte en inevitable y necesaria una opción militar masiva que puede no ser la más acertada, y que probablemente traerá más víctimas inocentes y no atajará el problema. Otras experiencias muestran que una acción exclusivamente militar no sirve para acabar con el terrorismo, sea nacional o internacional, y que las respuestas violentas forman parte de la lógica esperada de acción-reacción de las que se nutren las organizaciones terroristas.

El terrorismo internacional no desaparecerá con la eliminación de Osama Bin Laden y de su red. Es un fenómeno mucho más complejo, que no responde sólo a voluntades individuales sino a complejos problemas políticos que a menudo se ha renunciado a resolver. El terrorismo extiende sus redes a nivel global: en los campos de refugiados palestinos, en Irán, Pakistán y en Siria; pero también en sectas, milicias y otras organizaciones integradas por ciudadanos estadounidenses, y que al igual que las anteriores se caracterizan por el nacionalismo exacerbado, el integrismo religioso, o por propagar teorías conspirativas basadas en el odio al Estado.

Pensamiento crítico, conocimiento mutuo

La sociedad estadounidense necesita conocer más sobre el mundo en el que vive, sobre los efectos que la política exterior de su Gobierno ha tenido sobre millones de personas en el planeta. Necesita comprender que el terrorismo tiene complejas causas políticas, económicas y sociales a las que esa política exterior no ha sido ajena, y no es simplemente la encarnación del mal o el resultado de organizacio-

nes diabólicas. El recurso a lógicas irracionales y a este tipo de retórica, aunque pueda servir para galvanizar voluntades, no es una buena guía para hacer política. No se trata, obviamente, de justificar lo injustificable o de convertir a las víctimas en culpables. Pero es necesario ayudar a comprender que el apoyo a dictadores, la financiación de ejércitos irregulares –en Centroamérica, en Pakistán o en el África Austral– que pudieron justificarse por razones geopolíticas, también están, en ocasiones, en el origen de este fenómeno. Que el apoyo incondicional a Israel y la renuncia a encontrar una solución justa al conflicto de Oriente Próximo durante casi treinta años, también comportan costes y riesgos para EEUU. Que actuar como un aprendiz de brujo, al formar radicales en las *madrasas* (internados religiosos) de Pakistán con financiación saudí, puede acabar generando un fenómeno tan monstruoso como el de los talibán. La cosecha de fanáticos dispuestos a matar y morir por su fe cuando sus líderes religiosos se lo pidiesen sirvió para expulsar al ejército soviético de Afganistán, pero hoy esos estudiantes se han convertido en enemigos de EEUU por dar cobijo al supuesto responsable del atentado. Resulta irónico ver algunas producciones cinematográficas de ese periodo. “Rambo III”, por ejemplo, fue rodada en 1988. Presenta a los *muyahidin* como aliados de Washington, animados por una noble causa pese a su integrismo religioso, y explica que son invencibles debido a que están dispuestos a morir por su fe. Esta popular película, en cuya escena final aparece una dedicatoria al pueblo de Afganistán, se puede convertir en un molesto recordatorio de los manejos de Washington en esa región en las dos últimas décadas.

Con todo esto, garantizar la seguridad de sus ciudadanos no dependerá de una acción militar más o menos espectacular, o de propuestas tan ridículas como que los pilotos de las aeronaves comerciales lleven una pistola al cinto. Aunque no hay que excluir acciones de carácter militar o policial, la mejor forma de combatir el terrorismo internacional a medio y largo plazo es promover un mundo más justo y equitativo, y ello exige cambios profundos en la política exterior estadounidense y en general del mundo occidental. Una política orientada al fortalecimiento de la democracia y el respeto de los derechos humanos, a la eliminación de la pobreza, al diálogo y la cooperación a través de un sistema de gobernación mundial más equilibrado. Pero no parece que sea esa la tendencia que va a seguir Washington, que está primando una solución militar frente a la solución política. Un ataque militar sobre Afganistán creará de manera inmediata una crisis humanitaria de grandes proporciones, con miles de refugiados agolpándose en las fronteras, y agravará el resentimiento y la percepción de injusticia de buena parte del mundo árabe y de otras áreas del planeta.

Compromiso con las soluciones pacíficas

El atentado del 11 de septiembre va a suponer un cambio en la política global. Es preciso reflexionar y trabajar en todos los ámbitos y las estructuras sociales, desde la educación hasta la economía, de la defensa a la política exterior, para hacer una crítica y una revisión del papel del uso de la fuerza y la violencia y, en general, de los mecanismos internacionales de seguridad colectiva, con especial referencia a la ONU. A medio plazo necesitamos ciudadanos capaces de exigir a sus dirigentes

*La mejor forma
de combatir el
terrorismo
internacional
es promover un
mundo más
justo y
equitativo, y
ello exige
cambios en
la política
exterior
estadounidense
y del mundo
occidental*

que en situaciones como esta se respete la legalidad vigente, se aplique la justicia y se busquen medidas preventivas. Para ello, se debería promover propuestas creativas, basadas en la razón y la justicia, para resolver los conflictos y fortalecer la ciudadanía y la democracia. Es un proceso largo que implicará a todas las instituciones y al conjunto de la sociedad civil y la clase política.

A los medios de comunicación les compete una mejor selección de las imágenes y mensajes que difunden. Es necesario evitar la demonización del mundo árabe y superar los prejuicios y estereotipos existentes. Las sociedades europeas y estadounidenses son multiculturales y lo serán más en el futuro, y es necesario promover espacios de encuentro que favorezcan la convivencia y un mayor conocimiento entre los diferentes grupos sociales y culturales.

Las instituciones educativas podrán contribuir incorporando en el aprendizaje visiones del mundo globales e integradoras, que muestren las crecientes interrelaciones que existen en la economía, la cultura, la ciencia, la política; ofreciendo, además, claves para interpretar los conflictos en toda su dimensión. Y promoviendo valores relacionados con la justicia, el respeto de los derechos humanos, la participación y la solidaridad.

Las organizaciones sociales y las instituciones políticas habrán de abrir un espacio real de participación y debate en las decisiones que adoptan los Gobiernos, y en impulsar instituciones internacionales que garanticen el respeto de la ley y la justicia. En estos momentos de cambio, es esencial evitar que en el viejo dilema entre seguridad y libertad se opte por eliminar de un plumazo una amplia gama de libertades ciudadanas que no ha sido fácil conquistar. Esto quiere decir que se debe respetar la presunción de inocencia, que no se puede criminalizar a los inmigrantes, ni obtener ni manejar información privada de los ciudadanos. También que se debe trabajar en la promoción del desarrollo en aquellas zonas del planeta en que sus habitantes no pueden cubrir sus necesidades básicas, y que no tienen más futuro que la desesperación. Esto significa que la agenda de la ayuda al desarrollo no debería pasar a un lugar secundario, desplazada por un mayor gasto en seguridad y defensa, sino que, por el contrario, éste debería ser el momento de impulsarla y consolidarla.

Finalmente, el pensamiento, el conocimiento mutuo y la fuerza de la razón deberían ser los instrumentos que nos permitieran sobreponernos al horror y plantear otro tipo de soluciones ante sucesos como los ocurridos. Debería ayudar a superar el deseo primario de venganza, y la rabia de saberse poderosos y descubrirse vulnerables. El dolor y la muerte no tendrían que ser el origen de más dolor y más muerte. Deberían dar fuerzas para buscar respuestas que no provoquen más víctimas y que ayuden a romper el ciclo de la violencia.

Deben evitarse las represalias, debe hacerse justicia

Declaración del Centro de Investigación para la Paz (CIP/FUHEM), del 13 de septiembre de 2001, a raíz de los atentados perpetrados en EEUU el 11 de septiembre de 2001

Ante la gravedad de los atentados que han ocurrido en Nueva York y Washington, el Centro de Investigación para la Paz (CIP/FUHEM), instituto de estudios sobre cuestiones de seguridad y paz, declara:

1. La condena a estos atentados y la solidaridad con las víctimas, sus familias y los Gobiernos de EEUU y de otros países que hayan podido tener víctimas.
2. Resulta moralmente inadmisibile, y no hay causa que justifique, que se ataque a los ciudadanos de EEUU o de otros países por las políticas, por erradas y represivas que sean, que realizan sus Gobiernos. La violencia no es el método adecuado para resolver conflictos políticos, pero es inaceptable que, además, se asesine premeditadamente a ciudadanos inocentes como forma de represalia.
3. Estos atentados requieren que se busque a los responsables y se les aplique la justicia. Esta es una tarea compleja al tratarse de uno o varios grupos terroristas, pero el principio que debe guiar a los Estados democráticos —en este caso a EEUU y a sus aliados de la OTAN— es el de actuar dentro de los límites de los sistemas y normas de justicia nacionales e internacionales, con todas sus fuerzas y garantías.
4. Para la investigación y persecución de los culpables, EEUU debe contar con la comunidad internacional, sus aliados europeos, Naciones Unidas, y también los países árabes.

5. Las medidas que tome EEUU y eventualmente sus aliados si se invoca el artículo 5 de la OTAN, deben estar guiadas por la cautela y la medida. No se deben adoptar medidas militares de castigo con el fin de mostrar que se mantiene la fortaleza y la capacidad de reacción.
6. Es preciso evitar interpretaciones de estos atentados como el inicio de una supuesta guerra entre civilizaciones, en particular la occidental y la islámica. Sean quienes sean los responsables deben ser considerados ciudadanos, miembros de grupos terroristas, pero no debe culpabilizarse a la identidad nacional, religiosa o étnica a la que pertenezcan.
7. Estos ataques terroristas son injustificados, pero indican el grado de bloqueo al que se ha llegado en algunas situaciones políticas, como Oriente Próximo, y como la violencia en sí misma sustituye al diálogo, la negociación e inclusive los principios del Derecho Internacional Humanitario. Es preciso que EEUU y el conjunto de los países democráticos y económicamente avanzados revisen sus políticas hacia la periferia del sistema internacional, y especialmente, la forma en que pueden colaborar más hacia la paz y menos en agudizar los conflictos en zonas como Oriente Próximo.
8. La violencia es una forma de política, de ocio y de espectáculo en casi todo el mundo. Es preciso reflexionar y trabajar en todos los ámbitos posibles de las estructuras sociales, desde la educación hasta la economía, para hacer una crítica y una revisión del papel del uso de la fuerza y la violencia. En el caso contrario, todos corremos serios riesgos hacia el futuro.

LLAMAMIENTO DE LA HAYA POR LA PAZ

Justicia, no guerra

Declaración de la red mundial por la paz Llamamiento de La Haya por la Paz,¹ del 13 de septiembre del 2001, a propósito de los atentados ocurridos en EEUU

El 11 de septiembre, Día Internacional de la Paz de la ONU, aniversario del Acuerdo de Camp David y jornada de elecciones a la alcaldía de la ciudad de Nueva York, se convirtió, en cambio, en el peor día de asesinatos y terror que ha conocido EEUU. Expresamos nuestra más profunda condolencia a las familias y amigos de los muertos, desaparecidos, heridos y traumatizados. Pedimos que los responsables de estos atroces crímenes sean juzgados por los tribunales de justicia o por un tribunal internacional. “El Llamamiento de La Haya por la Paz insta al Gobierno de EEUU a que haga uso de la máxima contención posible. Debe sopesar cuidadosamente la respuesta: dar ojo por ojo sólo conduce a la ceguera”, declaró la presidenta del Llamamiento, Cora Weiss. “Los números se han traducido en nombres. Pedimos una jornada nacional de curación. Es peligroso llamar al terrorismo cometido por agentes no estatales, no importa lo horroroso que sea, un acto de guerra, que desencadenará una reacción similar a la guerra”, añadió.

El siglo pasado comenzó con una guerra y el nuevo siglo empieza con palabras de guerra. Entre uno y otro, la humanidad ha aprendido mucho sobre prevención y resolución de conflictos. Hemos visto que los actos de violencia y terror tienden a engendrar más violencia. Tememos las consecuencias políticas y militares

Traducción:
Berna Wang

¹ El Llamamiento de La Haya por la Paz es una red mundial que pide que se siembren las semillas para la abolición de la guerra y la paz con derecho humano. La red ha lanzado una campaña mundial a favor de la educación para la paz y se ha asociado a Naciones Unidas para introducir la educación sobre el desarme en las escuelas donde la ONU está recogiendo armas pequeñas. También está desarrollando un procedimiento de denuncias individuales para complementar la labor de la Corte Internacional de Justicia y la propuesta de Corte Penal Internacional. El Llamamiento de La Haya por la Paz celebró en La Haya (Países Bajos), en mayo de 1999, la mayor conferencia por la paz de la historia con motivo del centenario del primer congreso mundial por la paz. <www.haguepeace.org>. Ver “Llamamiento de La Haya por la Paz: el Programa del siglo XXI por la Paz y la Justicia”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, invierno de 2001, N° 73, p. 197.

de este terrorismo criminal. Debemos custodiar nuestra libertad y no permitir que el miedo limite las libertades que tanto nos ha costado ganar. No debemos permitir que el clima de odio justifique actos de guerra contra enemigos no identificados. Apreciamos la fuerza de la ley, no la ley de la fuerza.

Aunque les brindamos nuestro apoyo y nos esforzamos en curar y en llevar en nuestros pensamientos a los que lloran, debemos tener en cuenta los problemas que desembocan de esta locura: las cuestiones relativas a la brecha económica que separa al Norte del Sur, a los musulmanes del mundo occidental; la brecha que existe entre los blancos y las personas de otras razas; y la causada por el mal reparto de los recursos y la consiguiente desigualdad entre los fondos destinados a la salud y la educación y el billón de dólares asignados en todo el mundo a los ejércitos. Por último, debemos considerar la diferencia que separa a hombres y mujeres y que hace que sólo haya hombres en las mesas de negociación, y hacer esfuerzos fructíferos para incluir mujeres en todas las mesas donde esté en juego el destino de la humanidad.

Instamos al señor Peres y al señor Arafat a que se sienten juntos de inmediato; instamos a las personas con conciencia a que hagan todo lo posible para crear mesas para quienes están en conflicto y a que faciliten esas reuniones; instamos a todos los maestros y directores de escuela a que instituyan la educación para la paz como parte integrante de sus planes de estudios primarios y secundarios; instamos a EEUU a que respalde a la Corte Penal Internacional en el enjuiciamiento de los crímenes contra la humanidad, los crímenes de guerra y el genocidio. Así mismo, instamos a EEUU a que respete y trabaje con y por medio de Naciones Unidas, incluidas las convenciones contra el terrorismo a las que EEUU se ha negado, hasta ahora, a unirse, en la búsqueda de soluciones para este problema y para otros problemas de violencia en el mundo.

La destrucción creativa: ¿próxima fase de la economía mundial?	73
La transformación del sistema económico y financiero internacional	77
Violecia en Génova: sólo daños y perjuicios	86
Una mirada al paramilitarismo en Colombia	89
La tragedia neoliberal de Haití	101
El futuro de los croatas en Bosnia-Herzegovina	109
La responsabilidad internacional con los refugiados palestinos	117

WALDEN BELLO

La destrucción creativa: ¿próxima fase de la economía mundial?

La controversia que rodea al Grupo de los Ocho (G8), tras las violentas protestas que caracterizaron la reunión de Génova, será muy difícil de olvidar. Desde hace algún tiempo, este grupo, formado por los líderes de las principales economías del mundo, ha tenido muy pocos logros. ¿Estaremos ante una recesión normal? ¿Nos movemos hacia un largo periodo de “destrucción creativa”? ¿Cómo influye la deflación mundial en las políticas económicas del Sur?

El G8 comenzó a existir en 1975 con el objetivo principal de coordinar las políticas macroeconómicas de los países ricos. Su finalidad era alcanzar un crecimiento estable que, por un lado, evitaría la alta inflación, y por el otro, una recesión profunda. En los primeros años, se alcanzaron algunos resultados básicos. Sin embargo, durante los últimos los esfuerzos por sincronizar las iniciativas fiscales y monetarias han sido infructuosos, como también lo han sido los esfuerzos de coordinación para contener la crisis financiera asiática, estabilizar la tasa de cambio euro-dólar-yen, sacar a Japón de una década de recesión o prevenir un giro hacia la baja en la economía mundial.

El 0,7% de crecimiento registrado por la economía estadounidense, en el segundo trimestre de este año, es el último indicio de la inoperancia de la puesta a punto tecnocrática realizada bajo la forma de reducciones de la tasa de interés.

Crisis de sobreproducción

La razón por la que la merma del crecimiento económico parece ser inmune a los mecanismos fiscales y monetarios ortodoxos, aun cuando sean coordinados más

Walden Bello es director ejecutivo de Focus on the Global South y catedrático de Sociología y Administración Pública en la Universidad de Filipinas. Miembro del Transnational Institute de Amsterdam (www.tni.org.)

Traducción:
Mariana Mendizábal

allá de fronteras, es que debajo de la deslumbrante expansión, durante nueve años, de la principal economía mundial —la estadounidense— los desequilibrios estructurales mundiales han ido en aumento. El auge de comienzos y mediados de la década de los 90 ocasionó una estampida de las inversiones internacionales que provocó un tremendo exceso de capacidad a escala mundial. Los indicadores son claros. En EEUU la capacidad de la industria de los ordenadores ha crecido a un ritmo del 40% anual, muy por encima de las proyecciones de incremento de la demanda. La industria automovilística mundial vende ahora apenas el 74% de los 70,1 millones de autos que construyó el año pasado. Las infraestructuras mundiales de telecomunicaciones recibieron tantas inversiones que, según se informa, el tráfico en redes de fibra óptica está sólo al 2,5% de su capacidad. He aquí, dice el economista Gary Shilling, una “sobreoferta de casi todo”.

Aparentemente, las ganancias dejaron de crecer en el sector empresarial estadounidense después de 1997. Esto provocó una ola de fusiones cuyo principal propósito era la eliminación de la competencia. La más importante de éstas fue la unión Daimler Benz-Chrysler-Mitsubishi, la adquisición de Nissan por parte de Renault, la fusión Mobil-Exxon, el acuerdo BP-Amoco-Arco y el éxito de Star Alliance en el sector de las compañías aéreas.

Crisis del capital financiero

Además de las fusiones, otra vía para evitar la crisis de rentabilidad en la industria fue la de dirigir las inversiones hacia la actividad especulativa, en particular hacia el mercado de valores y el sector inmobiliario. Esto provocó el espectacular auge y posterior caída de las economías de Asia Oriental en la década de los 90. Durante la crisis asiática —aún no superada— varios observadores han señalado que lo que guió el rumbo de la economía estadounidense fue la propia especulación que sustentó la articulación Wall Street-Silicon Valley. Lo que los optimistas —entre quienes destaca Alan Greenspan, director de la Reserva Federal de EEUU— denominaron la Nueva Economía pareció desafiar por un tiempo las leyes económicas. Estrellas de internet, como Amazon.com, registraron una subida explosiva y, en apariencia, permanente de sus acciones, incluso cuando estaban operando a pérdida.

Pero todo el debate sobre el surgimiento de una Nueva Economía se desvaneció cuando la ley de gravedad alcanzó al sector especulativo a finales de la década de los 90. Esto provocó la desaparición de 4,6 billones de dólares de la riqueza de los inversores de Wall Street, una suma que, tal como señaló *Business Week*, es la mitad del Producto Interno Bruto de EEUU y el cuádruple de la riqueza perdida en el *crack* de 1987.

El fenómeno Kondratief

Según Gary Shilling y otros pesimistas, la razón por la que, probablemente, los desequilibrios macroeconómicos se están resolviendo en lo que parece ser una recesión más profunda de lo previsto, es que ahora estamos en una curva descendente del llamado ciclo Kondratief. Postulado por el economista ruso Nikolai

*La destrucción creativa:
¿próxima fase de la economía mundial?*

Kondratief, plantea que el progreso del capitalismo mundial se caracteriza no sólo por ciclos de negocios de corto plazo sino por superciclos de largo plazo. Los ciclos de Kondratief son reflejados en curvas que representan 50 a 60 años de duración aproximadamente. La curva ascendente del ciclo de Kondratief, a la que sigue una cima, corresponde a la explotación intensiva de nuevas tecnologías. Luego se da una curva descendente mientras las viejas tecnologías producen rendimientos cada vez más bajos, en tanto las nuevas tecnologías están aún en una etapa experimental en lo que se refiere a explotación redituable. Finalmente se produce una depresión o período deflacionario prolongado.

La depresión de la última curva fue en 1930 y 1940, un período marcado por la Gran Depresión y la II Guerra Mundial. El ascenso de la curva actual comenzó en la década de 1950 y se alcanzó la cima en 1980 y 1990. La explotación redituable de los avances de la posguerra en las industrias energética, automovilística, petroquímica y manufacturera terminó, mientras la etapa de las tecnologías de la información era aún relativamente reciente. Desde esta perspectiva, la Nueva Economía de finales de la década de los 90 no era un movimiento del ciclo de negocios, como muchos economistas creyeron, sino la última fase gloriosa del actual superciclo, antes del descenso hacia una prolongada deflación. En otras palabras, la singularidad de la actual coyuntura radica en que la curva descendente del actual ciclo de corto plazo coincide con el movimiento descendente del superciclo de Kondratief.

Los marxistas dicen que lo que subyace a tales coyunturas es que las “viejas relaciones de producción” —la articulación de las relaciones e instituciones de propiedad capitalista— entran en conflicto con el desarrollo de las “fuerzas productivas”, y en particular con el desarrollo tecnológico, que sólo vuelve a viabilizarse si se abandona la búsqueda de la ganancia.

¿Estamos ante una recesión normal? Para usar las palabras de Joseph Schumpeter: ¿será que nos movemos hacia un largo período de “destrucción creativa”?

Repercusiones en las políticas

¿Cuáles son las repercusiones de la deflación mundial en la formulación de políticas económicas en el Sur? Una es que, mientras en teoría es posible aumentar el beneficio cuanto más globalizada esté la economía en el período ascendente, también es posible sufrir más en el período descendente ya que existen menos mecanismos para proteger la economía de las fuerzas de la deflación mundial. El enfoque neoliberal del FMI-OMC de promover movimientos de comercio de bienes y de flujos de capital cada vez más libres, que continúa guiando a las minorías tecnológicas y económicas de muchos de los países en desarrollo, se vuelve, en este nuevo contexto global, no sólo disfuncional, tal como lo ha sido durante un tiempo, sino suicida.

Resulta interesante observar que, en este período, algunos analistas de las clases dirigentes, como el economista radicado en Hong Kong Andy Xie, de Morgan Stanley, están comenzando a tener dudas sobre la viabilidad del crecimiento con base en el capital extranjero y orientado hacia fuera. “La región superó la cri-

El enfoque neoliberal de promover movimientos de comercio de bienes y de flujos de capital cada vez más libres, que continúa guiando a muchos países en desarrollo, se vuelve, no sólo disfuncional, sino suicida

sis asiática adhiriéndose a la burbuja de las tecnologías de la información en EEUU” dice Xie. “Aparentemente ha llegado el día del Juicio Final. No hay otra opción a la vista”. Este empuje de la burbuja de las tecnologías de la información en EEUU, sostiene, “no es sólo un evento cíclico”, sino que señala “el comienzo de una merma en el crecimiento de la economía estadounidense, quizá durante una década”. Los Gobiernos se darán cuenta de que la única alternativa es depender de la demanda local para conducir el crecimiento y, por lo tanto, deberán “eliminar las políticas contrarias al consumo local”.

En el sudeste asiático, Malasia ya ha recorrido este camino y Tailandia, con el primer ministro, Thaksin Shinawatra, lo está considerando seriamente. De todas maneras, el crecimiento orientado hacia las exportaciones está pasado de moda, mientras que lo que está en boga es el crecimiento conducido hacia la demanda local, orientado hacia dentro. Esto supone no sólo la creación de tarifas y otras barreras para proteger a los productores, sino llevar adelante medidas decisivas en cuanto a la propiedad de los activos y a la distribución del ingreso, para crear la masa de consumidores con demanda efectiva que sirva de motor al crecimiento económico, mientras la demanda global decae.

La deflación mundial es tanto una crisis como una oportunidad. Y las oportunidades son mayores para aquellos que están en la periferia de la economía mundial que para aquellos que están en el centro, siempre que los responsables de formular las políticas económicas en el Sur tengan la suficiente audacia como para deshacerse de las estrategias obsoletas y buscar nuevas estrategias innovadoras. Es posible esperar que no ocurra otra Gran Depresión. Pero no debemos olvidar que fue la Gran Depresión, con el colapso del comercio mundial que desató, la que creó el espacio para que los países latinoamericanos construyeran sus sectores manufactureros e industriales, superaran la crisis y salieran de ella más fortalecidos que cuando entraron.

SUSAN GEORGE

La transformación del sistema económico y financiero internacional

Este texto corresponde a una conferencia que la autora pronunció en el International Network of Engineers and Scientists for Global Responsibility (INES) en Estocolmo el 14 de junio de 2000. Primero, describe brevemente qué es el sistema económico y financiero internacional, cómo trabaja y a beneficio de quién. En segundo lugar, sugiere las maneras en las que éste se puede confrontar y transformar. La reproducción de este texto cuenta con la aprobación de la autora.

El sistema económico y financiero internacional está controlado por empresas trasnacionales industriales y financieras (ETN) cuyo simple, aunque no escrito, programa se basa en una trinidad de libertades. Exigen: libertad de inversión; libertad de movimientos de capital; libertad de comercio para todos los bienes y servicios, incluyendo organismos vivos y propiedad intelectual

Su principal objetivo es tener libertad para producir, distribuir e invertir lo que ellas quieran, donde quieran, durante el tiempo que ellas decidan, así como poder mover a su antojo, capital, personal y bienes. Subcategorías de estas libertades esenciales incluyen la privatización masiva de empresas y servicios públicos. Nada debe ser excluido *a priori* del mercado: asistencia sanitaria, educación, partes del cuerpo o material genético; alimentos, semillas, agua, aire o bosques; arte, música o deportes. Por lo general, las ETN pueden mantenerse por encima

Susan George es directora adjunta del Trasnational Institute de Amsterdam. Autora de diversos libros sobre economía global (ver la sección de Bibliografía en este número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, p. 151).

Traducción:
Mariana
Mendizábal

de la ley, aun cuando causen graves daños a las personas y al medio ambiente. Recordemos los casos de Union Carbide en Bhopal (India), la actuación de Shell contra el pueblo Ogoni en Nigeria o el reciente derrame de petróleo en la costa bretona de Francia provocado por una irresponsabilidad de Total-Fina. Estas empresas exigen que se minimice la intervención gubernamental y que sea sometida a estrictas limitaciones, excepto en el caso de beneficios a las empresas como los descuentos impositivos o el apoyo a la investigación financiado por el sector público que deben ser mantenidos; no así las prestaciones sociales a los ciudadanos. Desde su punto de vista, todos los impuestos, en especial aquellos sobre el empleo, son malos, excepto los impuestos pagados por los consumidores, empleados y asalariados. Las ETN miden su éxito según tasas de rentabilidad y valor accionario, es decir, el precio de mercado de las acciones de la compañía. Algunas empresas incluso compran sus propias acciones para hacer subir el precio de mercado. La reducción de costes, sobre todo mediante despidos masivos, es otra vía para aumentar el valor accionario, mientras que la lealtad de los empleados o de las comunidades a las que éstos pertenecen pasó a ser cosa del pasado.

Naciones Unidas denuncia que existen alrededor de 60.000 ETN con medio millón de filiales, pero las realmente importantes son entre docientas y quinientas. De las 100 entidades más importantes del mundo, 51 son empresas y sólo 49 son Estados. General Motors o General Electric son mucho más grandes que Arabia Saudí o Polonia, por sólo citar dos casos. Las 200 compañías más importantes son responsables de, aproximadamente, un cuarto de toda la actividad económica mundial, es decir, el producto bruto mundial.

En total, las 60.000 ETN contabilizadas por Naciones Unidas emplean sólo unos 60 millones de personas en todo el mundo. Permitámonos asumir generosamente que cada uno de estos puestos de trabajo genera otros dos en alguna otra parte de la economía. Aun así, apenas suman 180 millones de personas empleadas por las ETN, es decir, muy por debajo del 10% de la fuerza de trabajo disponible en el mundo. En el lapso de cinco años, en la década de los 90, las 100 ETN más importantes aumentaron sus ventas en un 20%, aunque redujeron ligeramente su cantidad de empleados. Las ETN emplean a relativamente pocas personas en relación con su tamaño. También invierten mucho menos en la actividad económica genuina de lo que la gente cree. Durante los últimos cinco años, más de tres cuartos de lo que la prensa y Naciones Unidas catalogan como "inversiones extranjeras directas" eran fusiones y adquisiciones más allá de fronteras. Las ETN están constantemente a la búsqueda de mayores porciones de mercado, que pueden obtener más fácilmente mediante la compra de otras compañías que creando nuevas.

Naciones Unidas no publica las cifras de las ETN financieras —como bancos comerciales, compañías de seguros, fondos de pensiones, fondos de inversión mobiliaria y casas de corretaje— a pesar de que su facturación es de billones de dólares y muchas veces supera las ventas de los gigantes industriales. Las últimas cifras confiables son de 1995 y fueron publicadas por el Banco de Pagos Internacionales (BPI) —el Banco Central de los bancos centrales en Basilea—. En ese momento, los bancos, compañías de seguros, fondos de pensiones e inverso-

res institucionales estaban manejando fondos por valor de 28 billones de dólares, una cifra que posiblemente hoy en día haya llegado al doble. Tal como señala el BPI, los administradores de este dinero tienen como rutina un “comportamiento de manada”, es decir, que todos corren hacia la salida en cuanto perciben signos desfavorables, particularmente en los llamados “mercados emergentes”. El BPI también explica que, un cambio de apenas el 1% del mercado accionario de estos gigantes es equivalente a más de un cuarto de la capitalización del mercado de valores de todos los mercados emergentes de Asia, y a dos tercios del valor de todos los mercados de bonos de América Latina.¹ Nadie debe sorprenderse de que crisis financieras repentinas hayan afectado a países como Tailandia, Corea, Indonesia o Brasil. Teniendo en cuenta el volumen y la inestabilidad de los fondos que circulan alrededor del mundo en busca de ganancias, el milagro es que estas crisis no sean más frecuentes.

Cualquier beneficio no es suficiente: el Foro Económico Mundial de Davos publica un índice anual de competitividad en el que, por ejemplo, Francia y Alemania ocupan puestos relativamente bajos (22 y 24 de 60). Porque en estos países las tasas medias de rentabilidad del capital de las empresas son de “apenas” el 12% aproximadamente. Esto no es lo suficientemente alto: los fondos de pensiones y otros inversores institucionales exigen tasas de, al menos, el 15%, y en algunos lugares han llegado a recaudar el 23%. Cuando se recompensa al capital de esta manera, es obvio que no va a haber un excedente significativo para remunerar el trabajo que, de hecho, ha visto declinar su parte de la tarta durante los últimos veinte años.

Estas son algunas características de las grandes empresas que hacen girar el sistema económico y financiero. Son pocas en número y detentan, por supuesto, un poder desproporcionado. Por esta razón, procuro no usar la palabra “globalización” sin calificarla: vivimos en la era de la globalización guiada y conducida por las empresas. A pesar de que las ETN aún no han podido imponer completamente su programa político, son adeptas a utilizar una variedad de instrumentos oficiales y no oficiales para imponer las tres libertades básicas anteriormente citadas: libertad de inversión, libertad de movimientos de capital y libertad de comercio de bienes y servicios.

Las instituciones económicas oficiales

Las tres principales instituciones oficiales que impulsan la agenda de las grandes empresas son el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio. El FMI es el arquitecto de los Planes de Ajuste Estructural en los países más pobres y altamente endeudados del Sur y del Este: unos 95 en este momento. Debido a la carga de sus deudas, estos países deben ganarse la aprobación del FMI para recibir préstamos de cualquier fuente, y para obtener la aprobación del Fondo deben adoptar su enfoque neoliberal sobre la gestión económica. El conjunto de estos enfoques se denomina, algunas veces, el Consenso de Washington. Las reglas de dicho Consenso y del Ajuste Estructural incluyen una

Teniendo en cuenta el volumen y la inestabilidad de los fondos que circulan alrededor del mundo en busca de ganancias, el milagro es que estas crisis no sean más frecuentes

¹ Bank for International Settlements, *68th Annual Report*, Basilea, 8 de junio de 1998, cap. V, p. 90.

estricta disciplina fiscal que supone la limitación de los déficits presupuestarios y la reducción del gasto gubernamental en áreas como la salud, la educación y la infraestructura; la reforma impositiva para beneficiar a las empresas y mayores ingresos individuales; tasas de interés determinadas por el mercado; abrir las fronteras a la circulación de capitales, importaciones, exportaciones e inversiones directas extranjeras; a esto se suma la privatización, desregulación y disminución de la cantidad de empleados públicos. Inevitablemente suben los precios de los bienes esenciales, debido a la desaparición de los subsidios; se incentivan las exportaciones a costa de la producción local para satisfacer las necesidades locales. Los Gobiernos despiden empleados, lo que provoca un desempleo masivo, y los pequeños negocios quiebran debido a las altas tasas de interés, lo que les obliga a deshacerse de su personal. Aunque el FMI se refiera a estas medidas como Ajuste Estructural, la gente de a pie las llama paquetes de penuria y austeridad. Y muchos de nosotros catalogamos esta doctrina como neoliberalismo.

El Banco Mundial es la entidad crediticia para el desarrollo más importante del mundo. Conjuntamente con el Fondo Monetario, determina la política económica en docenas de países. Cooperar con empresas transnacionales no sólo mediante adquisición, sino también en relación con las políticas que favorece; por ejemplo, presta 25 veces más dinero para proyectos de energía de combustible fósil que para proyectos de energía sostenible-renovable. El Banco también supervisa políticas de privatización masiva de las que se benefician inversores locales y extranjeros.

El papel del Banco Mundial y el Fondo Monetario, en especial éste último, en el manejo de las recientes crisis financieras en Tailandia, Corea, Indonesia, Rusia, Brasil y México ha sido duramente criticado no sólo desde los sectores progresistas, sino por importantes figuras de las clases dirigentes como el economista de Harvard, Jeffrey Sachs, y por la Comisión Meltzer, nombrada por el Congreso de EEUU. Este grupo de once economistas de la corriente dominante recomendó un papel mucho más reducido tanto para el Fondo como para el Banco, pero el Departamento del Tesoro de EEUU se ha negado, hasta el momento, a seguir estas recomendaciones.

El Departamento del Tesoro reconoce, de forma bastante acertada, que la combinación de deuda más ajuste estructural, más privatización masiva, es un instrumento mucho más eficiente de lo que nunca lo fue el colonialismo para mantener a los países bajo control. Los organismos internacionales que implantan estas políticas ayudan tanto a las empresas transnacionales como a las minorías en los países más pobres, que se benefician del ajuste estructural debido a la disminución de los salarios. Cada vez que se produce una crisis financiera es posible comprar los negocios locales que se encuentran escasos de liquidez gastando lo menos posible. Una vez más, tanto las ETN como las minorías locales se benefician de estos precios de liquidación.

Quizá la institución más útil para el programa de las empresas sea la Organización Mundial de Comercio, ya que ésta encabeza la cruzada por la total libertad de comercio y sus normas son vinculantes. Las decisiones del Mecanismo de Resolución de Controversias de la OMC (paneles de expertos en comercio que se reúnen a puertas cerradas) se pueden hacer cumplir mediante sanciones y se pueden aplicar a los 136 países miembros, los más y los menos desarrollados, a

los que muy pronto se unirá China, entre otros. Las futuras negociaciones de la OMC se ocuparán, no solamente de la liberalización del comercio de bienes y productos agrícolas, sino también de las cuestiones referentes a la propiedad intelectual, inversiones y compras gubernamentales. Mediante el Acuerdo General de Comercio de Servicios, la OMC está llevando casi todas las áreas de la existencia humana bajo su esfera, incluyendo la salud, educación, cultura, medio ambiente, turismo, energía, etc. Su cuerpo de Resolución de Controversias está resultando una herramienta muy efectiva para reducir estándares sobre seguridad alimentaria y protección medioambiental. Es probable que la OMC sea la mayor amenaza institucional existente contra la democracia.

No llama la atención que las empresas transnacionales estén interesadas en que exista la mayor libertad de comercio, ya que por lo menos un tercio del comercio mundial se da entre filiales de la misma compañía ("negocios" de IBM con IBM, Ford con Ford, etc); y otro tercio son negocios entre filiales de diferentes ETN (Ford con IBM). Las empresas han modificado la agenda de la OMC y así lo explica David Hartridge, director de la División de Servicios: "Sin la enorme presión generada por el sector de servicios financieros estadounidenses, en especial compañías como American Express y CitiCorp, no habría acuerdo de servicios, es decir, Ronda Uruguay y OMC".²

Este es un breve resumen de los instrumentos oficiales que utilizan las transnacionales para extender la trinidad de libertades. Ahora me voy a referir brevemente a algunos de los instrumentos no oficiales: unos *lobbies* muy efectivos mediante los cuales las ETN influyen en los creadores de opinión y en los Gobiernos. Cuando la gente piensa en *lobbies* transnacionales, la mayoría lo hace en reuniones muy visibles como Davos. En realidad, las organizaciones realmente importantes son mucho más discretas. Éstas incluyen:

- La Mesa Redonda de Industriales Europeos (MRE) está compuesta por los directores de las 47 ETN europeas más grandes. La MRE trabaja en estrecha colaboración con la Comisión Europea y algunos jefes de Estado; prácticamente ha escrito algunos de los "Libros Blancos" más importantes de la Comisión y ha asumido una responsabilidad primordial en la Red de Transporte Europeo.³
- El Diálogo Comercial Transatlántico (DCTA) está compuesto por empresarios estadounidenses y europeos. El DCTA mantiene reuniones regulares con altos cargos políticos y directores de organismos internacionales; tiene gran influencia en las negociaciones de comercio internacional y mantiene comisiones permanentes de trabajo sobre una variedad de temas que incluyen la fijación de estándares para bienes y servicios, con la finalidad de que los productos se puedan vender libremente en todos los mercados.

² David Hartridge, *What the General Agreement on Trade in Services [GATS] can do*, conferencia Clifford Chance sobre Opening Markets for Banking Worldwide. www.1999.cliffordchance.com/library/publications/wto/section3.html.

³ Corporate European Observatory, CEO, Europe, Inc., Pluto Press, Londres, 1999.

Ningún otro grupo de la sociedad civil goza de tan estrecho acceso a quienes toman decisiones políticas como las empresas transnacionales

- La Coalición de Industrias de Servicios de EEUU coordina una amplia variedad de grupos de servicios por sectores; trabaja en estrecha colaboración con el Representante de Comercio Especial de EEUU en palear los objetivos junto a la OMC.
- El Consejo de Comercio Internacional de EEUU fue particularmente visible cuando se pretendió establecer el Acuerdo Multilateral de Inversiones.

Con relación a las negociaciones en la OMC, tanto el Gobierno estadounidense como la Comisión Europea han establecido grupos consultivos para guiar a las ETN. El Representante de Comercio Especial de EEUU ha instaurado más de dos docenas de comisiones por industria con más de 800 personas de las ETN representadas. Cuando los grupos ecologistas estadounidenses entablaron una demanda contra el Gobierno porque no estaban representados en la Comisión de Productos de Madera y Papel, un juez federal falló a su favor. En lugar de incluir a los ecologistas, el Gobierno estadounidense está apelando la decisión. La Comisión Europea formó el Foro de Servicios Europeos, encabezado por el director del Banco Barclays, para identificar los mercados más prometedores y las barreras comerciales en los campos de “educación, medio ambiente, salud, servicios sociales y servicios audiovisuales”.⁴ Ningún otro grupo de la sociedad civil goza de tan estrecho acceso a quienes toman decisiones políticas como las empresas transnacionales.

Confrontación y transformación

Tras esta esclarecedora excursión por la economía mundial se puede tener la impresión de que estos actores —las transnacionales industriales y financieras y sus diversos *lobbies*, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la OMC— son demasiado poderosos para confrontar, y mucho menos para ser transformados. Quizá sea cierto, como nos dicen, que la globalización de la mano de las empresas es inevitable y que debemos aprender a vivir con ello. Las fundaciones conservadoras estadounidenses y diversos comités asesores han gastado cientos de millones de dólares en las últimas dos décadas para convencernos de que no tiene sentido resistirse y de que, de todas maneras, el sistema es bueno para nosotros. Finalmente, estamos seguros, todos nos beneficiaremos de la globalización, nadie será excluido, por lo tanto no hay de qué preocuparse.

Pero, todo esto son disparates. En primer lugar, los argumentos ideológicos del Consenso de Washington y las ETN son falsos. Segundo, la globalización neoliberal guiada por las empresas no es una fuerza de la naturaleza, como la gravedad. Lo que algunas personas han construido —y es una construcción— puede ser desmantelado por otros y es posible poner reglas mejores y más justas en su lugar. Tercero, y último, ya se han ganado victorias importantes. Han sido, como la mayoría de las victorias, parciales y quizá frágiles, pero, de todas maneras, es un signo de que los tiempos están cambiando. El Consenso Empresarial, aunque

⁴ Robert Madelin, DGI, Directorate M, a Andrew Buxton, Chair of the ESF, 24 de enero de 2000.

poderoso, está empezando a asustarse, y prueba de ello es que están manteniendo una reunión de crisis tras otra, y consultan sin cesar a sus asesores en relaciones públicas en un intento por descubrir cómo desacreditar los movimientos sociales, cómo recortar su financiación o cómo cooptarlos.

Por un lado, la ideología: el Consenso Empresarial reivindica que su tipo de globalización es bueno para todos. Estas compañías no respetan ni a sus empleados ni al medio ambiente, y únicamente están interesadas en el valor de sus acciones. Por lo tanto, no es sorprendente que la globalización neoliberal no sea buena para todos: en EEUU, desde comienzos de la década de los 90, las ganancias medias de las empresas han crecido en un 108%, el índice *Standard and Poor* del mercado de valores ha aumentado un 224% y los paquetes de compensación de los directivos de las empresas han incrementado un exagerado 481%. Durante el mismo período, los salarios anuales medios de los trabajadores sólo se han incrementado un 28%, apenas por encima de la inflación. Si los empleados hubieran sido recompensados como sus directores estarían ganando un promedio de 110.000 dólares al año, y no los 23.000 que ganan, y el salario mínimo por hora en EEUU sería de 22 dólares y no de 5,15. En cambio, en EEUU una persona que gana el salario mínimo y trabaja 40 horas semanales, 52 semanas al año, gana sólo 10.700 dólares al año. Esto es un 40% por debajo de la línea de pobreza oficial para una familia de cuatro integrantes. Por otro lado, estudios de la UNCTAD y de la Universidad de Naciones Unidas muestran que en la mayoría de los países están incrementándose las desigualdades de forma inexorable, tanto en China como en Rusia, América Latina u Occidente. El 85% de la población mundial vive en países en los que la desigualdad aumenta; un hecho agravado por la deuda del tercer mundo que continúa creciendo y creando una carga insostenible.

En cuanto a las desigualdades a escala global, a finales de la II Guerra Mundial la diferencia entre el 20% de la población mundial de mayores ingresos y el 20% de menores ingresos era aproximadamente de 30 a 1, y a comienzos de la década de los 70 de 60 a 1; ahora es de 82 a 1 y continúa creciendo. El profesor de economía Robin Hahnel señala que durante el período inmediatamente posterior a la posguerra y hasta comienzos de la década de los 70 —un período en el que se favoreció el control de capitales, las restricciones a la inversión extranjera y diversos modelos de desarrollo— las tasas de crecimiento per cápita para el Producto Interior Bruto (PIB) eran aproximadamente el doble de altas que en la actual era neoliberal controlada por las ETN, que comenzó a finales de los años 70.⁵ En cualquier sociedad, la globalización beneficia, sobre todo, al 20% de mayores ingresos, y cuanto más alto se esté en la escala social, mayor será el beneficio. Cuanto más bajo se esté, mayor posibilidad de perder lo poco que se tiene. Las ETN y sus aliados —el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OMC— no pueden construir un mundo para todos. Es más, sus políticas están alimentando la desigualdad. Por otro lado, la globalización neoliberal guiada por las

⁵ Hahnel presenta cifras completas en su comentario del 8 de abril de 2000 para la ZNet network (servicio por suscripción). Únicamente Asia creció un poco más rápido en el segundo período, en comparación con el primero, y el crecimiento cayó drásticamente tras la crisis de 1997-98.

empresas no es una fuerza de la naturaleza y no es inevitable, aunque los *lobbies*, el condicionamiento ideológico y el Consenso Empresarial muchas veces lo han hecho creer así. La globalización, tal como la conocemos, se ha implantado, sobre todo, desde la caída del Muro de Berlín, antes de que la mayoría de la gente entendiera lo que estaba pasando.

El Tercer Mundo ha sido silenciado debido a que está endeudado y depende del FMI/Banco Mundial, y en beneficio del Norte, las minorías del Sur han sido cooptadas. Con respecto a las minorías y Gobiernos del Norte, con pocas excepciones, están encantados con el *statu quo*: las minorías porque se han enriquecido más que nunca, los Gobiernos porque a quien más escuchan es al Consenso y, aparentemente, consienten el menoscabo de sus poderes. La llamada Tercera Vía es un camino sin salida. Entonces, ¿quién queda? ¿Quién podrá modificar el actual curso de la globalización? ¿No es una ilusión creer que puede ser modificado?

Los movimientos sociales

La única respuesta posible radica en la movilización de los ciudadanos —movimientos sociales, ONG o sociedad civil— que tiene una tarea difícil aunque no imposible. Es importante recordar los éxitos que ya se han logrado. Una de las libertades mencionadas en la trinidad de libertades que exigen las ETN es la libertad de inversión. Entre 1995 y 1998, las ETN intentaron que se aprobara un tratado denominado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que les habría dado el completo control sobre este dominio fundamental, incluyendo la opción de demandar a los gobernantes si alguna regulación gubernamental o ley perjudicara sus ganancias. A pesar del secreto —el AMI fue negociado a puertas cerradas en la OCDE— los ciudadanos se enteraron de este escandaloso tratado y obligaron a los Gobiernos a abandonarlo.

Algunas compañías, que quisieron imponer organimos o artículos de consumo modificados genéticamente, han descubierto que el poder de la gente no ha desaparecido. Por ejemplo, hoy la división de agricultura de Monsanto tiene un valor de cero dólar. Shell ha recibido muy mala publicidad debido a sus plataformas petrolíferas y a su actuación con relación a temas del medio ambiente y los derechos humanos en Nigeria. En Francia, tras el devastador derrame de petróleo del Erika, Total-Fina declaró que había cumplido con las reglas y, por tanto, no era responsable. Sólo unos días después, debido a la presión de la opinión pública, la compañía prometió dar unos cuantos cientos de millones de francos para ayudar a reparar el daño.

¿Y la Batalla de Seattle y las manifestaciones de abril contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario en Washington? Estos hechos no sólo sucedieron, sino que fueron el producto de años de paciente organización por parte de diferentes grupos alrededor del mundo. Este es un movimiento internacional conformado por coaliciones nacionales de trabajadores y sindicatos, pequeños agricultores y sus organizaciones, consumidores, ecologistas, estudiantes, mujeres, desempleados, pueblos indígenas y creyentes. También hay algunos científicos, técnicos y otros intelectuales, pero no los suficientes. Estas personas tienen orígenes muy distintos, proceden de diferentes lugares y muchos de ellos ni siquiera se conocían

hace cinco años. No obstante, y a pesar de las dificultades culturales y organizativas, han llegado a un análisis común y están en el camino de lograr plataformas y estrategias comunes. Constituyen la reacción contra la globalización empresarial y no van a abandonar su tarea. Estas son, en estilo telegráfico, algunas de sus reivindicaciones:

- Un comercio justo, no un libre comercio. Como cualquier otro sistema, el de comercio mundial necesita reglas, pero no las que rigen en la OMC. No se debe tratar a la educación, salud, cultura y medio ambiente como si fueran mercancías, y la seguridad alimentaria debe estar por encima del comercio. El mecanismo de resolución de controversias de la OMC —su tribunal— debe estar subordinado al derecho internacional, tal como lo están los derechos humanos, acuerdos multilaterales de medio ambiente y los acuerdos de la OIT. La organización ya tiene demasiado poder y no se le debe conceder más.
- Gravar el capital internacional. Los mercados de divisas comercian diariamente con 1,5 billones de dólares, la mayor parte de este dinero es puramente especulativo y no tiene ninguna relación con la economía real. Se debe aplicar un “tasa Tobin” —una carga muy pequeña— a Forex; incluso es posible gravar fusiones, compras y ventas de las ETN en todo el mundo. Se puede utilizar el dinero para favorecer a los excluidos, para abolir la pobreza y, al menos, para empezar a reducir la brecha Norte-Sur.
- Eliminar los paraísos fiscales. La economía criminal está surgiendo, en parte, porque Gobiernos legítimos toleran el lavado de dinero y los crímenes financieros. Mientras nos ponemos a ello, ¿por qué no abolir las banderas de conveniencia? Es necesario que existan normas para proteger el medio ambiente, comenzando por el principio de prevención. Y las personas pobres deben recibir incentivos materiales para proteger su medio ambiente. Deben cesar los préstamos del Banco Mundial para proyectos que destruyen el medio ambiente. Necesitamos empresas responsables financiera y legalmente de todas sus acciones, es decir, que respondan por las acciones de todas sus filiales. No más Bhopals, no más derrames de petróleo.
- Cancelar la deuda del Tercer Mundo, ya que se está condenando a millones de personas a la miseria y a la muerte.

Se necesita mayor diversidad y responsabilidad a escala local, Gobiernos nacionales más democráticos, mayor control sobre las ETN, pero hasta ahora no existe ningún programa, apenas algunas pautas. Hemos estado demasiado ocupados apagando incendios. Apostemos por la subsidiariedad. Las decisiones se deben tomar lo más cerca posible de la gente que se verá afectada por ellas. Es posible y deseable que existan varias capas de autoridad. El Consenso Empresarial ni siquiera es eficiente desde el punto de vista económico. Quizá tengan el dinero, quizá tengan gran parte del poder, de momento, pero está garantizado que su método es insostenible para la ecología, homogeneizador para la cultura, polarizador de

No se debe tratar a la educación, salud, cultura y medio ambiente como si fueran mercancías, y la seguridad alimentaria debe estar por encima del comercio

VIOLENCIA EN GÉNOVA: SOLO DAÑOS Y PERJUICIOS

Como un parásito indeseado, los sectores más radicalizados son autores de la “violencia pequeña” en las manifestaciones en contra de la globalización. Los responsables de la “gran violencia” internacional escapan a la atención de los medios de comunicación.

Los grupos violentos que participan en las manifestaciones antiglobalización son los menos, pero su actuación condiciona al conjunto de la protesta y la mediatiza. Es cierto que existen agentes infiltrados que tienen la tarea de provocar para que la policía pueda aplacar. En Génova, innumerables testigos moderados aseguran que han sido víctimas de las peores vejaciones por parte de los carabinieri que, al parecer, tenían orden de reprimir con toda severidad. Sin embargo, la presencia camuflada de la policía ya no es necesaria, los más radicales reemplazan a los agentes de seguridad en la tarea sucia: crear caos y destrucción a cualquier precio. Se autodenominan con frecuencia anarco sindicalistas o autónomos, y dicen odiar el poder. Lo grave es que ven con desdén a la mayoría de los constestatarios porque los consideran ingenuos, tontos útiles que creen que sin violencia, con acciones pacifistas, van a convencer a los amos de este mundo. Tienen fe en la violencia y la sangre como recursos necesarios para hacer o modificar la historia. La fe, como se sabe, no atiende razones porque está por encima de ellas.

La verdad es otra. La preocupación de los integrantes del G8 se acrecienta cuando sienten el peso de las más de 150 mil personas que reclaman en su propia cara un mundo mejor. Esos mandatarios y la mayoría de los ciudadanos de Seattle, Gotemburgo, Barcelona, o Génova, tienen en común su manifiesto repudio a la violencia. Estos energúmenos minoritarios desplazan del centro de atención lo realmente importante. Generan desencanto entre los individuos y las instituciones que, desde hace meses, se lo piensan dos veces antes de acudir a la próxima protesta. Aunque resulta bueno tomar distancia y condenar a los provocadores, es inútil. Los violentos seguirán apareciendo en cuanto protesta se organice. No asisten a las reuniones de organización, no dialogan, son esencialmente totalitarios. La democracia para ellos es el enemigo principal. Es provechoso recordar ahora las palabras de un neofascista, Solinas, cuando escribió: “Nuestro drama actual se llama moderación. Nuestro principal enemigo son los moderados. El moderado es por naturaleza democrático”.

Nada puede justificar la violencia de los sectores radicales, pero a pesar de todo se trata de “la violencia pequeña”. Entre sus principales características destaca que se practica con instrumentos primitivos, desde piedras y palos hasta las bombas incendiarias de fabricación casera conocidas como *cócteles mólotov*; es una violencia circunscrita a un espacio limitado; es esporádica; y, sobre todo, su carácter público y aparatoso si bien le confiere lo que desea, atención de los medios de comunicación, su virulencia exhibicionista es altamente disuasiva; busca la destrucción física de los símbolos pero no es asesina.

Del lado de las grandes potencias la actitud es invariable. Ni el menor atisbo de autocrítica sobre la responsabilidad de la “gran violencia” de los países ricos. Esa que ciega vidas cada día en el Tercer Mundo por enfermedades remediables; la que condena a la inmensa mayoría a la pobreza; la que fomenta el tráfico de armas y aviva los conflictos para mantener las ventas a buen nivel; la que humilla al caído y al inmigrante; la que golpea permanentemente a todos los agraviados de este mundo. La gran violencia es permanente y abarca a todo el orbe; es implosiva, lo que la hace en apariencia menos detestable y detectable; es responsable de la muerte innecesaria de millones de personas.

El principal mérito de la protesta es haber puesto en primera plana la magnitud de la injusticia del actual estado de cosas que, con el mejor nombre, llamamos globalización. Una realidad que los grandes poderes económicos, políticos, militares y mediáticos tratan insistentemente de escamotear. No será huyendo al norte como se van a resolver los desafíos de este tiempo, será mirando los problemas a la cara, o como bien dice Emma Bonino, comisaria de la Unión Europea de Ayuda Humanitaria, “por paradójico que parezca, el mundo caminará mejor globalizando la globalización”. Es decir, universalizando no sólo los costos sino también los beneficios de la tierra.

Como señalaba el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD de 1994, no sólo los cinco principales países exportadores de armas eran precisamente los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, sino también los cinco, en conjunto, eran responsables del 86% del total de las exportaciones de armas convencionales durante el período estudiado. Con estas cifras no es difícil explicar la incapacidad del sistema internacional para lidiar más eficazmente con los mercaderes de la muerte.

José Zepeda es director del servicio latinoamericano de Radio Nederland

VÍCTOR DE CURREA-LUGO

Una mirada al paramilitarismo en Colombia

El fenómeno paramilitar en Colombia recoge en su origen y desarrollo la complejidad del conflicto armado. Desde sus inicios, en la década de los 80, hasta su reciente unificación, las llamadas también Autodefensas han crecido en lo militar, territorial e incluso en el respaldo político por parte de sectores urbanos, a pesar de lo sanguinario de sus métodos. En su historia, repetidamente aparecen vinculados las Fuerzas Militares y, cada vez más, al narcotráfico. Lejos de representar una fuerza minúscula, cada día es más determinante en la guerra y en una eventual paz. El paramilitarismo no es un hecho accidental, es una política de Estado; una propuesta regional que ahora se sistematiza bajo unas siglas; y una respuesta para ganar adeptos entre las clases medias urbanas deseosas de salidas rápidas y radicales.

Durante la década de 1980, y recogiendo viejas experiencias del ejército, dirigentes regionales de partidos políticos, ganaderos, terratenientes, jefes locales de policía y mandos militares desarrollaron grupos clandestinos, armados y entrenados para atacar especialmente a campesinos en zonas de influencia de la guerrilla. Uno de sus desertores fue testigo de la colaboración estrecha con los grupos paramilitares de “comandantes militares, narcotraficantes, y líderes paramilitares; entre ellos Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, Fidel Castaño y Víctor Carranza”,¹ nombres asociados con masacres, narcoterrorismo y asesinatos.

En el período 1984-1989, los narcotraficantes dirigieron una verdadera reforma agraria, útil no sólo para conseguir tierras sino para legitimar su poder social y político local, lo que les permitió diseñar alianzas con poderes regionales. Frente a esto, el Estado presentó dos caras contradictorias: por un lado, la participación de militares en estos procesos pues encontraban eco en su lucha contrainsurgente y a la vez participaban de las prebendas del poder local y regional; y por otro,

Víctor de Currea-Lugo es médico cirujano por la Universidad Nacional de Colombia, master por la Universidad de Salamanca y doctorando por la Universidad Complutense de Madrid.
decurrea@hotmail.com

¹ Human Rights Watch / Americas, *Las redes de asesinos de Colombia: Militares, paramilitares y EEUU*, Nueva York, 1996, p. 20

la visión de las autoridades judiciales, a las cuales el Estado delegó, mayoritariamente, la persecución de los paramilitares.² Esto explica, en parte, por qué las víctimas del Estado por los paramilitares son fundamentalmente del sector judicial y en particular en la Fiscalía.³

En 1987, el Gobierno colombiano reconoció la existencia de 128 grupos paramilitares⁴ que, a mediados de 1997, constituyeron las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), actualmente con más de 8.000 hombres. Desde 1994, una vez consolidados en el Magdalena Medio y en el norte del país, las AUC se han ido desplazando a otros departamentos. Varias poblaciones han quedado vacías debido a los éxodos masivos por la llegada de los paramilitares. Sus acciones se basan en la idea de “quitarle el agua al pez”.⁵

El proyecto paramilitar produce una negación del principio del monopolio de la fuerza por parte del Estado lo que conlleva, no sólo a la autorización a particulares para ejercer la violencia, sino a la casi nula penalización de esta violencia aunque produzca consecuencias tan graves. Las características iniciales de los paramilitares determinan parte de su situación actual: a) permanecen, a pesar de las diferencias internas, unidos bajo la bandera de la anti-subversión, b) se desarrollaron más bajo las dinámicas de proyectos locales que de un proyecto nacional, c) tal desarrollo local les generó desigualdades de politización, capacidad militar y formas de trabajo que pueden variar de una región a otra. Los paramilitares no son un proyecto nacional único y consolidado, sino la suma de proyectos regionales que se alimentan del clientelismo local en lo político, y de la formación de ejércitos privados de ámbito también local en lo militar.

Los análisis sobre el fenómeno paramilitar y sus vínculos con las Fuerzas Armadas se mueven entre dos extremos deliberados y/o simplistas: a) que los paramilitares no tienen ninguna relación con las Fuerzas Armadas y por tanto ellas no pueden comprometerse a terminar las acciones de aquellos,⁶ y b) que los paramilitares son una sola unidad con las Fuerzas Militares sin que entre unos y otros medie alguna diferencia o posible matiz, posición de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Documentos de las AUC afirman que “nosotros reconocemos el callado heroísmo y el sentido de responsabilidad y devoción patriótica de las Fuerzas Armadas”,⁷ y aclaran que “las Autodefensas (...) no con-

² Boaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas, *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, Siglo del Hombre Ed., Bogotá, 2001, Tomo I, pp. 376-379.

³ Para profundizar en la lógica estatal: Vicepresidencia de la República de Colombia, *Panorama de los Grupos de Autodefensa*, Bogotá, diciembre de 2000.

⁴ German Wettsein, “Los impunes, una minoría peligrosa”, *Nueva Sociedad*, Caracas, 1991, Nº 111, p. 158.

⁵ Carlos Medina Gallego, “Paramilitares, autodefensas y narcoterrorismo en Colombia. 1980-1990”. *Cuadernos Africa - América Latina*, Madrid, 1992, Nº 7, pp. 73-85.

⁶ Postura presentada en la reunión de Costa Rica (oct. 2000) por el representante del Gobierno colombiano, Reinaldo Botero Bedoya.

⁷ Autodefensas Unidas de Colombia, *Naturaleza político-militar del movimiento*, Montañas de Colombia, 26 de junio de 1997, p. 12.

sideramos enemigo a las Fuerzas Armadas”.⁸ Pero se trata, también, del desarrollo de operaciones conjuntas y de un continuo flujo de información entre los unos y los otros con la subsecuente división de tareas.

Militares y paramilitares

En el conflicto, el Estado presenta una cara social que se materializa (con graves desigualdades y poquísimos recursos) principalmente en los servicios de salud y educación, y una cara represiva representada en las Fuerzas Militares. Este discurso permite culpabilizar a la Fuerza Pública por sus atropellos pero sin que esto comprometa al resto del Estado, de tal manera que el Gobierno es cuestionado por la situación de los derechos humanos más como una víctima que como victimario.

Como en otros países de la región, “los militares no sólo no son reconocidos como impunes por los Gobiernos democráticos; además se sienten a sí mismos impunes al considerarse apóstoles de la paz y el orden”.⁹ Estas acciones se alimentan de un pensamiento en el cual hay un orden que proteger y un enemigo que eliminar por cualquier método.¹⁰ La división Ejército-Gobierno se traslada, con proporciones, a militares-paramilitares. Esto se materializa en una “combinación de formas de lucha” que incluye los métodos legales (cada vez más drásticos, mediante el uso de legislaciones de excepción) y acciones clandestinas.

Desde 1989, Colombia se ha convertido en el país receptor de la mayor cantidad de ayuda militar por parte de los EEUU en la región. Noam Chomsky afirma que los EEUU andan tras “el aparato represivo de torturas, desapariciones y asesinatos en Colombia” desde hace más de tres décadas.¹¹ En 1991, unidades de la Agencia Central de Inteligencia de EEUU (CIA) apoyaron a las Fuerzas Armadas colombianas para la reestructuración de su aparato militar. En esa modernización “convirtieron a los paramilitares en componente clave de su aparato de inteligencia”.¹² Entre 1995 y 1999, los EEUU aumentaron en casi nueve veces la ayuda militar a Colombia.¹³

*El Gobierno
es
cuestionado
por la
situación de
los derechos
humanos más
como una
víctima que
como
victimario*

⁸ Autodefensas Campesinas de Córdoba y Uraba, *Estatutos*, disposiciones generales adicionales, (documento sin fecha).

⁹ German Wettsein, *op. cit.*, p. 162.

¹⁰ Peter Waldmann, “Represión estatal y paraestatal en latinoamérica”, *América Latina Hoy*, Madrid, 1995, N° 10, p. 21

¹¹ Noam Chomsky, “Ante los Guardianes de la Libertad”, *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, 9 de junio de 1996, N° 682, pp. 4-7.

¹² Human Rights Watch / Americas, *op. cit.*, p. 6.

¹³ Conclusión de un informe producido por la ONG Latin America Working Group y el Center for International Policy, finalizado en diciembre de 1999. El informe sostiene que Colombia recibe hoy más asistencia militar y policial de EEUU en entrenamiento, armas, equipos y asistencia, que lo que recibe toda América Latina y el Caribe juntos. <http://www.ciponline.org/facts>

“Una radiografía de seis años de conflicto en Colombia (muestra) que las quejas recibidas contra las Fuerzas Militares han disminuído de 3.000 en 1995 a 430 en el 2000”,¹⁴ sin embargo, el aumento de las violaciones de derechos de la población civil atribuidas a los paramilitares, la disminución de las atribuibles a los agentes del Estado y el hecho de que “el número de personas muertas o desaparecidas por razones políticas no ha sufrido variaciones en (un) mismo lapso”,¹⁵ permite presumir una transferencia de funciones sugerida por los vínculos entre militares y paramilitares que han sido denunciados por los mismos EEUU y por numerosas ONG internacionales.

Muchas de las acciones de grupos paramilitares han estado relacionadas con la falta de actuación de la Fuerza Pública, pero la pérdida de la noción de omisión como delito lleva a que el Estado se presente como respetuoso del Derecho Internacional Humanitario (DIH)¹⁶ en la medida en que algunas de sus acciones no son violaciones del DIH, aunque sus omisiones sí favorezcan abiertamente la acción paramilitar. No se cuestiona cuando el Estado cede a los paramilitares el monopolio de la fuerza, ni cuando éste viola los límites legales de tal monopolio con prácticas como minimizar las masacres producidas por agentes del Estado o justificarlas, reconocer su responsabilidad muchos años después, y presentar ante los medios de comunicación a campesinos como “guerrilleros muertos en combate”.¹⁷

Los intentos de las Fuerzas Armadas por doblegar a las guerrillas no han logrado su objetivo. Los militares insisten y han pedido al Gobierno de Pastrana crear cinco brigadas móviles antiguerrillas en breve,¹⁸ para pasar de 106 mil hombres armados a 140 mil en los próximos dos años, “duplicando el pie de fuerza de la democracia”.¹⁹ Pero la efectividad de tal operación ha sido mermada por la creciente capacidad militar de la insurgencia, por la incapacidad de los militares de cumplir sus tareas sin violar el Estado de derecho y por la mala distribución de los recursos para la guerra. La Embajada de EEUU en Bogotá manifestaba su preocupación por destinar más del 75% del presupuesto militar en salarios y por existir más militares en el despacho que en el terreno que un país sin conflicto armado.

¹⁴ “Mejora en Derechos Humanos en Colombia”, *El Tiempo*, Bogotá, 4 de febrero de 2001.

¹⁵ Comisión Colombiana de Juristas, *Colombia, Derechos Humanos y Derecho Humanitario: 1995*, Bogotá, 1996, p. 9.

¹⁶ Sobre los problemas de aplicación del DIH en el caso colombiano: Víctor de Currea-Lugo, “¿Es posible “humanizar” la guerra de Colombia?”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Madrid, primavera 2001, Nº 74, pp. 29-43.

¹⁷ Sobre vínculos entre militares y paramilitares: Human Rights Watch / Americas, *op. cit.*; Human Rights Watch, “The Ties That Bind: Colombia and Military-Paramilitary Links”, febrero de 2000; Carlos Medina Gallego, *op. cit.*, pp. 73-85; “Vladimir se confiesa”, *Semana*, Bogotá, 14 de julio de 1997), pp. 30-34.

¹⁸ “El Plan Colombia es una excusa ridícula de las FARC, afirma E.U”, *El Tiempo*, Bogotá, 15 de noviembre de 2000.

¹⁹ “Controversia por milicias”, *El Tiempo*, Bogotá, 25 de noviembre de 2000.

De lo militar a lo político

Tanto los grupos guerrilleros (FARC, ELN) como los paramilitares se han hecho con el control político en distintas zonas del país por medio de las armas.²⁰ En 1999, en 133 de 1.074 municipios no había presencia de la policía,²¹ cifra que en el 2001 se elevó a 199, y en muchos otros la Fuerza Pública no tiene ningún control en las áreas rurales.

El primer paso del avance político de los paramilitares fue su delimitación como grupo con un discurso propio, el cual se ha ido modificando. Ahora se definen como parte de un “movimiento civil antsubversivo”²² que apuesta por la “resistencia civil”.²³ Adoptaron algunas reivindicaciones socio-económicas (como la reforma agraria) y pusieron rostro al movimiento con la entrevista que concedió el jefe paramilitar Castaño a una televisión²⁴ en la que afirmó que “mi ética no admite el asesinato” y que “todo me hace llorar”. En sus documentos los paramilitares usan expresiones como la Constitución, el orden democrático, la noción de la “legítima defensa” y, cada vez más, muestran una “cara política”, tratando de aparecer ante la opinión pública como una “guerrilla de derecha”.²⁵ Este esfuerzo por ganar reconocimiento político ha tenido eco en sectores de la clase media urbana.²⁶ Así, lograron poner el énfasis en que no importaba que hubieran hecho masacres usando motosierras y decapitando personas, sino que la valentía de reconocerlo los absolvía. En esa lógica se ha ido legitimando el paramilitarismo.

A este hecho siguieron las declaraciones de los militares donde planteaban que, por culpa de las normas existentes (Estado de derecho), no pueden hacer su trabajo; y los llamamientos de Pastrana a establecer la pena de muerte, propuesta que tuvo eco en la mismísima Corte Suprema de Justicia²⁷ —Samper en la mitad de su mandato propuso lo mismo— y, recientemente, la expedición de la Ley de

²⁰ “Alcaldías, en zona de riesgo”, *El Espectador*, Bogotá, 29 de octubre de 1999, p. 10 A.

²¹ “Sin seguridad en 133 municipios”, *El Espectador*, Bogotá, 7 de junio de 1999, p. 10 A.

²² Autodefensas Unidas de Colombia, “¿Por qué crecen las AUC?”, www.colombialibre.org, 23 de abril de 2001.

²³ Autodefensas Unidas de Colombia, “La resistencia civil: una obligación ciudadana”, www.colombialibre.org, 23 de julio de 2001.

²⁴ Entrevista a Castaño realizada en el programa “Cara a cara” por Dario Arizmendi y transcrita en la página web de los paramilitares www.colombialibre.org, diciembre de 2000.

²⁵ Eduardo Pizarro, “¿Grupos paramilitares, de autodefensa a guerrillas de derecha?”, *Cambio 16*, Bogotá, 26 de enero de 1998.

²⁶ “Es significativo que una encuesta reciente de (radio) Caracol confirme que el 77% de los colombianos rechazan la política de Pastrana contra las AUC, lo cual significa que no sólo crecen las AUC, sino también su respaldo popular, a pesar de tener al Gobierno y todos los medios informativos en su contra”, Autodefensas Unidas de Colombia, *op.cit.*, 23 de abril de 2001.

²⁷ “Cortes respaldan mano dura”, *El Tiempo*, Bogotá, 14 de diciembre de 2000; “Pena de muerte es necesaria”, *El Tiempo*, Bogotá, 13 de diciembre de 2000.

Para conseguir el reconocimiento del Estado y su interlocución, los paramilitares optaron por el secuestro de un grupo de parlamentarios

Seguridad y Defensa Nacional (agosto de 2001), con la cual busca “hacer la guerra” dentro del derecho (por lo menos dentro de su formalidad).

Para conseguir el reconocimiento del Estado y su interlocución, los paramilitares optaron por el secuestro de un grupo de parlamentarios. El Gobierno negoció con ellos, a través del Ministro del Interior, en noviembre de 2000.²⁸ Este acercamiento público entre el Gobierno y los paramilitares desagradó a las FARC, quienes pidieron al Estado perseguir a los paramilitares con el argumento de que “éstos cometen delitos y de que están fuera de la ley, de que son ilegales”,²⁹ el 12 de noviembre de 2000. Interrumpieron el diálogo hasta la cumbre entre Pastrana y el comandante de las FARC, en febrero de 2001.

Otro paso era acercarse a otros sectores de la sociedad colombiana, lo que implicaba esperar el desgaste del proceso de paz entre el Estado y la guerrilla o incluso producirlo. Los paramilitares estuvieron dispuestos a atacar la zona de despeje, sabiendo que eso aumentaría su popularidad en algunos sectores pero podría generar reacciones adversas entre los que todavía guardan esperanzas en el proceso con las FARC. Una vez desprestigiado el proceso de Pastrana, la derecha propuso la creación de milicias, como ocurrió en la asamblea de la Federación de Ganaderos (Fedegan) a finales de 2000, para hacer frente a las FARC.³⁰

El candidato presidencial, Alvaro Uribe Velez, saltó a la palestra para recoger el sentimiento nacional orquestado desde meses antes: la salvación nacional por la vía de las armas.³¹ Uribe se alimenta de la simpatía de sectores de la clase media urbana con el paramilitarismo, la ausencia de líderes y la necesidad de éstos, los errores del proceso de paz de Pastrana, y las críticas a la zona del despeje sintetizadas en que tal acto constituyó “la entrega del país a la guerrilla”. En los últimos meses ha multiplicado notoriamente sus seguidores debido a sus promesas, acompañadas de una buena imagen, de solucionar los problemas en poco tiempo —por esto mismo la gente votó por Pastrana—, entre las que se encuentra crear una milicia de un millón de hombres para acabar con lo males del país.³²

Como con Chávez y Fujimori, de Uribe se esperaría un control de poder absoluto en la figura del presidente, un manejo mesiánico de la política acorde con una propuesta neopopulista. Para algunos, la llegada al poder de Uribe es improbable pero eso no quiere decir que sus tesis, cada vez más aplaudidas, no generen importantes corrientes de opinión. Mientras los guerreros de la derecha se politizan, los candidatos de derecha se militarizan y los caminos parecen juntarse dentro de la estrategia de crear un “Frente de Liberación Nacional” como hizo la guerrilla en El Salvador y en Nicaragua.

²⁸ “Cara a cara”, *Semana*, Bogotá, 17 de noviembre de 2000.

²⁹ Entrevista a Manuel Marulanda Velez Entrevista a Manuel Marulanda Velez: Arturo Alape, “El Estado debe quitarse la careta”, *El Espectador*, Bogotá, 31 de enero de 1999, pp. 22 A y 23 A.

³⁰ “Controversia por milicias”, *El Tiempo*, Bogotá, 25 de noviembre de 2000.

³¹ “El fenómeno Uribe”, *Semana*, Bogotá, 16 de diciembre de 2000.

³² Miguel Angel Bastenier, “Colombia, último Plan”, *El País*, Madrid, 17 de diciembre de 2000, pp. 1-3.

La nueva coyuntura: de Castaño a oscuro

El salto de los paramilitares a lo político no significa renunciar a lo militar. Así lo demuestran sus continuas reorganizaciones, la persistencia en métodos crueles,³³ su crecimiento en áreas urbanas y para fines que incluyen políticas anti-sindicales —Coca Cola aparece involucrada en la financiación de paramilitares a cambio de que estos controlaran las acciones sindicales dentro de la empresa—. ³⁴ Se han producido denuncias sobre apoyo de las empresas petroleras transnacionales en la financiación y/o apoyo de grupos paramilitares. Según Castaño, la fuerza paramilitar posee 11.000 combatientes y, debido a la complejidad de sus acciones, necesita más recursos que las colaboraciones de los poderes locales. Tratando de no repetir la experiencia de secuestros que disparó el rechazo a las guerrillas,³⁵ el paramilitarismo centra en el narcotráfico el grueso de su financiación.³⁶ Lo asumen con transparencia argumentando que hacen lo mismo que sus enemigos —la guerrilla—, y dicen “no querer” secuestrar ni extorsionar pero necesitan dinero para su justa lucha, dando forma a su discurso autojustificador.

Esta autonomía financiera se suma a la necesidad de pasar de ser un grupo que comete masacres a un grupo que debe responder al combate directo ante los ataques de las FARC, sabiendo que la presión hace cada vez más difícil que el ejército los apoye tan abiertamente. Por eso, buscan cada vez más una autonomía militar, lo que no quiere decir renunciar a sus vínculos con los militares.

La tercera autonomía perseguida es la política. La limpieza de imagen de Castaño³⁷ y su paso de jefe militar de las AUC a jefe político se enmarcan en la búsqueda, por parte de los paramilitares, de un espacio político propio. Para ello se distancian de los políticos tradicionales rechazando la “clase política dinástica, con el del fin Serpa apoyando al monarca Andrés (Pastrana) en su utópico Proceso de Paz”.³⁸

³³ Según el Gobierno, los paramilitares son responsables de la gran mayoría de masacres, con un aumento sostenido de su participación desde 1998. Vicepresidencia de la República de Colombia, *Op. cit.*, p. 4. Para el año 2000, se les adjudicó el 70% de las masacres.

³⁴ “60 paramilitares operan en Bogotá”, *El Tiempo*, Bogotá, 5 de mayo de 2001; “Sindicalistas de EEUU demandarán a Coca-Cola por nexos con paramilitares”, *El Tiempo*, Bogotá, 20 de julio de 2001.

³⁵ Esto no quiere decir que los paramilitares no secuestren, sino que su economía depende más de otras fuentes. Los paramilitares suelen secuestrar para castigar a supuestos colaboradores de la guerrilla que luego son asesinados. Según el Gobierno, “de 45 secuestrados en 1998, las autodefensas pasaron a ejecutar 106 en 1999 y 203 durante los primeros diez meses de 2000”. Vicepresidencia de la República de Colombia, *op. Cit.*, p. 5.

³⁶ “Narcotraficantes financian a las Auc, dicen en Suecia”, *El Tiempo*, Bogotá, 13 de junio de 2001; “Paramilitares tienen vínculos con narcotráfico: ONU”, *El Tiempo*, Bogotá, 10 de mayo de 2001.

³⁷ La limpieza no es sólo un truco publicitario sino también una tarea militar. “Asesinado el principal testigo contra Carlos Castaño”, *El Tiempo*, Bogotá, 30 de mayo de 2001.

³⁸ “Contra los ‘pactos retóricos’ y las ‘clases políticas’ dinásticas”, www.colombialibre.org, 17 de abril de 2001.

En esta vía, en septiembre de 2001, lanzaron su llamado Movimiento Nacional Democrático. Desarrollan un nuevo lenguaje (página web con editoriales permanentes) y entran en contacto escrito con diferentes candidatos presidenciales, dirigentes nacionales y los más variados sectores. Este espacio político ha sido ganado principalmente al de las guerrillas,³⁹ realizando para ello desde masacres hasta el acercamiento a líderes y a movimientos sociales, como las protestas campesinas contra una zona para el ELN o las reivindicaciones de los cultivadores de coca en la región del Catatumbo.⁴⁰ Se aprovechan de la fragilidad ideológica de la guerrilla, lo que permite el reclutamiento a sus filas por mejores salarios y el ejercicio del clientelismo armado con los campesinos que antes estaban bajo control guerrillero; y el desplazamiento forzado,⁴¹ ya sea a través de amenazas y/o de masacres. Además, la politización del paramilitarismo permite la captación mediante un discurso de aparentes "guerrillas de derecha"; y el apoyo de sectores con capacidad de pago, en la medida que estos pasan de un pago obligado de "impuesto revolucionario" a una "contribución" con una causa que en principio comparten en cuanto estrategia contraguerrillera.

Motivo de debate, al interior de los grupos paramilitares, es si pasan a constituirse en una propuesta político-militar, lo que implicaría enfrentarse al Estado y a poderes locales contrarios a tal independencia;⁴² o si someterse a unas reglas de juego en las cuales son la mano negra del *establishment*, con lo cual a pesar de los eventuales e inevitables choques con las Fuerzas Armadas, no entrarían en su confrontación directa. Otra discusión se cierne sobre cómo responder a las arremetidas de las Fuerzas Armadas y a las acciones del Estado tras los allanamientos, en mayo de 2001, de la Fiscalía en contra de los cuales reaccionaron públicamente varios políticos. Tal debate precipitó la renuncia de Castaño⁴³ y la reunión nacional extraordinaria de la cúpula paramilitar.

El Estado sigue sin asumir una actitud clara ante el paramilitarismo. Al respecto, tiene presiones de la comunidad internacional y de las FARC en la mesa de

³⁹ Es significativo la forma como las AUC desplazaron al ELN de Barranca, no sólo copando sus antiguos roles sociales de imposición de un determinado orden en los barrios y de organización comunal y de actividades deportivas, sino incluso incorporando en sus filas una parte importante de los otrora miembros del Frente Urbano de Resistencia Yariquíes -FURY- del ELN.

⁴⁰ "AUC promovieron protestas cocaleras en Tibú: Policía", *El Tiempo*, Bogotá, 10 de junio de 2001.

⁴¹ Los paramilitares son responsables al menos del 53% del desplazamiento forzado: Vicepresidencia de la República de Colombia, *op. cit.*, p. 4.

⁴² Hay que recordar que la confrontación con el Estado le significó la derrota al cartel de Medellín, mientras que la negociación y la compra de funcionarios, le representó un triunfo temporal al cartel de Cali.

⁴³ En su carta, tras los allanamientos que hizo el Gobierno a casas de líderes de las AUC, Castaño rechazó que se considerara a las Fuerzas Armadas como enemigas. La renuncia de Castaño se produce el 30 de mayo, provoca una Conferencia Nacional Extraordinaria y fruto de ésta, aparece una nueva recomposición de la dirección de las AUC. Su renuncia, colocada en la web durante varios días decía: "Compañeros de causa: somos en las AUC amigos y respetuosos de las instituciones del Estado. Ese principio es inviolable. Respéntenlo. Renuncio irrevocablemente a mi cargo otorgado por ustedes. Carlos Castaño".

negociación —mediante la formación de una comisión anti-paramilitar—, de los gremios, que cada vez piden salidas a la presión de la guerrilla o el derecho de autodefenderse entendido dentro de la lógica paramilitar, y de los propios militares que no quieren ver en el Gobierno que defienden a sus propios perseguidores por acciones que aquellos consideran válidas. A estas presiones se ha ido sumando EEUU que han condenado el paramilitarismo⁴⁴ y el miedo de algunos sectores de la burguesía nacional a que los paramilitares desborden el "trabajo sucio" y se conviertan más en un problema que en una solución.

Las presiones han dado lugar a la destitución del general Rito Alejo del Río y su captura por conformación de grupos paramilitares, los allanamientos y las capturas de paramilitares.⁴⁵ Por otro lado, el Estado sabe que sin el paramilitarismo no hubiera logrado sacar a las FARC del departamento de Urabá, golpear al ELN en el Sur de Bolívar y en la región del Cesar, ni tomar la ciudad de Barranca, el otrora bastión de la insurgencia. Además, los paramilitares han logrado bloquear el proceso de paz con el ELN, imponiéndole al Gobierno su negativa.

Por el momento, la táctica paramilitar incluye obtener un reconocimiento político similar al de las FARC; y la exigencia de una mesa de negociación hacia la búsqueda de algún indulto o ley especial que les permita resolver el problema jurídico de sus masacres (pues el problema político, según ellos, está resuelto con la lógica de la anti-subversión). Pero, las posiciones internas en las AUC están divididas tanto en lo militar (por su dinámica regional, casi feudal de la guerra) como en lo político (no logran definir una propuesta frente al Estado), y a sus enemigos se suman sicarios que antes servían al narcotráfico. En la negociación entre las FARC y el Gobierno, el fenómeno paramilitar es una molestia que las FARC no quieren dejar de lado. A pesar de su aparente debilidad, el ELN les ha golpeado en sus propias bases⁴⁶ y el Estado ha detenido importantes comandantes (Salomón y Julián, Careto y Mochacabezas). Su rechazo a ciertas organizaciones como la Cruz Roja Colombiana⁴⁷ y la postura internacional en su contra les dificulta cada vez más su deseo de ganar un reconocimiento político.

*Por el
momento,
la táctica
paramilitar
incluye obtener
un
reconocimiento
político similar
al de las FARC*

⁴⁴ "Los paramilitares son la peor amenaza contra Colombia", *El Tiempo*, Bogotá, 5 de abril de 2001; "EEUU estrecha cerco a paramilitares", *El Tiempo*, Bogotá, 4 de mayo de 2001.

⁴⁵ Según el Gobierno, entre 1980 y 2000, se han producido 852 capturas y 145 muertes en combate de paramilitares, y en el año 2000, se presentaron 64 combates entre paramilitares y Fuerza Pública: Vicepresidencia de la República de Colombia, *op. cit.*, p. 11 y 12. Otros actos relacionados es la reciente condena al general Uscátegui, de la Justicia Penal Militar, por su participación en la masacre de Mapiripán en 1997. Esta condena recibió incluso el apoyo de los EEUU.

⁴⁶ En los partes de guerra del Area Darío Ramirez Castro del ELN, de abril 21 y junio 8 de 2001, y del Frente de Guerra Nororiental, de junio 17 de 2001 (en www.eln-vozes.com) muestra que en varios ataques en el Sur de Bolívar produjeron serias bajas y daños entre los "paramilitares".

⁴⁷ En carta al Jefe de la Delegación del CICR en Colombia, los paramilitares dicen que "y las AUC siempre hemos sostenido que ésta entidad humanitaria colombiana (en referencia a la Cruz Roja Colombiana), no debe participar en actividades relacionadas con el conflicto, por razones indiscutibles que ya hemos sustentado ante ustedes" en: página web: www.colombialibre.org, mayo 1 de 2001.

Las declaraciones del Gobierno no logran convencer ni a Naciones Unidas, a las organizaciones de derechos humanos, ni a la sociedad en general de la inexistencia de vínculos entre paramilitares y militares.⁴⁸ Es común a todas las partes del conflicto (menos al ELN), incluyendo la Fuerza Pública, el rechazo de mecanismos internacionales como una eventual comisión de la Unión Europea, de Naciones Unidas o de organizaciones internacionales como *Human Right Watchs*. Los paramilitares, al igual que las FARC y que el Gobierno, no parecen susceptibles a tales presiones internacionales, las múltiples solicitudes de disminuir la crueldad del conflicto, ni mucho menos a las solicitudes de las agencias humanitarias.

Según el informe de Amnistía Internacional “la convivencia entre las fuerzas de seguridad, en especial el ejército, y los grupos paramilitares no solo continuó sino que, de hecho, aumentó. La colaboración entre ambos incluía el intercambio de información, la entrega de prisioneros, el suministro de munición, y patrullas y operaciones conjuntas en las que cometían graves violaciones a los derechos humanos. (...). Según los testimonios jurados, los paramilitares se relacionaban abiertamente con el ejército y la policía y mantenía a las afueras de Puerto Asís una base donde llevaban a las personas secuestradas para torturarlas y matarlas. La base estaba situada a solo centenares de metros de la jefatura de la brigada 25. Los dirigentes paramilitares se reunían periódicamente con oficiales del ejército”.⁴⁹

¿Qué hacer con el paramilitarismo?

Es innegable que existe y, aunque su vinculación al Estado es fuerte, su subordinación no es absoluta. ¿Habrá que crear una mesa de negociación con los paramilitares,⁵⁰ con el riesgo de dejar en la impunidad muchos de sus crímenes? o, si se opta por la confrontación militar —suponiendo que los militares realmente la hicieran, cosa que se duda— ¿empujaría ésto a los paramilitares a convertirse en guerrillas de derechas?

El paramilitarismo también se nutre de esa noción neoliberal y posmoderna de que todo vale, que todo puede ser privado/privatizable (incluido la justicia), que el Estado de derecho no tiene ya monopolios (ni siquiera el de la fuerza), que el

⁴⁸ En el atentado contra el sindicalista Wilson Borja (diciembre de 2000) se demostró la participación de varios oficiales de las Fuerzas Armadas tanto en servicio activo como retirados. En un informe oficial se presentan como acciones realizadas por el paramilitarismo las masacres de Trujillo, Mairipipán, Barranca y La Gabarra, cuando la primera de ellas fue cometida por miembros del ejército en servicio activo (tal como lo aceptó el mismo Gobierno ante el Sistema Interamericano de Derechos Humanos de la OEA), y en las tres últimas, está comprobado la vinculación de las Fuerzas Armadas: Vicepresidencia de la República de Colombia, *op. cit.*

⁴⁹ Amnistía Internacional, *Informe 2000*, EDAI, Madrid, 2001.

⁵⁰ Algunos sectores de la iglesia ya lo han planteado, varios líderes ganaderos e industriales han dicho que el Estado debe darles el mismo trato que a los grupos guerrilleros y el candidato presidencial Serpa ha dicho que estaría dispuesto al diálogo con las Autodefensas.

⁵¹ José Eduardo Faria, “Economía y derecho: en el cruce de dos épocas”, *El otro derecho*, Bogotá, 2000, Nº 24, pp. 11-45.

derecho deja de ser una jerarquía de normas para volverse una peligrosa red,⁵¹ y que la política es un fenómeno auto referenciado que no se relaciona con la economía ni con las diferencias de clase.

Todo lo que se haga o no en relación con el conflicto colombiano será relacionado con el paramilitarismo, en una coyuntura en que la extrema derecha insiste en la quiebra del Estado de derecho para "salvar" el Estado de derecho; los paramilitares en hacer la guerra argumentando que el Estado no puede; la guerrilla sigue en la guerra como vía para conseguir la paz que, según ellos, el Estado no quiere; los militares haciendo la guerra para defender lo poco que queda del Estado (y las prebendas que reciben gracias a la guerra) y el Estado como una ONG esperando recursos internacionales y a que pase la guerra para entonces sí hacer valer los derechos humanos. Pero los poderosos (legales e ilegales) no quieren ceder y las leyes pierden sus nobles propósitos entre el tumulto colombiano. Así, al Estado de derecho parece que le suplantarán cada vez más un Estado de derechas.

RAMÓN TRUJILLO MORALES

La tragedia neoliberal de Haití

Diez años después de la llegada al poder del primer Gobierno democrático haitiano, mientras los ciudadanos apenas acuden a votar a las urnas y las denuncias de fraude electoral son corrientes, la miseria y el desencanto han frustrado las ilusiones puestas en el proceso de transición haitiano. La clave de lo sucedido se halla en la incompatibilidad de la política económica del primer Gobierno electo con las políticas económicas diseñadas por Washington y las instituciones crediticias internacionales para los países del área caribeña.¹

Louis Kernisan, uno de los planificadores de la invasión de Haití que ordenó la Casa Blanca en septiembre de 1994, explicaba entonces que “(en Haití) se acaba tratando con las mismas familias de antes, las cinco familias que dirigen el país, los militares y la burguesía” porque, añadía Kernisan, “hablan tu lengua, comprenden tu sistema, han sido educados en tu país”.² El oficial se refería a las cinco familias mencionadas en el informe remitido por el congresista estadounidense Walter Fauntroy al presidente George Bush, en marzo de 1989, en el que señalaba a importantes empresarios implicados en la financiación del “terror para intimidar al pueblo haitiano y al sector democrático”. El informe señalaba a las cinco familias aludidas por Kernisan y recomendaba que fueran advertidas, a través de los cauces apropiados, para que cesaran en sus actividades. “Se estima que llevaría un período de diez días ver una reducción de incidentes terroristas y quince días para una detención casi total del aparato terrorista” concluía el congresista.³ Dos de esas familias, las más ricas de Haití, financiaron a los cabilderos de Washington que ayudaron a hacer viable el régimen militar

Ramón Trujillo Morales es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de la Laguna con una tesis sobre los avatares del reciente proceso de transición democrática en Haití

¹ Reseña del libro *Libète: a Haiti anthology*, en *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Madrid, primavera de 2001, N° 74, p. 173.

² A. Nairn, “Occupation Haiti: The Eagle Is Landing”, *The Nation*, 1994, 3, 10, p. 348.

³ W. E. Fauntroy, “Haiti’s Economic Barons”, *The Haiti Files. Decoding the Crisis*, ed. J. Ridgeway, Essential Books, Washington D. C., 1994, pp. 35 y 38.

que había iniciado su sangrienta andadura en septiembre de 1991.⁴ Para comprender por qué los sectores más antidemocráticos de Haití se convertirían en los interlocutores privilegiados de quienes restaurarían la democracia en nombre del Gobierno de Clinton y de Naciones Unidas, es necesario considerar la significación del Gobierno democrático de 1991 y su relación conflictiva con el neoliberalismo haitiano.

Ruptura radical

Los siete meses de la presidencia de Jean-Bertrand Aristide representaron una ruptura radical con el pasado: fue el primer Gobierno democrático en la historia de Haití y lo encabezaba un sacerdote muy carismático y comprometido con la mayoría pobre de la población. Con posterioridad, un mensaje enviado por la Embajada de EEUU en Haití al Departamento de Estado, desclasificado en 1994, informaría de “los esfuerzos sorprendentemente exitosos del Gobierno de Aristide [...] rápidamente anulados después del golpe”.⁵ Por el contrario, para la generalidad de los grandes medios informativos, la ineptitud del Ejecutivo democrático era tan evidente que no hubo que argumentarla. Sin embargo, los logros del Gobierno de Aristide en los ámbitos de la seguridad y la economía fueron muy considerables: a lo largo de los siete meses de democracia la violencia se cobró unas ocho vidas al mes frente a un promedio de veinte muertes mensuales durante el anterior Gobierno;⁶ el volumen comprometido de financiación externa para Haití se duplicó; la inflación pasó del 26% al 11%; el PIB creció el 4,9%; aumentaron los ingresos gubernamentales debido a las mejoras en el cobro de impuestos y a la campaña contra la corrupción, y, asimismo, varias empresas públicas dejaron de ocasionar pérdidas y empezaron a producir beneficios.⁷ Son logros muy notables si se considera que el nuevo Gobierno se encontró con una economía que, según el Banco Interamericano de Desarrollo, se hallaba “en un estado de desintegración sin precedentes”.⁸

Estos éxitos del Gobierno democrático hicieron que su desafío a la ortodoxia neoliberal reinante en la región amenazara con extenderse. Si el país más pobre de América lograba un cierto éxito socioeconómico por su heterodoxia, ¿por qué no iban entonces a aplicar sus recetas económicas sus vecinos dominicanos y demás países latinoamericanos? El Ejecutivo de Aristide hizo que unas empresas

⁴ Sheldon Rampton, “Hustling for the Junta: PR Fights Democracy in Haiti”, *PR Watch*, 3º trimestre de 1994, p. 9.

⁵ N. Chomsky, “Democracy Enhancement, II: Haiti”, *Z Magazine*, julio-agosto de 1994, p. 56.

⁶ Center for International Policy, *Mobilizing Resources for Development. A retrospect on President Aristide's Economic Strategy for Haiti and His Administration Record with Aid Donors*, CIP, Washington, D. C., pp. 1-5; National Labor Committee, *Haiti After the Coup: Sweatshop or Real Development?*, NLC, Nueva York, 1993, p. 36; Economist Intelligence Unit, *Dominican Republic, Haiti, Puerto Rico Country Profile 1999-2000*, Londres, 1999, p. 50; A. Dupuy, *Haiti in the New World Order. The Limits of the Democratic Revolution*, Westview Press, Boulder, 1997, p. 119.

⁷ Citado en National Labor Committee, *op. cit.*, p. 36.

⁸ National Labor Committee, *op. cit.*, p. 26.

públicas deficitarias dieran beneficios, se opuso a las privatizaciones y defendió un aumento del salario mínimo y de las contribuciones a la seguridad social que supondría que los costos laborales diarios por trabajador debían pasar de 2,94 dólares a 4,03 (menos de la undécima parte del salario equivalente en los EEUU). Pero, a pesar de que los salarios vigentes no permitían satisfacer las necesidades básicas de la fuerza laboral haitiana, un informe encargado por la Agencia para el Desarrollo Internacional de EEUU (USAID) explicaba que el futuro del país peligraba debido al “nuevo proyecto de ley de salarios” que “se espera que reduzca la competitividad general de Haití”.⁹ La Agencia afirmaba que el precio de la mano de obra haitiana debía fijarse “en relación a la productividad y no a preocupaciones sociales —los programas de bienestar debieran estar completamente fuera del sistema de salarios para no distorsionar los costos laborales al alza, creando un incremento en los costos laborales por unidad en las exportaciones y la reducción concomitante en las posiciones competitivas mundiales—”. “Si el clima de inversión puede ser devuelto al que existió” durante los Gobiernos militares previos, “o mejorado más que entonces, y la actitud negativa hacia Haití adecuadamente contestada, Haití puede experimentar un crecimiento significativo”.¹⁰

El problema consistía en que, como había señalado el Departamento de Trabajo estadounidense en 1982, el “abundante suministro de mano de obra es uno de los principales atractivos de Haití para los inversores extranjeros”.¹¹ Para aprovecharlo, el país caribeño debía promover sus exportaciones industriales y las importaciones de alimentos; reducir la actividad agrícola destinada al mercado nacional y los aranceles y, además, acabar con los controles de precios. Esta mayor integración en la economía mundial implicaba perpetuar la miseria de su fuerza laboral y haría crecer la dependencia alimentaria del exterior —en 1970 Haití importaba el 10% de sus alimentos; once años después el 23%; y para 1993, el 42%—. ¹² Esto provocaría resistencias en un país que, según la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO), tenía condiciones para lograr la autosuficiencia alimentaria¹³ y que quizá no estuviera interesado en un tipo de exportaciones industriales de escaso valor añadido, que simplemente desplazaban a Haití las etapas intensivas en mano de obra de ciertas cadenas productivas estadounidenses. Es bien sabido que, por ejemplo, a las exportaciones caribeñas de prendas de vestir (más de la mitad de las exportaciones haitianas de 1989)¹⁴ se añadía menos de las dos quintas partes de su valor final en los países

*Una mayor
integración
en la
economía
mundial
implicaba
perpetuar la
miseria de su
fuerza laboral
y aumentar la
dependencia
alimentaria
del exterior*

⁹ USAID, *Haiti Project Paper. Promotion of Business and Export Project (PROBE)*, Washington D. C., 1991, pp. 36-7 y 6.

¹⁰ National Labor Committee, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ *Haiti Info*, 1996, 24, 2.

¹² Gérard Gagnon, “Food Security Issues in Haiti”, *Haiti. The Challenges of Poverty Reduction*, World Bank, Washington D. C., 1998, Vol. 2, WB, p. 34.

¹³ USAID, *op. cit.*, p. 31.

¹⁴ Cecilia Green, “The Asian Connection: The U. S.-Caribbean Apparel Circuit and a New Model of Industrial Relations”, *Latin American Research Review*, 1998, Vol. 33, N° 3, p. 19.

del Caribe. Por ello, refiriéndose a dos disposiciones arancelarias concretas, el Departamento de Comercio estadounidense indicaba, a comienzos de la década de 1990, que “la ropa cortada en los EEUU para ser ensamblada en la cuenca del Caribe” era de hecho “considerada como parte de la producción nacional de ropa de EEUU por el censo de EEUU”.¹⁵ Eran simultáneamente “exportaciones” caribeñas y “producción nacional” estadounidense. En realidad, el modelo exportador promovido por la Casa Blanca en Haití tenía por objeto reducir costos laborales a sus productores y no el desarrollo de la República caribeña. Si la política económica del Gobierno de Aristide hubiera tenido éxito y, a partir de ahí, se hubiera extendido a otros países, habría supuesto un serio revés para la promoción internacional de un modelo exportador basado en los bajos salarios. Sin embargo, un golpe de Estado impediría el posible triunfo de la alternativa haitiana al modelo neoliberal.

¿Promover la democracia?

La historia oficial difundida por los grandes medios informativos da cuenta del golpe de Estado que derrocó al Gobierno de Aristide e impuso tres años de régimen militar (1991-1994) —bajo el mando del teniente general Raoul Cédras— y, sobre todo, de los esfuerzos de la comunidad internacional para restablecer la democracia en Haití que culminaron con la invasión estadounidense del país caribeño. Tras el golpe de septiembre de 1991, James Baker, el secretario de Estado del Gobierno estadounidense, declaraba que la junta encabezada por Cédras “será tratada como un paria, sin amigos, sin apoyo y sin futuro”,¹⁶ y tanto la Organización de Estados Americanos (OEA) como la ONU condenaban al régimen *de facto* y recomendaban la imposición de sanciones comerciales contra Haití. Sin embargo, mientras que, por una parte, el Gobierno de Bush se comprometía públicamente con la restauración de la democracia haitiana, por otra, adoptaba algunas medidas que hacían viable la dictadura de Cédras: el embajador de EEUU pedía que el presidente democrático exiliado regresara en un plazo de seis meses y la sustitución de su primer ministro por uno nuevo. La Casa Blanca pronto se desentendería de las notorias violaciones que iba a sufrir el embargo económico impuesto al país caribeño.¹⁷

En julio de 1993, las negociaciones que debían poner fin al régimen golpista y restablecer la democracia condujeron a un acuerdo entre los representantes del régimen y las autoridades legítimas. Las partes haitianas, presionadas por Clinton, firmaron en Nueva York el Acuerdo de la Isla de los Gobernadores que, en lo

¹⁵ K. Ives, “The Unmaking of a President”, *Nacla Report on the Americas*, enero-febrero de 1994, p. 16.

¹⁶ United Nations. Department of Public Information, *The United States and the Situation in Haiti*, UN, Nueva York, 1995, pp. 1 y 2; Haitian Information Bureau, “Chronology. Events in Haiti, October 15, 1990-May 11, 1994”, *The Haiti Files. Decoding the Crisis*, ed. J. Ridgeway, pp. 209, 210 y 212.

¹⁷ Consejo de Seguridad de NU, *Resolución 841*, 16, 6, 1993. El texto del Acuerdo de la Isla de los Gobernadores se reproduce en Jean-Bertrand Aristide, *Dignidad*, Iepala Editorial, Madrid, 1995, pp. 200-202.

esencial, estipulaba el nombramiento de un nuevo primer ministro y la consiguiente suspensión de las sanciones económicas; una amnistía que perdonara a los militares sus crímenes; el retiro de Cédras y el regreso de Aristide el 30 de octubre de 1993.¹⁸ Sin embargo, el Acuerdo estaba destinado al fracaso porque contemplaba una coexistencia provisional del primer ministro legítimo con los dirigentes golpistas que permitiría a estos últimos socavar el proceso de transición a la democracia. El plazo de cuatro meses previsto para la transición era muy largo y no había mecanismos para garantizar el respeto a los derechos humanos durante esa etapa transicional. Como la amnistía prevista en el Acuerdo cubriría los delitos cometidos en el pasado y, en la práctica, los que se cometieran en los cuatro meses siguientes, fue aprovechada por los militares: en mayo hubo nueve asesinatos políticos y en junio cinco; en julio se cometieron 34 asesinatos; 33 en agosto; unos 60 en septiembre y alrededor de 80 en octubre.¹⁹

Esta violencia provocaría el fracaso del Acuerdo y un incidente ocurrido el 11 de octubre de 1993 precipitaría los acontecimientos. Ese día un buque de la Armada estadounidense debía desembarcar a 220 integrantes del personal de la ONU que contribuiría a crear las condiciones de seguridad indispensables para el regreso de Aristide. Pero, como más de cien partidarios armados del Frente Revolucionario para el Avance y el Progreso de Haití (FRAPH) se estaban manifestando contra la presencia extranjera en el muelle de la capital, el buque abandonó el puerto sin haber negociado la seguridad del desembarco y, a partir de ahí, se produciría la retirada de la presencia internacional en Haití y el restablecimiento de las sanciones.

La Embajada de EEUU y el Departamento de Estado describieron al FRAPH como una "organización paramilitar ilegítima"²⁰ y Vicki Huddleston, la segunda responsable de la misión diplomática estadounidense en Haití, declaró que "fue creado por los militares y la policía".²¹ El FRAPH fue un destacado responsable del terrorismo estatal durante el último año del régimen de Cédras. Pero lo que no encaja con los supuestos objetivos democratizadores de la política haitiana de la Casa Blanca es precisamente el hecho, reconocido por el secretario de Estado, Warren Christopher,²² de que Emmanuel Constant, el líder del FRAPH, era un agente pagado por la CIA. Washington apoyaba a quienes combatían los objetivos políticos que defendía en público y, concretamente, se sirvió de la manifestación

¹⁸ Human Rights Watch/Americas, National Coalition for Haitian Refugees, *Terror Prevails in Haiti. Human Rights Violations and Failed Diplomacy*, HRW/A, NCHR, Washington D. C., 1994, p. 6.

¹⁹ United States District Court Eastern District of New York, *Belance v. FRAPH: Plaintiff's Memo in Support of Motion for Default Judgement*, <http://diana.law.yale.edu/diana/db/2619 defj.html>, p. 10.

²⁰ CBS News Transcripts, *Nightmare in Haiti; Haiti Now Run by the Military and Death Squads While the US Looks On, Doing Nothing*, CBS, 1994, 17, 4, p. 4.

²¹ CBS News Transcripts, *Toto Constant; FRAPH Leader Toto Constant Worked With the CIA Against President Clinton's Orders When the US Military Was in Haiti*, CBS, 1995, 3, 12, p. 5.

²² Human Rights Watch/Americas, National Coalition for Haitian Refugees, *op.cit.*, p. 37.

La Casa Blanca había saboteado sus propias sanciones y eso no encajaba con el objetivo prioritario de Washington que era restablecer la democracia en Haití

del FRAPH contra la presencia del buque estadounidense para hacer fracasar el Acuerdo de la Isla de los Gobernadores. Incluso el enviado especial de los secretarios generales de la ONU y la OEA declararían que la manifestación fue utilizada como "excusa para la retirada".²³

Significado de las sanciones

Sin embargo, los medios de comunicación siguieron tan convencidos de que la Casa Blanca se proponía restaurar la democracia haitiana que llegaron a ocultar hechos que cuestionaban ese dogma de fe. Los periodistas no encontraron inconveniente alguno en informar sobre las continuas violaciones que sufrían los sucesivos embargos económicos adoptados contra Haití porque eran atribuidos a la ineficacia o a cualquier otra causa que no implicara mala fe. El propio subsecretario de Estado, Strobe Talbott, diría en junio de 1994 que "hasta ahora, a causa de la naturaleza negligente de la aplicación de las sanciones, una enorme porción de la clase dirigente haitiana no sólo podía vivir con el embargo sino que, perversamente, muchos se estaban beneficiando de él".²⁴ Si se descubría que Washington aceptaba deliberadamente las violaciones del embargo ya no podría afirmarse que deseaba que las sanciones provocaran la caída del régimen militar. Cuando empezó la invasión de Haití, la agencia de noticias *Associated Press* informó que el Ejecutivo de Bush había presionado a la agencia gubernamental estadounidense encargada de la aplicación de las sanciones para que no castigara a la compañía Texaco por haber violado 160 veces el embargo impuesto a la República caribeña.²⁵ Esta información mostraba que la Casa Blanca había saboteado sus propias sanciones y eso no encajaba con la afirmación de que el objetivo prioritario de Washington era restablecer la democracia en Haití. La información fue difundida por *Associated Press* y *Agence France Press* cuando la atención informativa internacional estaba centrada en la invasión de Haití, y fue completamente silenciada por los medios informativos porque no se ajustaba a su versión de los acontecimientos. Las sanciones sirvieron para fingir acatamiento a la legalidad internacional: primero fracasaba el embargo y, por tal motivo, después se invadía Haití y así se evitaba que las sanciones provocaran la huida de Cédras y un vacío de poder que pudieran ocupar los demócratas haitianos sin supervisión del cuerpo de marines.

Triunfa la estabilidad

La invasión permitió el retorno de un presidente legítimo cuyo margen de acción quedaba doblemente reducido, en primer lugar, a causa del desastre socioeconómico.

²³ *Time*, 1994, 27, 6.

²⁴ *Associated Press*, 1994, 19, 9; 20, 9; 29, 9; y 1, 10; *Agence France Press*, 1994, 20, 9; Alexander Cockburn, "Saving Haiti", *The Nation*, 1994, 10, 10.

²⁵ Inter-American Development Bank, *Emergency Economic Recovery Program. Haiti*, 1995, p. 3; Elizabeth D. Gibbons, *Sanctions in Haiti. Human Rights and Democracy Under Assault*, Praeger Publishers, Westport, 1999, p. 95.

mico legado por los tres años de dictadura —descenso de PIB en un 30%; aumento del 50% en la tasa de desempleo; duplicación de la desnutrición infantil, del número de niños abandonados en la calle y crecimiento de la tasa de mortalidad materna en un 29%—. ²⁶ Esta situación acrecentaría la dependencia de la financiación externa y de las exigencias económicas foráneas. En segundo lugar, el legado de las alrededor de cinco mil personas asesinadas por la represión militar²⁷ dejaría al movimiento democrático relativamente desvertebrado y atemorizado. De este modo, mientras que Cédras había frustrado la experiencia democrática de 1991 e impedido que pudiera reproducirse en un futuro cercano, la Casa Blanca se encontraba ahora con el Gobierno de Aristide reducido a la impotencia y, simultáneamente, se apuntaba un tanto propagandístico como promotora internacional de la democracia.

Mientras que, por una parte, las cinco familias de Kernisan y la reducida élite haitiana eran las beneficiarias de la democracia repuesta por Washington, por otra, Aristide percibía la necesidad de “democratizar la democracia”.²⁸ Un informe de la misión militar de la ONU en Haití, fechado en septiembre de 1995, afirmaba que “la política de reconciliación de Aristide ha animado a la élite económica” a “hacer tratos con el Gobierno” haitiano legítimo y, “como resultado, el interés de la élite económica en la estabilidad y los beneficios continuos está siendo satisfecho”. Al mismo tiempo, se advertía que la creciente presión ejercida por la ciudadanía para que se aplicaran “políticas económicas populistas” podría trastornar “el pacífico equilibrio (...) logrado hasta la fecha”.²⁹ Las políticas que beneficiaban a la élite proporcionaban la deseada estabilidad; las que beneficiaban a la inmensa mayoría pobre ocasionaban la indeseada inestabilidad que podía hacer peligrar una situación en la que el 4% de la ciudadanía acaparaba el 64% de la riqueza nacional.³⁰ La estabilidad significaba que el país debía mantener la competitividad de su fuerza laboral, de modo que, para 1995, según el FMI, los salarios haitianos se habían reducido al 27,6% de su valor de 1981.³¹ Un año antes, con el salario mínimo en torno a un dólar diario, Brian Atwood, director de USAID, declaraba que “no creo que esta economía esté lista para considerar”³² una subida del salario mínimo. Por último, si en las elecciones presidenciales de 1990 había participado el 80% de los electores, en las de 1995 la participación se redujo al 28% del

²⁶ Organization of American States. Inter-American Commission on Human Rights, *Report on the Situation of Human Rights in Haiti*, OAS, Washington D. C., 1995, p. 34.

²⁷ Jean-Bertrand Aristide, “La democracia empobrecida”, *El Mundo*, 15, 10, 1996.

²⁸ Laurie Richardson, “Disarmament Derailed”, *NACLA Report on the Americas*, mayo-junio de 1996, p. 14.

²⁹ *El País*, 5, 12, 1999.

³⁰ Economist Intelligence Unit, *op.cit.*, p. 50.

³¹ *Haiti Info*, 1994, 22, 10.

³² Pamela Constable, “A Fresh Start for Haiti?”, *Current History*, febrero de 1996, pp. 68-9; *NACLA Report on the Americas*, enero-febrero de 2001, pp. 1, 2 y 6; *Informe Latinoamericano*, Londres, 17, 10, 2000 y 5, 12, 2000.

electorado. Si en esas dos convocatorias hubo observadores internacionales que garantizaron la limpieza de los comicios, ya no ocurriría lo mismo con las elecciones presidenciales de 2000, que estuvieron acompañadas de acusaciones de fraude y de discrepancias sobre el nivel de participación que oscilaba entre menos del 20% y el 60%.³³ Al concluir los dos decenios finales del siglo XX, parecía estar claro que en Haití se había sacrificado el proceso de transición democrática a la imposición de políticas económicas neoliberales. El término democracia ha quedado como una etiqueta legitimadora del papel jugado por la comunidad internacional en ese país.

MÓNICA TINEO

El futuro de los croatas en Bosnia-Herzegovina

La creación de un frente secesionista por parte de los croatas de Bosnia-Herzegovina (B-H), el pasado 3 de marzo de 2001, amenaza con desestabilizar el frágil proceso de reconstrucción de esta zona balcánica. Mientras la comunidad internacional se esfuerza en conseguir una situación política y económica más o menos estable en el país promoviendo la reconciliación entre los diferentes grupos étnicos, los bosnio-croatas piden una autonomía separada de la Federación croato-musulmana que garantice la igualdad constitucional para los croatas. Ante esta situación, el alto representante Wolfgang Petritsch destituyó a Ante Jelavic, líder de la revuelta secesionista al frente del partido HDZ (Unión Demócrata Croata) de B-H, como miembro de la presidencia de B-H. La reacción croata no se hizo esperar. Tanto el Gobierno de B-H como el de Croacia han condenado estos hechos y han pedido a los bosnio-croatas que respeten las leyes y las instituciones existentes en el país.

El HDZ/B-H ha cumplido sus amenazas y a principios de marzo de 2001 proclamó la creación de la llamada tercera entidad, formada únicamente por croatas, por considerar que los derechos de los croatas en B-H no están protegidos ni garantizados. Todo empezó con la celebración de las pasadas elecciones generales en noviembre de 2000. Los croatas nacionalistas no estaban de acuerdo con la modificación, llevada a cabo un mes antes, de las normas de la Comisión Electoral Provisional (PEC) que regulan la selección de los diputados a la Casa de los Pueblos del Parlamento de la Federación. En esta institución, los croatas disponen de 30 asientos (otros 30 para los bosniacos y 20 más para los demás grupos) y al modificarse las normas del PEC nadie puso en duda el derecho de los croatas a disponer de los mismos. Sin embargo, los croatas del HDZ/B-H consideraron que la

Mónica Tineo es abogada, master de Ayuda Humanitaria por la Universidad de Deusto, voluntaria de Naciones Unidas en Bosnia

modificación atentaba directamente contra sus intereses y decidieron boicotear la formación de la institución no nombrando a sus candidatos. De los resultados electorales de noviembre se deduce que el HDZ/B-H hubiera podido tener mayoría entre los asientos croatas (de 16 a 17) y vetar cualquier norma que perjudicase sus intereses, utilizando los mecanismos legales previstos en la Constitución. Además, dichas elecciones fueron las últimas organizadas por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) pues las previstas para 2002 estarán reguladas por una nueva ley electoral pendiente de aprobación; ley en cuya elaboración hubiese podido participar el HDZ/B-H si sus miembros hubiesen ocupado los asientos correspondientes en la Casa de los Pueblos de la Federación. Algunas de las instituciones de la Federación serán diferentes en el 2002 ya que la Corte Constitucional de B-H ha establecido que los tres pueblos constituyentes de B-H son también constituyentes en ambas entidades —la Federación croato-musulmana y la República Srpska—.

Los representantes de la comunidad internacional no están de acuerdo con el motivo alegado por los croatas nacionalistas para boicotear la formación de las diferentes instituciones estatales y de la Federación. El argumento de la perjudicial modificación de las normas de la PEC es, según muchos, una mera excusa a la que se han aferrado los miembros más radicales del HDZ/B-H para llevar a cabo su política independentista. Los líderes que han encabezado este movimiento temen perder los privilegios que han conseguido hasta ahora y para conservarlos han hecho creer a la población croata de B-H que sus intereses estaban en peligro con los cambios electorales. La situación de los croatas de B-H no difiere de la de los demás ciudadanos y naciones del país;¹ toda la población bosnia tiene, en estos momentos, los mismos temores que van desde el derecho de retorno a sus hogares hasta el derecho al trabajo y a la seguridad social.

Auto proclamación de independencia croata

El pasado 3 de marzo, en Mostar, Ante Jelavic inició una medida anticonstitucional al establecer la Asamblea Nacional Croata (HNS) en la que los participantes crearon estructuras paralelas inconstitucionales e ilegales. Esta acción es contraria al Acuerdo de Paz de Dayton, firmado en 1995 para poner fin a la guerra en B-H. La creación de esta tercera entidad, con las consiguientes instituciones paralelas a las ya existentes en el Gobierno de la Federación, ha sido enérgicamente condenada por la comunidad internacional presente en B-H ya que lo único que se conseguirá a través de ella es el aislamiento y el empobrecimiento de los croatas de B-H. Además, excluye a los bosnio-croatas que viven fuera de Herzegovina y aquellos que quieren regresar o que ya viven en la República Srpska. Esta autonomía, defendida por los croatas nacionalistas, no mejorará las condiciones de vida de la población. Asimismo, esta proclamación de independencia está basada en la intimidación de los croatas que se oponen a ella.

¹ Croat helsinki Board/Helsinki Committee for Human Rights in BiH, "Croatia Helsinki Committee Report on Croats in BiH", 12 de abril de 2001.

Ante esta proclamación de independencia, el alto representante, Wolfgang Petritsch, destituyó a Ante Jelavic el 7 de marzo como miembro de la presidencia colegiada de B-H, prohibiéndole tener ningún cargo oficial o electo con lo que ya no es el presidente del HDZ/B-H. El Sr. Jelavic forzó a su partido a retirarse de las instituciones políticas. Además, el Alto Representante también destituyó a Ivo Andric-Luzanski como delegado en la Casa de los Representantes de B-H y prohibió a Zdravko Batinic y a Marko Tokic su participación en futuras elecciones así como ostentar cargos públicos en algún partido político. Andric-Luzanski, Batinic y Tokic han dejado de ser, desde entonces, vicepresidentes del HDZ/B-H. Estas destituciones son, de momento, el único castigo que la comunidad internacional va a imponer a los croatas nacionalistas pues el Alto Representante ha subrayado en diversas ocasiones que no habrá sanciones económicas o de otra índole sobre los croatas de B-H.

Según palabras de Wolfgang Petritsch, la destitución de Jelavic y sus compañeros del HDZ/B-H era absolutamente necesaria pues con su conducta estaban poniendo en peligro la paz y la estabilidad en la región.² El establecimiento del respeto a la ley en B-H ha sido un elemento clave para conseguir el retorno de un gran número de refugiados a la zona desde el fin de la guerra.

División en el ejército

A finales de marzo de 2001 se produjo otro hecho relevante en relación con la creación de la tercera entidad de B-H: el componente croata del ejército de la Federación decidió abandonar sus filas y no reconocer el mando conjunto del ejército ni al Ministerio de Defensa bosnio. Más de 20 oficiales croatas renunciaron a sus puestos y unos 8.000 soldados croatas abandonaron las barracas del ejército de la Federación alegando que querían permanecer leales al pueblo croata. Además la HNS les prometió que les darían 500 KM (marcos convertibles, aprox. 42.000 ptas.) a cada uno, cosa que en la práctica nunca sucedió. Los representantes de la comunidad internacional no tardaron en condenar este hecho diciendo que una fuerza armada bosnio-croata fuera de la estructura de la Federación no está permitida bajo las previsiones del Acuerdo de Paz de Dayton. A pesar de que durante una conferencia de prensa el ministro de Defensa de la Federación, Mijo Anic, y el comandante del ejército federal, Ivo Lozancic, declararon que bajo ningún concepto tolerarían los intentos de establecer una fuerza paralela a la de la Federación, a día de hoy los soldados croatas todavía no se han reincorporado a sus funciones habituales en el ejército federal aunque recientemente se ha llegado a un acuerdo entre las diferentes partes implicadas para proceder, en un plazo de veinte días desde su entrada en vigor, al regreso de los soldados a sus filas con el compromiso de respetar al nuevo Gobierno. Tanto el ministro de Defensa como los comandantes del componente croata consideran que el convenio es una solución justa que permitirá la salida de la crisis.

² Wolfgang Petritsch, "Why Jelavic had to go: The Croat member of Bosnia's three way presidency was a threat to peace and stability in the region.", *Financial Times*, 8 de marzo de 2001.

*Una fuerza
armada
bosnio-croata
fuera de la
estructura de
la Federación
no está
permitida
bajo las
previsiones
del Acuerdo
de Paz de
Dayton*

Para evitar que los hechos ocurridos en el ejército de la Federación se propagasen a otras instituciones, la Misión de Naciones Unidas en B-H (UNMiBH) y la Policía Internacional (IPTF) dieron instrucciones a las máximas autoridades policiales de qué hacer en caso de que se encontraran ante agentes deseosos de declarar su lealtad únicamente al componente croata de la policía federal. A pesar de las advertencias, UNMiBH expulsó a un grupo de oficiales croatas de la policía de Mostar al afirmar éstos que no reconocían a las autoridades bosnias de la Federación.³ Sin embargo, UNMiBH considera que la mayoría de estos oficiales de policía actuaron bajo las presiones del HDZ/B-H, pues es este partido político el que controla los salarios de los empleados públicos. Stefo Lehmann, portavoz de UNMiBH en Mostar, recalcó la importancia de separar a la policía de la política para garantizar la independencia y el buen funcionamiento de la institución policial.

Implicación del Herzegovacka Banka

La principal ofensiva de la comunidad internacional contra los miembros más radicales del HDZ/B-H se produjo el 6 de abril de 2001, cuando diferentes representantes de la Oficina del Alto Representante (OHR), acompañados por integrantes de las Tropas Internacionales de Estabilización (SFOR) y algunos miembros de la Policía Internacional (IPTF) y de la policía de la Federación, hicieron una redada en la sede central del Herzegovacka Banka, en Mostar, pues disponían de información sobre actividades sospechosas llevadas a cabo por el HDZ/B-H a través del dinero de que disponían en las cuentas del banco. Al proceder la comunidad internacional al registro del banco, decenas de nacionalistas radicales bosnio-croatas asaltaron la oficina y agredieron a los trabajadores internacionales. A ello siguieron violentos incidentes por toda la ciudad, algunos manifestantes cortaron varias calles en Mostar y otros se concentraron ante el hotel en el que la mayoría de organizaciones internacionales tiene su sede. Los disturbios también se produjeron en otras ciudades cuyas sucursales del Herzegovacka Banka también fueron objeto de redada (Grude, Siroke Brije, Medjugorje, Vitez y Tomislavgrad) con lo que muchos han considerado que estaban perfectamente organizados y coordinados. Estos altercados han sido condenados no sólo por la comunidad internacional (como el Representante Especial de Naciones Unidas o el embajador de EEUU en B-H) sino también por las autoridades de Croacia.

A través de este registro, la OHR ha establecido una administración provisional del Herzegovacka Banka para controlar el banco y las cuentas de los accionistas pues se tenían sospechas fundadas de que el HDZ/B-H disponía de cuentas de procedencia dudosa. Las fuerzas de la comunidad internacional confiscaron todo el material informático, cajas de seguridad y archivos del banco y lo entregaron para su posterior análisis por instituciones financieras internacionales. Se cree que algunas de las cuentas del banco contenían unos 54 millones KM (4500 millones de ptas.) provenientes del presupuesto estatal croata de ayuda a los croatas de B-H —que jamás se invirtió en mejorar las condiciones de vida de los destina-

³ RFE/RL NEWSLINE, 4 de abril de 2001, Vol. 5, Nº 66, parte II.

tarios—, así como de actividades ilícitas como el contrabando de cigarrillos, petróleo, armas e incluso drogas; dinero con el que se piensa se financiaban las estructuras paralelas inconstitucionales en B-H. La reacción del HDZ/B-H, además de los disturbios inmediatos al registro, fue muy dura pues definieron la acción como un “intento de robo armado a plena luz del día” según Marko Tokic, presidente de la tercera entidad. El portavoz del banco también calificó de ilegal e ilegítimo el establecimiento de una administración provisional del banco alegando que éste es una institución privada y no pública. Igualmente señaló que la dirección del banco había invitado anteriormente a OHR y a otras organizaciones internacionales a auditar abiertamente sus cuentas.

La administradora provisional del Herzegovacka Banka, Tony Robinson, solicitó a una docena de países extranjeros que congelasen las cuentas del banco para prevenir un flujo descontrolado del dinero de la entidad bancaria. Asimismo, pidió a los directivos del banco su cooperación para llevar a cabo la auditoría lo antes posible, permitiéndole un acceso libre a los archivos bancarios, y para que los accionistas vuelvan a disponer de su dinero. Bajo la decisión del Alto Representante, y de acuerdo con las leyes bancarias de la Federación, Robinson tiene plena autoridad sobre el banco y es la única que puede “descongelar” las cuentas una vez comprobados los activos y las obligaciones del mismo. Sin embargo, la actitud del cuerpo directivo ha sido en todo momento de absoluto rechazo. Ni siquiera ha querido reunirse con la administradora provisional alegando que no hay nada que discutir con ella. Todo ello va en detrimento de los intereses de los ciudadanos con cuentas en el banco pues mientras estén congeladas no podrán disponer de su dinero. Como el material incautado es muy numeroso y el proceso está siendo bastante largo —a día de hoy todas las sucursales del Herzegovacka Banka permanecen cerradas—, la Sra. Robinson ha recomendado a todas las instituciones públicas y demás organismos con cuentas en el Herzegovacka Banka que abran nuevas con otros bancos comerciales para cumplir con sus obligaciones respecto de los ciudadanos de asegurar la recaudación de impuestos y los consiguientes pagos de salarios y pensiones.

Reacción en la zona

Ante estos hechos, la postura de los demás grupos étnicos del país —musulmanes y serbios—, así como la de los bosnio-croatas no radicales y la de los croatas de Croacia, ha sido siempre la misma: condena de los intentos de independencia de los bosnio-croatas y apoyo a las instituciones de la Federación. Un ejemplo son los hermanos Ivankovic, oficiales croatas moderados que advirtieron al HDZ/B-H de que su política y las decisiones de la HNS iban a perjudicar al pueblo croata de B-H y podían bloquear el desarrollo económico del país. En cambio, los representantes católicos de B-H han apoyado la idea de crear una tercera entidad para defender y proteger los intereses de los croatas de B-H.

El presidente de Croacia, Stjepan Mesic, tras los disturbios que siguieron a la redada del Herzegovacka Banka dijo que la población no debería haber reaccionado a la acción de OHR y SFOR. Si las autoridades del banco hubiesen colaborado con la comunidad internacional ésta no hubiese tenido que recurrir al uso de la

La actitud del Gobierno de Croacia ha sido en todo momento de consideración a las instituciones políticas bosnias

fuerza. Mesic también resaltó que los asuntos de B-H deben afrontarse abiertamente, mediante el diálogo y a través de las instituciones legalmente establecidas. Tanto las autoridades de la Federación como las croatas han resaltado que la decisión del Alto Representante no estaba dirigida contra el pueblo croata sino contra aquellos que intentaron abusar de su influencia política para intereses personales.

Los tres miembros de la presidencia colegiada de B-H afirmaron en Sarajevo que la creación de una tercera entidad dentro del país constituía una seria amenaza a la estabilidad nacional, reconociendo que la situación actual es muy complicada aunque no imposible de resolver. La mayoría de partidos políticos de B-H — Partido Campesino Croata (HSS); Nueva Iniciativa Croata (NHI); Partido Democrático Social (SDP); Partido para la Acción Democrática (SDA)— han apoyado desde el principio las diferentes actuaciones del Alto Representante y de la comunidad internacional.

La actitud del Gobierno de Croacia ha sido en todo momento de consideración a las instituciones políticas bosnias. En los últimos años, Croacia ha respetado la independencia de Bosnia, afirmando que no iba a interferir en los procesos políticos internos de B-H. En diferentes ocasiones el ministro croata de Asuntos Exteriores ha manifestado su apoyo a las instituciones de la Federación, dentro de sus posibilidades, para asegurar una B-H estable y democrática. Aunque preocupados por los croatas del país vecino, Croacia tiene de por sí suficientes dificultades económicas como para asumir las de otro país,⁴ lo cual no quiere decir que, en la medida de lo posible, no vaya a apoyar a B-H, cuya democracia ayudará a garantizar la estabilidad y el desarrollo de los Balcanes.

La Conferencia de Obispos Católicos de B-H ha condenado las actuaciones de la comunidad internacional y ha llamado al diálogo con los representantes legales del pueblo croata en B-H, entre los que se encuentra el HDZ/B-H y la HNS. La Iglesia Católica tiene un papel fundamental en B-H. Los líderes religiosos son importantes para promover la reconciliación y una paz duradera.

En busca de una solución

Todos los miembros de la comunidad internacional presentes en B-H han declarado estar abiertos a negociar una salida pacífica, y lo menos traumática posible, al conflicto creado en el país a raíz de las ansias independentistas de los bosnio-croatas radicales. Las ofertas de diálogo han llegado, sobretodo y dado el mandato que tiene, por parte de la OHR. Sin embargo, el HDZ/B-H las ha rechazado constantemente alegando que mientras no se respeten los derechos de los croatas no había nada de que hablar. La diplomacia internacional lo sigue intentando, matizando que los únicos con los que no está dispuesta a tratar es con aquellos que han llevado a cabo actividades contrarias a lo pactado en Dayton. Esto deja fuera a personas como Ante Jelavic y Marko Tokic, a pesar de su capacidad de liderazgo.

⁴ Wolfgang Petritsch, "Jelavic and HDZ play on the card of fear and work against Croats", *Jutarnji List*, 12 de febrero de 2001.

La estabilidad política y económica en los Balcanes sólo puede conseguirse a través de la consolidación de la democracia en los diferentes países de la zona, que permitirá un lento pero constante crecimiento de su economía. Todos los países balcánicos miran ahora hacia el resto de Europa y aspiran a convertirse en miembros de la Unión Europea.

La postura de la comunidad internacional frente al intento independentista de los bosnio-croatas ha sido clara y firme a lo largo del conflicto, lo que dificulta la realización de los ideales defendidos por los nacionalistas radicales del HDZ/B-H. Jelavic y sus aliados son conscientes de los límites de su posición y de que la única salida posible a la situación actual es la negociación. Ésta va llegando lentamente y aunque los resultados positivos son todavía escasos, el HDZ/B-H y la HNS han empezado a hacer concesiones a las exigencias de la diplomacia internacional para recuperar la normalidad y trabajar en favor de los intereses, no sólo de los croatas de Bosnia, sino de todos sus ciudadanos.

JULIETA ESPÍN OCAMPO

La responsabilidad internacional con los refugiados palestinos

En diciembre de 2000, el saliente presidente Clinton presentaba a Yasser Arafat y Ehud Barak su plan de paz como último esfuerzo de su Gobierno para alcanzar un acuerdo definitivo palestino-israelí. La propuesta que, de manera general, abarcaba las cuestiones referentes al estatuto final —la creación de un Estado palestino en el 95% de Gaza y Cisjordania, la división de Jerusalén, la anexión israelí de los asentamientos judíos de los Territorios Ocupados, y el reconocimiento del derecho al “retorno” de los refugiados a la futura entidad palestina— fue finalmente rechazada por Arafat. El principal escollo resultó la negativa arrolladora de la comunidad de refugiados a aceptar los términos estadounidenses referentes a su futuro.

El llamado Plan Clinton suponía la renuncia de cuatro millones de refugiados palestinos a regresar a sus hogares dentro de lo que hoy es Israel, expulsados por la creación del Estado judío y, como consecuencia, su asimilación definitiva en los actuales países de acogida: Jordania, Líbano, Siria y los propios Territorios Ocupados. Su derecho al retorno, piedra angular de la lucha palestina, está estipulado en la resolución 194 (III) de la Asamblea General de Naciones Unidas, aprobada el 11 de diciembre de 1948, según la cual, a los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos se les debe permitir hacerlo en el plazo más corto posible. Dado que las negociaciones palestino-israelíes no han contemplado esta resolución como referencia para decidir el estatuto final para los refugiados, éstos se sienten excluidos del proceso de paz y reclaman la vuelta a sus hogares como derecho innegociable frente a Israel y a las propias autoridades palestinas.

Julieta Espín Ocampo es licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional Autónoma de México, y becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México en el Doctorado de Estudios Internacionales Mediterráneos de la Universidad Autónoma de Madrid

La crisis del OOPS

Otra preocupación creciente entre la población refugiada es la progresiva crisis económica del Organismo de Obras Públicas y Socorro de Naciones Unidas en Oriente Próximo (OOPS), entidad que desde 1949 ha sido su principal proveedora de educación básica, salud y servicios sociales. Aunque fue creada sin un fin político, pronto se convirtió para los propios refugiados, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y los Estados árabes que les acogieron, en la encarnación del reconocimiento y preocupación internacional de la situación de los palestinos exiliados. Actualmente, el OOPS asiste a aproximadamente 3,7 millones de palestinos,¹ distribuidos en 59 campos de refugiados a través de Gaza, Cisjordania, Jordania, Líbano y Siria, y emplea a poco más de 21.000 personas, en su mayoría también refugiados.

Para asegurar la supervivencia de los refugiados sin menoscabo de su derecho al retorno,² el OOPS se ha mantenido durante cinco décadas mediante aportaciones voluntarias anuales de los miembros de Naciones Unidas. Sin embargo, iniciado el proceso de paz en 1991, la comunidad internacional, principalmente EEUU —mayor donante del organismo— y sus aliados occidentales, han presionado para debilitar al OOPS con vistas a su futura desaparición, a través de una reducción de los fondos destinados a los servicios tradicionales de sanidad, educación y socorro. Asimismo, estos Estados han incrementado sus contribuciones a las inversiones especiales abocadas a la creación de una infraestructura en los Territorios Ocupados que permita el traspaso de todas las competencias del OOPS a la Autoridad Nacional Palestina (ANP) en el menor plazo posible.

Entre 1991 y 1998, la población de refugiados a cargo del OOPS creció un 33%, mientras que los fondos otorgados por los donantes internacionales declinaron alrededor del 1,5%, pese a la demanda del organismo de adicionar anualmente un 5% al presupuesto para compensar tal crecimiento demográfico. Para mantener sus servicios, el OOPS ha debido recurrir a sus reservas y aplicar medidas de austeridad que han socavado gradualmente la calidad de sus servicios, entre ellas: la congelación de salarios y de nuevos puestos de trabajo (suspendiendo la contratación de nuevos profesores), la eliminación de algunas plazas tanto locales como internacionales, la imposición de recortes en los servicios de hospitalización, de distribución gratuita de medicamentos y en la compra de suministros médicos y alimentos, vehículos y equipos; asimismo, ha reducido la ayuda económica a las familias con especial necesidad. Los resultados son escuelas atestadas de alumnos, clínicas y centros de salud insuficientes y en condiciones deplorables, y la disminución de la ayuda a quienes más lo necesitan. En materia educativa, por ejem-

¹ El primer registro que tiene el organismo, correspondiente a 1950, constaba de un total de 914.221 personas inscritas como refugiados distribuidos en Gaza, la Ribera Occidental, Jordania, Líbano y Siria. Se sumaban además 45.800 personas, mayoritariamente judíos, que recibían socorro en Israel y que estuvieron a cargo del OOPS hasta junio de 1952.

² Así lo establece la resolución 302 (IV) de la Asamblea General, del 8 de diciembre de 1949, que dictaba la creación del OOPS.

plo, entre 1999 y 2000 el índice de ocupación por aula fue de 44 alumnos. Además, de las 640 escuelas a su cargo, el 72% tenían doble turno de clases. En cuanto a los servicios sanitarios, en las clínicas del organismo se realizaban un promedio de 101 consultas diarias por médico. Respecto a los servicios sociales y de socorro ofrecidos por el OOPS, la limitación y retraso de las aportaciones económicas ha provocado demoras e interrupciones en la ayuda directa —en efectivo y alimento— a las personas en situación económica especialmente difícil.

A finales de 1996, el organismo se consideraba en “quiebra técnica” y, desde entonces, se ha visto obligado a realizar campañas extraordinarias de recaudación de donaciones para finalizar el año sin interrumpir sus servicios por insolvencia. En 1997, el Comisionado General del OOPS, Peter Hansen, hacía un llamamiento para revertir el creciente deterioro de sus servicios, dado que la crisis crónica afectaba seriamente los programas de asistencia y sus repercusiones “podrían ser catastróficas”. Si bien en 1999 se había logrado levantar la mayor parte de las medidas de austeridad y de reducción de gastos impuestas en 1997, la situación del organismo no ha dejado de ser muy precaria. De 1993 a 1999, se calculaba que sus servicios se habían reducido en un 35%³ y, en diversas ocasiones, la organización ha podido continuar ofreciendo sus servicios sólo después de recibir fondos y promesas de aportaciones adicionales de los donantes.

El Programa de Aplicación de la Paz

Mientras el presupuesto regular disminuía estrepitosamente, el OOPS recibía fondos especiales para la creación de infraestructuras en Gaza y Cisjordania con vistas a la futura transferencia de sus competencias a la emergente ANP. Así, el 6 de octubre de 1993, apenas unos días después de la firma de la Declaración de Principios entre la OLP e Israel, el OOPS lanzó el Programa de Aplicación de la Paz (PAP), como su propia aportación al proceso recién iniciado, elaborado bajo la supervisión de la OLP y los principales donantes. En adición a su presupuesto regular, el organismo lanzaba diversos proyectos a dos años dentro del PAP dirigidos principalmente a los Territorios Ocupados, que suponían un coste adicional a su presupuesto de 175 millones de dólares (aproximadamente 100 millones destinados a los Territorios y 75 millones para proyectos en Líbano, Siria y Jordania).

El Comisionado General del OOPS definía los objetivos del PAP como: primero, mejorar la infraestructura básica física y de servicios sociales, especialmente en esos sectores donde se espera que los palestinos asuman la autoridad en un futuro; segundo, generar puestos de trabajo necesarios de manera urgente; tercero, apoyar el proceso de paz a través del mejoramiento de las condiciones de vida, sociales y económicas de los palestinos.⁴

A diferencia de las menguantes aportaciones al presupuesto regular, el PAP obtuvo, en un principio, una enorme respuesta por parte de los países donantes

*Desde 1996 el
OOPS se ha
visto obligado a
realizar
campañas
extraordinarias
de recaudación
de donaciones
para finalizar el
año sin
interrumpir sus
servicios por
insolvencia*

³ Ahmad Abu-Shalal, “UNRWA... Where to?”, *Return Review*, junio de 1999, Vol. 3, N° 9.

⁴ OOPS, “UNRWA: Supporting the peace”, *Palestine Refugees today. UNRWA Newsletter*, Viena, enero de 1994, N° 135, pp.3-4.

que lo consideraron una herramienta para finiquitar el problema de los refugiados en el marco del proceso de paz. Para junio de 1994, el OOPS contaba ya con 85 millones de dólares para Gaza y Cisjordania, más otros 10 millones adicionales para proyectos en Jordania, Líbano y Siria destinados, entre otras previsiones, a la construcción, reforma y equipamiento de escuelas, clínicas, centros de atención a la mujer e instalaciones deportivas; la construcción de sistemas de canalización de aguas residuales, drenaje y recolección de basura; reparación y construcción (en Líbano) de viviendas, así como a un programa de generación de ingresos que incluía préstamos a pequeñas y medianas empresas. Prácticamente las donaciones no superaron estas cantidades en los meses siguientes, y muchos de los programas proyectados no pudieron seguir adelante sin que los fondos fueran asegurados.

En septiembre de 1994, el organismo lanzó la segunda fase del programa, conocida como PAP II, que asumía los proyectos inconclusos del PAP I —en materia de reconstrucción de viviendas, apenas se habían reparado unas mil de las más de dos mil que estaban programadas— y sumaba otros tantos por un valor de 250 millones de dólares. Medio año más tarde, los proyectos ascendían a 311 millones de dólares, que incluían proyectos del PAP I sin financiar por 78 millones de dólares.

A mediados de 1997, se habían subvencionado 310 proyectos. Sin embargo, ante la marcada disminución de las aportaciones y promesas de contribuciones, el OOPS decidió concentrar sus esfuerzos en la terminación de los proyectos que ya contaran con financiación y en la recaudación de fondos, dando por finalizada la etapa de creación masiva de nuevos trabajos. Para junio de 2000, el organismo había recibido un total de 238,1 millones de dólares en contribuciones y capital comprometido, dirigidos a 435 proyectos del PAP, la mayoría destinados a mejorar la infraestructura del OOPS, o a actividades especiales dentro de sus programas regulares en Gaza y Cisjordania. La disminución de la confianza y optimismo iniciales que inspiró el proceso de paz en los Estados donantes también afectó el apoyo a la apuesta del OOPS por la paz.

Limitaciones del PAP

Pese a los logros que el programa puede haber obtenido en sus siete años de existencia, su aplicación también ha presentado limitaciones que van más allá de la obtención de capital. Una de las principales críticas que ha recibido el organismo respecto al PAP es que está claramente destinado a los Territorios Ocupados. Dado que aproximadamente el 80% de los recursos del programa están dirigidos a proyectos en Gaza y Cisjordania, el 60% de la totalidad de los refugiados apenas obtienen beneficios de los nuevos proyectos, es decir, aquellos que se encuentran en Jordania, Siria y Líbano —en este último los refugiados que viven por debajo del nivel de la pobreza pasó del 60% en 1992 al 80% en 1996—.

En el ámbito político regional, la estrategia de las autoridades palestinas de supeditar todos los problemas, incluida la cuestión de los refugiados, a la construcción de un Estado palestino en Gaza y Cisjordania, y la decisión del OOPS de transferir paulatinamente sus operaciones a la ANP, trajeron consigo el endu-

recimiento de las políticas hacia los refugiados en los países árabes de acogida, que ven en esas acciones el primer paso al establecimiento definitivo de los palestinos en sus territorios. Tanto en Siria como en Líbano se restringió la libertad de tránsito para los palestinos. Además, Líbano se ha negado en repetidas ocasiones a permitir la ampliación e incluso reparación de la infraestructura del OOPS y de los campos de refugiados; Jordania ha suspendido la reforma de sus leyes electorales (que pudieran facilitar mayor acceso al poder de los palestinos en su territorio) hasta que la cuestión de los refugiados se resuelva de forma regional.⁵

Otra limitación administrativa que ha despertado críticas hacia el PAP es que sus fondos no pueden utilizarse para compensar los déficit del presupuesto ordinario por estar destinados a proyectos concretos, mientras los servicios tradicionales del organismo merman en calidad y número en todas las zonas de operación. De ello resulta que, a la vez que se construyen nuevas infraestructuras como escuelas y hospitales, las medidas de austeridad por el recorte del presupuesto ordinario provocan que los palestinos no reciban los servicios básicos como antes.

Reacción de los refugiados

Dadas estas circunstancias, los refugiados, sobre todo los que viven fuera de los Territorios Ocupados, no consideran que los proyectos realizados en el marco del PAP compensen el recorte en los servicios básicos ofrecidos por el organismo. Gran parte de este colectivo está convencido de que la reducción en el presupuesto y los servicios del OOPS es una política deliberada de Naciones Unidas, y en mayor medida de EEUU, para presionarlos a negociar desfavorablemente ante Tel Aviv.

Ante la posibilidad de quedar excluidos de los dividendos de la paz, refugiados de todas las áreas de operación del Organismo han optado por la autodefensa de sus derechos, plasmada en un movimiento popular que emergió como una herramienta de presión hacia la ANP/OLP y la comunidad internacional. En 1995, la Unión de Centros de Actividades Juveniles de la Ribera Occidental organizó la Conferencia Al-Farah de refugiados. Los participantes hicieron un llamado al resto de los palestinos dispersos, para que se organizaran y realizaran conferencias regionales y plantearan a las autoridades palestinas sus temores y recelos frente al proceso de paz, demandando la aplicación de la resolución 194 (III) de la Asamblea General en las negociaciones sobre el estatuto final de los refugiados.

Como respuesta a ese llamado, el 13 de septiembre de 1996 se celebró la Primera Conferencia Popular de Refugiados en el campo de Deheishe, en Belén. Dicha reunión tenía como objetivo presionar a las autoridades palestinas, Israel y la comunidad internacional para que tomaran en cuenta en las negociaciones de paz los derechos y demandas del colectivo de refugiados dentro y fuera de Gaza y Cisjordania. Entre otros planteamientos, se pedía a la ANP que reorien-

⁵ Zureik, Elia, *Palestinian Refugees and the Peace Process*, Institute for Palestinian Studies, Washington, 1996, p. 62.

*Las protestas
contra la
disminución
de los
servicios de
la OOPS van
más allá del
plano
intelectual*

tara su postura ante Israel, recuperando la resolución 194 como hilo conductor en las negociaciones. Condenaban cualquier intento por liquidar al OOPS y exigían que éste fuera un instrumento para la aplicación de las decisiones de la Asamblea General, tales como la resolución 194, al igual que demandaban a la ANP su rechazo a apoyar cualquier intento por transformar al OOPS en una agencia de desarrollo o financiación “en concordancia a la política estadounidense”.⁶ Exigían a las autoridades palestinas rechazar el traspaso de las obligaciones del OOPS a la ANP y a oponerse al finiquito legal del organismo, hechos encaminados a la dispersión definitiva del pueblo palestino. A partir de Deheishe,⁷ se han realizado diversas conferencias similares en la zona y otras iniciativas populares afines, como la Campaña por la Defensa de los Derechos de los Refugiados, iniciada en 1997 con carácter permanente y organizada por la Unión de Centros de Actividades Juveniles de la Ribera Occidental, el Centro de Información Alternativa BADIL y el Centro de Estudios sobre Refugiados de la Universidad Al-Quds.

Pero las protestas contra la disminución de sus servicios van más allá del plano intelectual. En agosto de 1997, estudiantes refugiados de Gaza y Cisjordania realizaron una huelga de nueve días en las 167 escuelas del organismo, mientras otros se manifestaban frente a las oficinas del OOPS de varios campos de refugiados cisjordanos. Las protestas adquirieron tintes violentos, agrediendo con piedras edificios y transportes del OOPS. En septiembre, una veintena de refugiados inició una huelga de hambre en Líbano mientras otros 3.000 más, principalmente mujeres y niños, organizaron sentadas frente a la sede del organismo en Beirut y diversas manifestaciones públicas. En Jordania también se organizaron protestas con el fin de presionar a los países donantes para aportar mayores fondos. Al año siguiente las huelgas y marchas de condena se multiplicaron, culminando el 15 de septiembre, cuando aproximadamente 20.000 empleados del OOPS, todos refugiados, sostuvieron un paro laboral de un día para apoyar sus demandas de incremento salarial. Estas protestas se mantienen y suelen multiplicarse en fechas cercanas a reuniones de los Estados donantes. En el informe correspondiente al 2000, el OOPS subrayaba la inquietud de los palestinos por su estatuto futuro, y que muchos sospechaban que las permanentes dificultades financieras del organismo tenían motivaciones políticas que indicaban la disminución del compromiso internacional con la cuestión de los refugiados.

⁶ BADIL, “Recommendations and Decisions Issued by the First Popular Refugee Conference in Deheishe Refugee Camp/Bethlehem”, *Article 74*, Revista del BADIL Alternative Resource Center, Belén, octubre de 1996, Nº 17.

⁷ Esta primera conferencia contó con representantes de la ANP. Como en otras ocasiones, los dirigentes palestinos retomaron las banderas y voces populares de protesta, aunque su postura no dejara de ser ambigua. Si, por un lado, la ANP ha supeeditado cualquier tema del estatuto final a la construcción del Estado palestino en los Territorios Ocupados, ha excluido la resolución 194 en sus negociaciones con Israel y ha aceptado el traspaso de competencias e infraestructura del OOPS a las autoridades palestinas; por el otro lado, intenta participar en todas las manifestaciones populares en contra de estas acciones.

Una necesidad amenazada

Vistas las primeras consecuencias y reacciones a los recortes en los servicios del OOPS, resulta clara la necesidad de que éste permanezca como salvaguarda del derecho al retorno de los refugiados. Sin la ayuda material y el apoyo internacional que el OOPS encarna, los palestinos enfrentarían las negociaciones con Israel desde una posición de mayor vulnerabilidad. Los temores iniciales de una disolución formal del organismo son reemplazados por la alarma ante un desmantelamiento paulatino, producido por la disminución del presupuesto regular y por ende, de los servicios de salud, educación y servicios sociales y de socorro a los refugiados. La reducción de su presupuesto le obligaría a transferir formal o informalmente sus obligaciones con los refugiados tanto a las emergentes autoridades palestinas como a los Gobiernos de acogida. Esto provocaría el debilitamiento por fragmentación de la propia comunidad refugiada y, a la larga, su estatuto se resolvería, como ha buscado Tel Aviv, con su integración en los países de acogida. Ante esta perspectiva, las manifestaciones de los refugiados contra los recortes de los servicios del OOPS se desarrollan con tanta fuerza como aquellas a favor del derecho al retorno.

Sin embargo, aún si no puede descartarse que el déficit financiero del OOPS es deliberadamente utilizado con fines políticos, factores adicionales determinan la merma de los recursos. A la supeditación a los intereses de quienes aportan el capital —EEUU y el resto de Occidente—, se unen otros elementos que han influido en las constantes crisis del organismo a lo largo de su historia, tales como crisis o procesos inflacionarios mundiales. Asimismo, el crecimiento demográfico de los refugiados ha supuesto mayores capitales para mantener el nivel de servicios del organismo, dado que desde el inicio de sus operaciones ha visto cuadruplicarse el número de sus clientes. Los palestinos deben competir por los fondos internacionales de ayuda con otras regiones del mundo que padecen situaciones de emergencia y que generan otros colectivos de refugiados. La convergencia de todos estos factores ha provocado la caída del gasto anual *per cápita* del OOPS, que pasó de 200 dólares por refugiado en 1970, a cerca de 70 dólares en 1997.

En las actuales condiciones de inamovilidad política hacia la paz, la “muerte por inanición” del organismo puede constituir una bomba de relojería que agrave la delicada situación de la zona. Entre las raíces de la nueva Intifada, iniciada en septiembre de 2000, figura la crispación de los refugiados, que son estrangulados económicamente, no sólo por los cierres de frontera israelíes sino también por la indiferencia internacional a sus llamadas de auxilio.

La paz es una cultura	127
<hr/>	
Ciudadanía europea e inmigración revista CIDOB D'Afers Internacionals	129
<hr/>	
Diccionario de acción humanitaria y cooperación al desarrollo Diccionario práctico de derecho Internacional Humanitario World disasters report 2001. Focus on Recovery	130
<hr/>	
Memoria de un compromiso. La psicología social de Ignacio Martín-Baró	134
<hr/>	
La Yihad. Expansión y declive del Islamismo	137
<hr/>	
Altruismo, mercado y poder. El Banco Mundial y la lucha contra la pobreza	140
<hr/>	
La participación de los niños en el desarrollo sostenible	143
<hr/>	

LA PAZ ES UNA CULTURA

Seminario de Investigación para la Paz
Ed. Centro Pignatelli,
Zaragoza, 2001, 604 páginas.

La paz entendida, no solo como la ausencia de violencia sino como un sistema que “promueva unas estructuras sociales más equitativas y modelos de convivencia plurales pero anclados en valores humanos compartidos”, como afirma el director del Seminario de Investigación para la Paz, Jesús María Alemany Briz, es la paz de la que se habla en *La paz es una cultura*.

Un extenso volumen fruto del trabajo del Seminario de Investigación para la Paz en el año 2000, declarado por Naciones Unidas el Año Internacional para una Cultura de Paz.

En esta obra, una forma distinta de concebir la paz se somete a análisis desde distintas perspectivas. Para ello se planea por diferentes dimensiones de la existencia humana, individual y colectiva, empezando por las bases psicológicas de la violencia, el control de la agresividad o la convivencia del hombre, pasando por la concepción del individuo como tal en la sociedad, la prevención de la violencia o la sociedad individualista.

Son numerosos los especialistas, académicos universitarios e investigadores que desde su disciplina tratan de analizar bajo qué condiciones puede sobrevivir una cultura de paz y, al mismo tiempo, estudiar qué patologías o fenómenos derivan hacia una cultura de violencia.

El libro está dividido en nueve

capítulos — “Bases psicológicas de la convivencia”, “La comunicación en la sociedad de la información”, “Una ética y un derecho para un mundo plural”, “Una ciencia ¿sin conciencia?”, “Violencia y educación para la paz”, “Cultura de paz y conciencia de defensa”...—, cada uno de los cuales se compone de los textos de dos autores. Destaca, tanto por su originalidad como por su interés, que en cada uno de los capítulos se encuentra reproducido un debate sobre el tema en cuestión en el que participan distintos especialistas. En cuanto al contenido, entre otros asuntos, se reflexiona sobre dos fenómenos propios de nuestro tiempo: los avances de la comunicación y el protagonismo de la ciencia y la tecnología. Se plantean cuestiones en relación a cómo los avances de la comunicación, la ciencia y la tecnología influyen y están relacionados con las reacciones de paz o de violencia en las sociedades donde se producen, así como su influencia en las desigualdades sociales. José Rodríguez Elizondo, abogado, escritor y periodista, y Bernardino M. Hernando, profesor en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, son los encargados de analizar, entre otros aspectos, en qué medida influyen los medios de comunicación (prensa, radio y televisión) en un clima de paz o de violencia, a través de los titulares, la utilización de tópicos o eufemismos, etc. Así mismo, se presentan asuntos como el tratamiento de la información cuando se informa sobre guerras, la utilización de los medios de comunicación por los Estados para llegar a la sociedad, etc. Carmen Magallón, doctora en

Ciencias Físicas y miembro del Seminario de Investigación para la Paz, se pregunta por el papel que actualmente juega la ciencia; si agrava los conflictos o por el contrario actúa de forma positiva; si une o separa, teniendo en cuenta que una cultura de paz es incompatible con una situación de injusticia. Este análisis se produce partiendo, en palabras de la autora, de que “la ciencia no puede concebirse simplemente como un cuerpo de conocimientos, sino como una empresa compleja poderosamente influyente, a la vez que influida por la sociedad”.

Francisco Fernández Buey, catedrático de Historia de las Ideas de la Universidad Pompeu Fabra, escribe sobre las posibilidades de reencuentro entre una cultura científica y una cultura humanista.

Otro tema de gran importancia y en el centro del debate actual sobre derechos y democracia en relación a cuestiones tan relevantes como, por ejemplo, la situación que se origina tras el fenómeno de la inmigración tanto para los inmigrantes, en un nuevo país, como para la sociedad de acogida, es el de la identidad. En el capítulo titulado “Las identidades colectivas”, se concibe la identidad como un proceso, no como una esencia. Como afirma Imanol Zubero, profesor titular de Sociología de la Universidad del País Vasco, “que la identidad sea una no quiere decir que sea la misma para siempre: a lo largo de la vida caben reordenaciones de las pertenencias que supongan un auténtico cambio de identidad”. Se concluye también que el hombre es capaz de poseer diversas identidades. En este mismo capítulo se analiza el concepto de integración,

afirmando que integrar hace referencia a que todos pueden formar parte de una misma realidad a partir de unos determinados presupuestos. Cuando se habla de universalismo hay una referencia obligada a los derechos humanos, cuya finalidad no sería otra que garantizar la seguridad de los seres humanos y del planeta. Como sostiene José Artero, “debemos garantizar la seguridad del planeta porque si nos estalla estamos perdidos todos”.

El tema de la religión, en “Las religiones ¿factor de violencia o de paz?”, es de suma importancia y actualidad por los fundamentalismos o los actos terroristas que con ella se relacionan. Dicha importancia se refleja en la extensión de este capítulo, que supera la del resto. Las religiones orientales representadas por el zenbudismo, el hinduismo, el judaísmo, el islam y el cristianismo son los credos que aquí se analizan desde el punto de vista de su influencia y concepción de la paz. Así mismo, se detiene en la cuestión de los riesgos de los fundamentalismos y los monoteísmos religiosos haciendo referencia a ejemplos concretos de la realidad, como los acontecimientos en Afganistán con los talibán, en Argelia y en otras zonas de Asia o África. Como afirma Mohamed Chakor, autor del capítulo “La visión del islam”, “ninguna religión está exenta de crímenes y genocidios cometidos en el nombre de Dios”. Chakor rectifica también sobre el significado de *yihad*, traducido como guerra santa, afirmando que “el camino hacia Dios no pasa por la lucha armada, salvo que la injusticia, la opresión y el despotismo lo justifiquen. (...) La traducción incorrecta de *yihad* por

guerra santa forma parte del discurso detractor y negativo que se ha forjado en torno al islam. El esfuerzo físico y espiritual en la vía que conduce hacia Dios es *yihad*. Erradicar vicios y vencer tentaciones y debilidades es *yihad*".

El papel de la educación y el debate de si la conciencia de defensa es compatible o no con una cultura de paz también ocupan un espacio en este libro. Una obra densa pero completa, y de gran importancia en un mundo en el que existen las actitudes como para que se rumoree sobre una posible guerra mundial. Un tema, la paz como cultura, que es más una esperanza que una realidad, pero que gracias a trabajos como el que nos ocupa ya se está, por lo menos, planteando.

CIUDADANÍA EUROPEA E INMIGRACIÓN, REVISTA CIDOB D'AFERS

INTERNACIONALS

Fundación CIDOB,
Barcelona, 2001, Nº 53,
206 páginas.

Desde la conformación del llamado espacio Schengen y el impulso de la libre circulación, ningún ciudadano de un país perteneciente a la Unión Europea ha de ser considerado extranjero dentro de ese territorio supranacional. Así, los trabajadores provenientes de cualquier país comunitario han dejado de contabilizarse como trabajadores inmigrantes en las estadísticas oficiales. Estos cambios han generado la aparición de un nuevo eje diferenciador, como resultado de

la equiparación de los derechos de los ciudadanos de la Unión Europea y el reforzamiento de la distinción entre estos ciudadanos y los ciudadanos no-comunitarios. Al mismo tiempo, esta nueva legislación ha originado una serie de transformaciones en el contenido de las palabras inmigrante y extranjero.

Estas transformaciones también han tenido un efecto clasificatorio entre los distintos colectivos. Esto es, han garantizado una desigualdad en el acceso a los recursos y por lo tanto una desigualdad en el ejercicio de los derechos económicos, políticos y sociales. Así, esta desigualdad propicia la existencia de distintas categorías de personas, que poseen distintos tipos de derechos, según la zona geográfica de procedencia. Ya no se trata de la vieja dicotomía extranjeros-nacionales. Ahora encontramos unos ciudadanos que pueden circular libremente, y otros con un derecho de circulación recortado. Estamos ante un proceso de jerarquización de las nacionalidades que, de alguna manera, refleja las relaciones de poder en el ámbito internacional.

El último número de la revista *Cidob d'Afers Internacionals* analiza precisamente el proceso de construcción del espacio común de la Unión Europea, prestando especial atención a las bases que fundamentan la ciudadanía europea y el impacto que esto tiene sobre las formas de inclusión y exclusión de las personas provenientes de países no comunitarios. Los doce artículos que componen este monográfico abordan la relación entre inmigración y construcción europea desde distintas perspectivas, que van desde el debate sobre la inmigración en la

Unión Europea, hasta algunas experiencias estatales, como el caso español o italiano. Las disciplinas también son variadas, algunos análisis se realizan dentro del marco normativo, como las medidas para la lucha contra la discriminación, los derechos de los nacionales de terceros países en el espacio comunitario, o la historia del Acuerdo y del Convenio de Schengen. Otros autores, como Javier de Lucas o Ricard Zapata-Barreo, nos ofrecen una reflexión más teórica, y crítica, acerca de las bases y del alcance de la ciudadanía europea. “En cualquier caso, respecto al acceso a la ciudadanía, el paso más claro es la necesidad de transferir el vínculo de ciudadanía desde la nacionalidad (también el sentido y la identidad cultural) hasta la residencia...” señala Javier de Lucas. El número se cierra con una selección bibliográfica elaborada por el centro de documentación del CIDOB.

A pesar de la variedad de materiales puede dibujarse un hilo conductor. La lectura de estas páginas confirma la idea de que las fronteras no son simplemente una realidad geográfica, sino que se manifiestan en prácticas sociales y culturales, en la legislación, los documentos, las ceremonias y los eventos públicos, y que tienen efectos materiales y simbólicos concretos sobre las condiciones de vida de las personas. Algo a lo que habrá que estar atentos si no se quiere consolidar una sociedad regida por principios que propicien la desigualdad y la exclusión.

Sandra Gil,
Instituto de Estudios
sobre Conflictos y
Acción Humanitaria de Madrid

DICCIONARIO DE ACCIÓN HUMANITARIA Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO

Karlos Pérez de Armiño (dir.)
HEGOA – Icaria Editorial,
Bilbao, 2001, 627 páginas.

DICCIONARIO PRÁCTICO DE DERECHO INTERNACIONAL HUMANITARIO

Françoise Bouchet-Saulnier
Ed. Península – Médicos
Sin Fronteras,
Madrid, 2001, 767 páginas.

WORLD DISASTERS REPORT 2001. FOCUS ON RECOVERY (Resumen en español: Informe Mundial de Desastres 2001)

Federación Internacional de
Sociedades de Cruz Roja y
Media Luna Roja
Kumarian press Inc., FICR,
Ginebra, 2001, 249 páginas.

De entre los muchos tipos de publicaciones, tanto en papel como electrónicas, a las que hoy tiene acceso el lector interesado en temas de cooperación para el desarrollo y ayuda humanitaria, tres tipos son de especial utilidad para aquellas personas vinculadas con el sector de la cooperación que no tienen mucho tiempo para la lectura o estudio, y que, sin embargo, necesitan de apoyo y actualización para mejorar su práctica. Nos referimos a los anuarios, los manuales y los diccionarios. Para lo que los

anglófonos llaman *practitioners*, y que en el caso de nuestro país forman una comunidad cada vez más abundante de personal de ONG, administraciones públicas, estudiantes de masters de cooperación, etc., es cada vez más importante contar con este tipo de materiales en los cuales encontrar información actualizada, datos relevantes, síntesis de debates en curso, análisis de experiencias novedosas, etc.

En otras ocasiones hemos reseñado en estas páginas algunos de los manuales de gran calidad que sobre temas de cooperación están editándose en nuestro país como el de Gómez Galán y Sanahuja y otros. Reseñamos en esta ocasión tres libros de muy reciente publicación elaborados por tres ONG, lo que les hace especialmente prácticos y ligados al terreno: dos diccionarios y un anuario.

El Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo es fruto del trabajo de varios años de un grupo vertebrado en torno a la ONG vasca HEGOA y dirigido por Karlos Pérez de Armiño. El resultado es un grueso volumen de más de 600 páginas de apretada letra que recoge, como diccionario que es, los términos más importantes de cooperación y ayuda. Pero el Diccionario es mucho más que eso: es un minucioso trabajo por establecer referencias cruzadas entre las diversas entradas, agrupaciones temáticas de estas entradas, índices analíticos de términos que no constituyen una entrada del diccionario pero que aparecen en él, bibliografía básica (y no tan básica) para profundizar en cada término y, por último, un glosario de términos inglés/castellano y castellano/inglés especialmente útil en áreas, como éstas, donde

algunas traducciones incorrectas han hecho acuñarse algunos barbarismos. Es, en suma, una ambiciosa obra que por vez primera pone al servicio del lector castellanohablante un sólido resumen de los principales términos empleados en cooperación, desarrollo y acción humanitaria.

Precisamente una de las originalidades y ventajas del Diccionario es ocuparse de los dos ámbitos “clásicos” del trabajo de cooperación internacional en una lógica de complementariedad y enfoque común. La acción humanitaria, entendida solo como ayuda de emergencia, no ha contado con buena prensa durante años en el mundillo de la cooperación al desarrollo por entenderse, desde ciertos sectores, que su excesivo componente asistencial podría constituir un freno al desarrollo y convertirse en una cómoda salida para los donantes. En algunos casos esto ha sido así, pero no es menos cierto, que en el ámbito de los organismos de desarrollo tanto gubernamentales, como ONG, ha habido escaso conocimiento de los que significa la acción humanitaria, que va más allá del asistencialismo, de sus bases jurídicas, de sus métodos, etc., produciéndose el fenómeno paradójico de que ciertas instituciones, críticas antaño de lo humanitario, han comenzado a intentar trabajar en este ámbito cuando ha comenzado a haber posibilidades de financiación y la respuesta de la opinión pública ha aumentado. El enfoque que da el Diccionario y la redacción de algunas de las entradas va en esta línea de ver la cooperación como un ámbito donde una multiplicidad de instrumentos pueden y deben movilizarse para dar respuesta a los retos de la extrema pobreza y

el subdesarrollo.

El Diccionario, por su alcance y ambición, es un trabajo multidisciplinar que trata de sintetizar y divulgar los debates internacionales y el pensamiento actual en los campos humanitario y de desarrollo. Como buena obra en la que han participado numerosos autores, el Diccionario no es homogéneo y existen ciertas desigualdades en el tratamiento de algunos temas, y siempre es planteable la pertinencia de una u otra entrada o el espacio dedicado a la misma. Es, sin lugar a dudas, un material de gran calidad, ponderado, en la medida en que recoge la situación de ciertos debates de un modo bastante “objetivo” e informativo y es, por todo ello, un libro de presencia casi obligada en las estanterías de las ONG y los profesionales del sector.

Para aquellos más interesados en la acción humanitaria el Diccionario Práctico de Derecho Humanitario es una obra muy especializada en esta materia, pero que trata de plantear, como indica su nombre, de un modo práctico las posibilidades, límites, debates, del Derecho Internacional Humanitario (DIH), de modo que sea de utilidad para las ONG que trabajan en este ámbito. El Diccionario Práctico tiene, precisamente, ese objetivo: ser una guía práctica para los trabajadores humanitarios, una herramienta para que puedan conocer y aplicar el derecho en situaciones de crisis y conflictos. Como se dice en la introducción “el libro va dirigido a aquellos que no leerán jamás los Convenios de Ginebra, pero que intentan defender espacios de humanidad a través de acciones concretas de socorro. Va dirigido a aquellos que intentan comprender el espectáculo que

ofrece el mundo, y se preguntan por el sentido del derecho cuando no hay justicia”.

El DIH ha sido durante muchos años un derecho minusvalorado —de hecho apenas se enseñaba en las Facultades de Derecho— y que parecía responsabilidad única del Comité Internacional de la Cruz Roja, en tanto que guardián de los Convenios de Ginebra. Se olvidaba, tal vez interesadamente, que el DIH es un derecho convencional firmado y ratificado por Estados que son, por tanto, responsables de su aplicación.

Afortunadamente, en los últimos años, al calor del crecimiento del interés por las cuestiones humanitarias, el DIH ha experimentado un cierto reverdecimiento y cuestiones como el Estatuto de Roma de creación de la Corte Penal Internacional han vuelto a poner de manifiesto la pertinencia de este derecho y han aumentado el interés por el mismo.

En España, el Centro de Estudios y Difusión del Derecho Internacional Humanitario (CEDDIH) de Cruz Roja Española lleva años haciendo difusión entre Fuerzas Armadas, círculos académicos y ONG, y existen un buen número de expertos y publicaciones sobre DIH en diversas Universidades, pero el Diccionario Práctico aporta una serie de novedades y originalidades en su planteamiento que le hacen ser una publicación de un gran interés. En primer lugar, por su orientación práctica hacia personas sin formación jurídica, pero sin confundir divulgación con simplificación. Al contrario, el Diccionario Práctico encuentra un lenguaje para explicar con gran rigor, pero sin caer en academicismos, temas muy complejos del DIH y de la acción

humanitaria como la licitud de ciertos tipos de armas, el acceso a las víctimas por parte de las organizaciones imparciales, o temas colaterales al DIH como el llamado derecho de injerencia o la intervención humanitaria. El Diccionario Práctico es, en este sentido, bastante “ortodoxo” y poco defensor de supuestas injerencias justificadas en nombre de los derechos humanos o el DIH y que han sido, en muchos casos, meras intromisiones políticas. En segundo lugar, por su propia estructura formal, en la que se aúnan la facilidad de consulta a través de las entradas del Diccionario, con el cruce con términos relacionados y las recomendaciones bibliográficas. Todo en el Diccionario Práctico está pensado para facilitar ese uso práctico por parte de personas no especialistas en derecho. La propia tipografía del texto, la utilización de diversos tipos de letra, el uso de recuadros para los resúmenes, facilitan el uso del Diccionario Práctico y lo hacen recomendable como material de consulta. El libro se completa con algunos anexos muy útiles sobre los instrumentos de derecho internacional de los derechos humanos, DIH y otros como el Convenio contra la Tortura, etc, firmados y ratificados por cada país. La edición de esta obra en castellano, tras su éxito en francés, es también significativa del interés de Médicos Sin Fronteras por profundizar en el derecho humanitario y por vincular cada vez más su acción a un enfoque de derecho y no solo asistencial. Es también reflejo de la madurez y la capacidad de algunas organizaciones para emprender obras como ésta. Desde una perspectiva de análisis

práctico y de seguimiento de lo ocurrido en el año precedente, el Informe Mundial de Desastres, editado cada año por la Federación Internacional de Sociedades de Cruz Roja y Media Luna Roja (Federación) supone siempre una llamada de atención sobre alguno de los temas relevantes para la acción humanitaria. En esta ocasión, la elección del tema de la recuperación no es casual, pues el análisis de las grandes iniciativas de rehabilitación y reconstrucción, de recuperación, en suma, de la década arroja muchas sombras. A él se dedica el Informe Mundial de Desastres 2001. En efecto, las grandes experiencias de recuperación tras el conflicto de los Balcanes, el Huracán Mitch o el terremoto de Orissa (India) muestran, como dice el Informe, que “en muchos casos el destino de la ayuda obedece más a intereses estratégicos que a preocupaciones humanitarias”. Si esta realidad puede suceder en las grandes crisis, es más visible en la reconstrucción posterior donde los intereses de empresas constructoras, consultoras, etc. vinculadas a países donantes por situarse en la nueva situación son más evidentes. Como es habitual, en el Informe se van tratando casos concretos como el de la recuperación tras las inundaciones en Venezuela o Vietnam, las intervenciones de recuperación tras la crisis alimentaria en Tayikistán o artículos más generales como el de la ecología de la recuperación post-desastre o el de las causas profundas de desastres aparentemente naturales, pero que no lo son. Se completa el libro con la sección habitual de cada año de seguimiento del sistema

humanitario, *Tracking the System*, que suministra un conjunto de gráficas, tablas y cuadros sobre desastres, su distribución, ayuda canalizada, etc. de un gran interés. En esta sección se observa claramente la dinámica decreciente de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) y el incremento del peso porcentual de la ayuda humanitaria dentro de ésta. Por último, el libro incorpora la opinión de la Federación sobre ciertos temas a debate como la necesidad de un Derecho Internacional de respuesta a los desastres o el Proyecto Esfera que han centrado la atención de la comunidad humanitaria en los últimos años.

Es una pena que el Informe, que se publica desde 1993 de modo estable, no se edite en castellano desde el año 1998 y se difunda solo en inglés. No se trata solo de un asunto lingüístico sino también de contenido pues, pese a la innegable calidad del Informe, éste suele incorporar solo investigadores y trabajos del ámbito anglosajón lo que le da un sesgo y una visión demasiado parcial de ciertas crisis o debates. En cualquier caso, el Informe es un libro muy recomendable y, en esta ocasión, no solo para los interesados en las emergencias o los conflictos sino para aquellos, como decíamos al inicio, preocupados por una adecuada relación de la acción humanitaria y la cooperación al desarrollo que trascienda planteamientos lineales y establezca estrategias coherentes de reducción de la vulnerabilidad y aumento de las capacidades.

En suma, los tres libros reseñados son buena muestra del alto grado de profesionalidad y calidad que han alcanzado algunas ONG y "familias" de ONG que han visto la necesidad de reflexionar,

debatir, analizar, investigar y evaluar con mucho más rigor el contexto de su trabajo y el impacto de su labor en un mundo cada vez más complejo.

Francisco Rey Marcos
Investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH) de Madrid técnico de Cruz Roja, colaborador del CIP

MEMORIA DE UN COMPROMISO. LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE IGNACIO MARTÍN-BARÓ

Luis de la Corte Ibañez
Desaleé de Brouwer,
Bilbao, 2001, 315 páginas

Este libro es un homenaje a la persona, vida y obra de Ignacio Martín-Baró, psicólogo social y sacerdote jesuita que dedicó su vida al desarrollo de una nueva psicología social que respondiera de forma justa a las condiciones de opresión, violencia y pobreza que caracterizan la historia de Centroamérica.

Apenas conocido en España, Martín-Baró nació en Valladolid en 1942 y a los 17 años decide ingresar en la Compañía de Jesús para ordenarse como sacerdote. Esta Compañía se constituye como una orden misionera cuya principal misión es la expansión de la fe, especialmente en el Nuevo Mundo. Al poco tiempo de ingresar en la Compañía, y siguiendo indicaciones de esta, decide embarcarse hacia Centroamérica junto con varios compañeros españoles entre los

que se encontraban Ignacio Ellacuría, Segundo Montes y Jon Sobrino. Su primer contacto con tierras centroamericanas ocurre en El Salvador, donde se integran con la vida cotidiana de sus ciudadanos y sus problemas de todos los días.

Su formación tiene lugar durante casi dos décadas y abarca varios países, desde Ecuador y Colombia, donde se licenció en Filosofía y Letras, pasando por Alemania e Italia, para estudiar Teología, hasta volver de nuevo a El Salvador donde empezó formalmente sus estudios de Psicología.

Aparecen desde el principio de su formación en Ecuador y Colombia las tres coordenadas teóricas que definirían su obra a lo largo del tiempo:

existencialismo, psicoanálisis y marxismo. Esquemas teóricos de fácil aplicación a los problemas sociales de la época.

En cuanto a su orientación religiosa, se ve muy influenciado por las nuevas disposiciones del Concilio Vaticano II (1962-1965), revolucionarias y críticas respecto a las anteriores ideas teológicas. Se abre una nueva etapa religiosa que trata de poner la religión y la Iglesia al servicio de la sociedad civil para trabajar por la justicia social. Esta nueva proyección tiene gran valor en la realidad latinoamericana y en general en los problemas de Tercer Mundo. Es entonces cuando la Teología de la Liberación empieza a tomar cuerpo. Asumiendo que el cristianismo, desde sus orígenes, ha estado unido a la cultura occidental, a las clases sociales más poderosas y a la raza blanca, por lo que difícilmente puede ayudar a las clases pobres, excluidas y oprimidas. Esta nueva forma solidaria de entender y aplicar la religión, junto con el

contexto que vive El Salvador en la década de los 70 y 80, marcarán de forma decisiva el pensamiento y la actividad intelectual de Ignacio Martín-Baró.

En 1970 se asienta definitivamente en El Salvador y se integra en el funcionamiento de la UCA (Universidad Centroamericana), fundada por los jesuitas, y cuyos principios serían, según las propias palabras de Martín Baró, “conciencia situada, crítica y operativa de la realidad”, principios que debían regir las dos funciones básicas de toda universidad: investigación y docencia. La educación tiene que ser crítica, sólo así podrá ayudar al hombre a emanciparse de los valores opresores (individualismo, competitividad, consumismo) y a desarrollar valores de amor, solidaridad, respeto y cooperación que acaben con la injusticia social.

A los jesuitas la realidad salvadoreña les produce un gran impacto. Lo primero que descubren es la injusticia y miseria que viven millones de personas, lo que supone para ellos una gran responsabilidad moral. Tres características pueden definir la situación del Salvador en aquellos años. En primer lugar, el desastroso modelo de desarrollo económico dependiente de los países del Primer Mundo, especialmente de EEUU, a causa de la época colonial. En segundo lugar, la sociedad está dividida en dos clases muy diferenciadas entre sí. Una gran población campesina y obrera y una minoría privilegiada asociada al capitalismo, que gestiona desde la actividad rural e industrial, hasta la banca y el comercio. Los poderes económico, militar y político están aliados, dejando sin ámbito de acción a la sociedad civil. Por último, la violencia

predominante en el ejercicio de la política, tanto por parte del Estado (violencia institucionalizada) para asegurarse la reproducción del sistema, como por parte de los movimientos que surgen para intentar cambiar la situación (violencia revolucionaria).

El panorama es desolador, marcado por la injusticia social, la pobreza y la ausencia casi total de libertades. Las carencias básicas que afectan a la mayoría de la población, (educación, sanidad, vivienda, empleo, ingresos) siguen sin solucionarse, y como consecuencia, empiezan a surgir organizaciones populares, movimientos de masas y grupos guerrilleros que a finales de la década de los 70 acabarán declarando la guerra al Gobierno del Salvador.

La Iglesia salvadoreña, y con ella los jesuitas, apoyarán estos movimientos insurgentes de acuerdo a las nuevas corrientes teológicas que se iniciaron con el Concilio Vaticano II. Los principales intereses intelectuales de Martín Baró son la psicología social y la educación que fomente el sentido crítico (especialmente en la universidad). Claramente influido por el contexto de injusticia y pobreza que se vivía en su entorno, propuso que la psicología tenía que ponerse al servicio de las masas populares oprimidas y remitirse más profundamente a la praxis para originar cambio social y alcanzar la liberación. Ha nacido la Psicología de la Liberación. Entendió que la psicología social liberadora tenía que ceñirse al contexto al que quería servir. Sólo partiendo de la realidad y de los problemas concretos que afectaban a una determinada sociedad, podía realmente servir para algo.

Así lo reflejó en su obra, basada

en la realidad social de El Salvador, y que articuló en torno a seis trayectorias que se cierran alrededor de los dos problemas más graves de la época: la pobreza y el conflicto bélico que estalló a principios de la década de los 80.

Las tres trayectorias que giran en torno al problema de la pobreza son: "Hacinamiento y Problemas de la Vivienda", "Machismo, Mujer y Familia" y "Fatalismo" (como forma de entender el mundo y la realidad de la población salvadoreña). Estas son las primeras en aparecer, aunque se manifestarán a lo largo de toda la obra de Martín-Baró, y podrían definir las causas estructurales de la pobreza en el Salvador, y a la vez constituir sus manifestaciones más salvajes. Las otras tres trayectorias, "Violencia y guerra", "Religión y Conducta Política" y "Opinión Pública", aparecerán, en la década de los 80, paralelas a la guerra.

Luis de la Corte Ibañez, a través de la exposición de las principales planteamientos intelectuales de Martín Baró, abre paso a sus propios pensamientos, también a favor de una Psicología de la Liberación que ayude a acabar con los problemas sociales y que haga frente a la psicología social tradicional y en uso, que reduce los problemas sociales a variables psicológicas y a causas personales, proponiendo soluciones que asumen como intocable el sistema social establecido y estimulan a los individuos a plegarse a sus exigencias.

Según el autor, la ciencia social no puede ser neutral y por lo tanto irresponsable, tiene que tener un compromiso moral. Propone una liberación social antes que individual, y todo ello a

través del ejercicio práctico de la psicología social, que no se puede quedar sólo en la teoría. Con tal efecto nos expone las tareas prácticas que Martín-Baró propuso para llevar a cabo la Psicología de la Liberación en Centroamérica: recuperación de la memoria histórica de los pueblos latinoamericanos para reconstruir su identidad colectiva y promover la organización popular; la potenciación de las virtudes populares; el estudio sistemático de las formas de conciencia popular y la desideologización de la experiencia cotidiana, trabajo de toma de conciencia sobre la situación vivida y sobre los intereses de la clase oprimida ocultos bajo la ideología propagada por la cultura dominante. Pero su obra sólo se identifica plenamente con la tercera misión, la de desideologización.

Desgraciadamente, Ignacio Martín-Baró fue brutalmente asesinado a manos del Gobierno salvadoreño en 1989 por su oposición a las barbaridades que se venían cometiendo, así como su postura crítica y su apoyo a las mayorías populares.

Luis de la Corte Ibañez hace un magnífico trabajo al explicar de forma muy clara y muy completa la formación del sacerdote jesuita, el contexto político y social en el que vive y que tanto le marcaron, y la trayectoria temática y cronológica que siguió su obra. A la vez, refleja el gran compromiso que Martín-Baró adquirió con la defensa de los derechos humanos y de la libertad.

Verónica Sánchez

Psicóloga, Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH) de Madrid

LA YIHAD. EXPANSIÓN Y DECLIVE DEL ISLAMISMO

Gilles Kepel

Atalaya, Ediciones Península, Barcelona, 2001, 605 páginas.

El investigador francés Gilles Kepel realiza en este libro un análisis de la razón de ser y de la evolución del islamismo. Un fenómeno que, según afirma, se encuentra hoy en una fase de decadencia y de agotamiento ideológico que confluirá en la apertura de una vía para la democracia en el mundo musulmán. Kepel reconstruye el camino andado por el islamismo, a través de un profundo y documentado estudio de su contexto en el mundo musulmán, así como de las particularidades de países clave como Turquía, Argelia, Sudán, Egipto, Palestina, Arabia Saudí, Irán, Afganistán o Pakistán.

No olvida Kepel analizar las ramificaciones del movimiento islamista que sus militantes exportaron a países europeos como Francia y Gran Bretaña, así como su importancia en la atracción de *yihadistas* —*yihad*, guerra santa— a las guerras de Bosnia y de Chechenia. Algunas de las claves de la historia contemporánea, como la Guerra del Golfo o el fenómeno Osama Bin Laden, también se encuentran convenientemente explicadas, bajo su perspectiva islámica. El movimiento islamista se alza bajo la base teórica tejida, a finales de la década de los 60, por carismáticos ideólogos como el paquistaní Mawdudi, el egipcio Sayyid Qutb y el iraní Ruhollah Jomeini, pero no se implantaría

entre la sociedad hasta la década de los 70. Kepel sitúa el inicio de la era islamista después de la guerra árabe-israelí de 1973, que originó la crisis del petróleo para gloria de Arabia Saudí y del resto de exportadores del oro negro. La primera fase se cierra con el éxito de la revolución islámica en Irán, en 1979, que dio el poder a un Jomeini que supo movilizar a los desheredados contra un régimen injusto. Mientras Jomeini encarnaba la radicalidad antisistema, la monarquía saudí se hacía eco de una interpretación conservadora del islamismo. Entre estos polos opuestos, los Gobiernos de Egipto, Pakistán o Malasia intentaron controlar y canalizar las movilizaciones de los militantes.

La fase de propagación se abre paso durante la década de los 80. Implantado en todo el mundo musulmán, el islamismo pretendía exportarse como modelo. Las razones del movimiento para ser una alternativa no dejaban lugar a dudas: “Con la promesa de restablecer la sociedad justa de los primeros tiempos del islam, el islamismo encarnaba una utopía tanto más atractiva por cuanto se oponía a los regímenes precocemente desgastados por la corrupción, la quiebra económica y moral, el autoritarismo y la supresión de las libertades públicas, una realidad común en el mundo musulmán de esta época”, escribe Kepel.

Frente a la política de exportación de la revolución que llevaba a cabo Teherán, Riad apuntalaba con petrodólares la contención del islamismo. Era la guerra fría del islam. Su escenario por excelencia, Afganistán. “En el imaginario árabe, suplantó a la causa palestina y simbolizó el paso del nacionalismo al islamismo”, explica Kepel. El

yihad afgano fue determinante en la evolución del islamismo. Por un lado, las petromonarquías, apoyadas por la CIA estadounidense, pretendían hostigar a la Unión Soviética, que invadió Kabul a finales de 1979. Por otro, los regímenes musulmanes intentaban desviar a los militantes radicales de la lucha propugnada por Irán contra EEUU —el Gran Satán— para dirigirlos contra Moscú.

1989 significó el apogeo del islamismo: fue entonces cuando, en plena Intifada palestina, Hamas hace tambalearse la hegemonía de la OLP; en Argelia, se crea el Frente Islámico de Salvación (FIS); un golpe de Estado permite el acceso al poder en Sudán del ideólogo islamista Hasan al Turabi, mientras que el Ejército rojo se retira de Afganistán, tras la victoria del *yihad*. En Irán, un cúmulo de acontecimientos marcaba el fin de una era. La República Islámica exportaba ese año su revolución proclamando una *fatwa* —declaración legal en el islam emitida por una autoridad o líder religioso por un hecho específico— que instaba a matar a Salman Rushdie, autor de *Versos Satánicos*, intentado así contrarrestar su derrota en la guerra que le enfrentó a Irak durante nueve años; tres meses después, moría Jomeini. Pero 1989 fue también el año de la caída del muro de Berlín, precipitando la desaparición de la Unión Soviética y del orden bipolar que había dividido al mundo desde la II Guerra Mundial.

Estos acontecimientos no hicieron sino preludiar un desgajamiento en el islamismo. La década de los 90 estuvo marcada por el extremismo y la violencia. La guerra civil en Argelia, la imposición del régimen talibán en

Afganistán, el terrorismo de Osama Bin Laden, profetizaron, según sostiene Kepel, el declive del movimiento. Este período comienza con la invasión de Kuwait por parte del Irak de Sadam Husein. La acción del régimen iraquí amenazó a la mismísima Arabia Saudí y la obligó a pedir ayuda a EEUU. La legitimidad religiosa de la dinastía de los Al Saud quedó así en entredicho, al acudir a soldados infieles para proteger el país. El proceso de disgregación en el islamismo había comenzado. Cuando Kabul quedó en manos de los partidos *muyahidin* — luchadores —, en abril de 1992, los *yihadistas* que se habían desplazado a Afganistán para combatir volvieron a sus países de origen o se dirigieron hacia otras causas del islamismo. Argelia, Egipto y Bosnia recibieron a la mayoría de estos militantes, que trajeron bajo el brazo una ola de violencia con consecuencias autodestructivas. Tanto en Argelia como en Egipto, la estrategia del *yihad* perdió el apoyo popular al traducirse en terrorismo. Para el caso argelino, que intenta hoy reponerse de la espiral de matanzas que la asediaron durante la década de los 90, la visión de Kepel es clara: “Parece poco probable que la dinámica social que permitió la emergencia del movimiento islamista pueda resurgir después de una guerra en la que se ahogó en sangre su ambición de conquistar el Estado”. En Egipto, la campaña de atentados islamistas contra objetivos turísticos agotó sus apoyos sociales, al atacar una fuente de riqueza tan importante para el país. El régimen logró ganar la batalla, pero los egipcios siguen esperando hoy una verdadera democratización. La toma de Kabul a manos de los

talibán afganos, en 1996, y el golpe de Estado en Sudán, en 1999, preludian “una larga serie de fracasos de la ‘renovación islámica’” que sólo cabe imputar a los islamistas. Y es que la decepción del islamismo se debe a que, una vez llegado al poder, el movimiento ignoró toda práctica democrática. La misma razón del fracaso cabe imputarle a la revolución islámica de Irán, que relegó a las clases sociales modestas al desempleo y la represión de un régimen jerarquizado. Por eso, en 1997, la joven generación votó a favor del cambio que representaba Mohamad Jatami, que ha renovado su éxito en el año 2001, lo que en palabras de Kepel, es un “signo indudable de que la sociedad se pronuncia ahora contra el orden social y moral heredado de Jomeini”. Se trata del “fracaso ético” del modelo iraní, que ya ha sido “superado y rechazado”, según el autor. En el universo suní la violencia ha conducido al movimiento islamista hacia un punto muerto. Para recuperar su fuerza social y distanciarse de la lastra del terrorismo, “los movimientos y los partidos islamistas de finales de siglo intentan ahora hacerse reconocer como demócratas y denunciar la represión de la que son víctimas identificándose con el registro universal de los derechos del hombre” y de valores como la libertad de expresión. Estas ideas, junto a la apertura al mundo, apoyan la tesis de Kepel de que los países musulmanes dirigen sus miradas a la democracia. “Pero esta marcha hacia la democracia debe enfrentarse con un obstáculo que no tiene nada de religioso: es necesario que los Estados y las elites en el poder en estos países

muestren la misma voluntad de democratización en su forma de gobierno”, afirma. Hoy, “la pelota se halla en el campo de los regímenes que resultaron vencedores en el enfrentamiento que les opuso al movimiento en su conjunto, destrozados por el shock de la violencia armada o cogidos en la red de la cooptación en los círculos del poder”. El secreto para estos Gobiernos es integrar a los grupos sociales relegados desde la década de los 60, favoreciendo así el surgimiento de una democracia musulmana que sintetice la cultura, la religión y la modernidad política y económica. De lo contrario, el mundo musulmán se verá envuelto en nuevas explosiones de protestas y violencia, profetiza Kepel.

Rosa Meneses Aranda
Periodista y experta en
Información Internacional y
Países del Sur

**ALTRUISMO, MERCADO
Y PODER. EL BANCO
MUNDIAL Y LA LUCHA
CONTRA LA POBREZA**

José Antonio Sanahuja
Barcelona, Intermón
OXFAM, Colección Libros
de Encuentro, Nº 10,
Barcelona, 2001,
412 páginas.

El debate público sobre el G-8, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio se centra hoy, antes que en el contenido y conclusiones de cada reunión, en las manifestaciones contrarias a la

globalización y en la respuesta policial a los disturbios que se generan a su alrededor. Tal vez ahora más que nunca, sólo unos días después de la masacre de las Torres Gemelas y el Pentágono, se hace imprescindible la reflexión capaz de modificar el curso que parece inexorable de la pobreza y de la exclusión. Un pensador tan lúcido como Edgar Morin advirtió ya que la globalización alcanza a todos, pero a unos como víctimas y a otros como verdugos. Ahora comenzamos a comprobar cómo las enormes distancias en el desarrollo de los pueblos alientan la propaganda del odio. *Altruismo, mercado y poder* ofrece algunas de las claves para el debate necesario. Un debate sobre el fondo que, en este caso, aborda las contradicciones del sistema financiero internacional a través del análisis de la actuación del Banco Mundial. El origen, la estructura y las políticas del Banco, desde su diseño a las consecuencias inmediatas y generales, se contemplan como telón de los fracasos no sólo del Banco, sino también de las otras instituciones creadas por los acuerdos de Bretton Woods de 1944 y del sistema económico imperante. El libro es rico en citas y datos, pero la información es siempre soporte y fundamento de la crítica. Y debe, tal vez, advertirse de antemano que ese análisis crítico tiende con frecuencia al pesimismo; baste una cita: “El actual sistema internacional de ayuda y cooperación al desarrollo y las instituciones que lo integran, como el Banco Mundial, son un reflejo de una sociedad de Estados escasamente integrada y regulada, y más que un ‘sistema global de bienestar social’ o de una ‘política global de cohesión’, es un

imperfecto esquema de beneficencia pública en el que los recursos se asignan de forma voluntaria y no hay obligaciones respecto a su cuantía, ni criterios objetivos respecto a los beneficiarios”.

Podría decirse entonces que el marco jurídico e institucional internacional, en realidad, es cauce formal para una ley de la jungla que santifica el mercado pero con algunas concesiones a la caridad y la beneficencia, lo que además se puede demostrar.

Sanahuja lo hace a partir de los documentos del propio Banco, que ciertamente no ha escatimado en los últimos años reflexiones sombrías sobre su actuación.

Ha de reconocerse, en efecto, que dicha entidad ha cambiado mucho, al menos en apariencia.

El autor demuestra también que la presión y la denuncia externa han sido el principal impulso de ese cambio desde la década de los 80, pero, sobre todo, demuestra que muchos de los cambios se quedan a la postre en la epidermis.

Cuestión de buen maquillaje.

Detrás de algunos conceptos, directrices y orientaciones que se presentan como novedosos, sólo se aprecia la voluntad de perseverar, de seguir expandiendo un sistema que desde luego no atenúa la exclusión y el sufrimiento.

El libro se inicia con un minucioso repaso de hitos históricos y una descripción detallada de los diversos y poco conocidos organismos que componen el denominado grupo del Banco Mundial (Asociación Internacional de Fomento, Corporación Financiera Internacional, Instituto de Desarrollo Económico...).

El autor revisa luego las iniciativas y las políticas de los presidentes del Banco, designados

siempre por el Gobierno estadounidense del momento, y cada uno de ellos dispuesto a dejar su impronta. Estos impulsos personales y los principales informes que los inspiraron marcan la “cronología” de la obra.

Un capítulo se dedica por entero al actual presidente, James D. Wolfensohn, y a su particular cruzada contra la pobreza. Pese a las buenas intenciones y, pese a un cierto viraje en la imagen pública, la maraña burocrática se resiste a cualquier intento reformista, y especialmente si se pretende una especie de enmienda a la totalidad. Como Sanahuja pone de manifiesto, la contradicción que fundamenta el sistema económico internacional no puede solventarse desde el Banco. Así, mientras que las políticas de ajuste tienen por definición efectos recesivos, la acción contra los estratos más vulnerables de la población sólo aparece *a posteriori* para paliar, mediante políticas sociales siempre tardías, la pobreza que se genera en esa proclamada lucha, precisamente, contra la pobreza. Además de mostrar el fracaso del sistema financiero, uno de cuyos emblemas es el Banco, la ilustración de fracasos más concretos es abundante en el libro. Se relacionan y describen proyectos cuyo desastroso impacto natural no impidió el apoyo de dicha institución como prestamista. Respecto de la construcción de presas y embalses, se muestra cómo ha llegado a obviarse el impacto sobre la población desposeída y forzada a desplazarse. La cultura de aprobación de préstamos, esa carrera de los funcionarios por lograr la aprobación de un número creciente de proyectos, ha favorecido, según Sanahuja, la actuación financiera en ausencia

de previsiones rigurosas. En otros casos, sobre todo relacionados con las políticas de ajuste y de deuda externa, el Banco aparece, más que como responsable de los errores como cómplice o cooperador necesario del Fondo Monetario Internacional. Desde hace ya algunos años, el Banco viene reconociendo disfunciones y errores, y no elude sobre el papel los propósitos de enmienda, pero no parece, en general, dispuesto a cumplir la penitencia. Esta obra disecciona las sucesivas estrategias de acción en el contraste con su puesta en práctica. A veces, ya se sabe, cualquier parecido entre lo que se dice que se va a hacer y lo que se hace es pura coincidencia. El último capítulo documenta la posición española respecto al Banco. España, que se incorpora a la institución en 1958, había sido beneficiaria de su ayuda hasta 1977, y el Gobierno canceló definitivamente los créditos pendientes en 1990. Desde el comienzo de su etapa como donante, España ha jugado un papel de perfil bajo en la política del Banco y sus órganos de gobierno, y ello debido a la limitación de su aportación y a otros factores como la ausencia de funcionarios directivos españoles en esa institución. A juicio del autor, la bicefalia de la política española de cooperación, a caballo entre los ministerios de Exteriores y Economía, junto con la primacía de los intereses comerciales frente a los objetivos de desarrollo, son causa de la ausencia de una política concreta hacia el Banco y las restantes instituciones financieras multilaterales en el marco de la Ley española de Cooperación Internacional al Desarrollo, de 1998. Y esa política estatal no puede ser ajena a los diferentes

planes de exportación e internacionalización de las empresas españolas. Tal vez se echa en falta un mayor manejo de estudios econométricos ajenos al Banco sobre el impacto económico de sus políticas, e incluso algunas propuestas de reforma institucional, en el marco de un sistema cuyo desmantelamiento no parece, de momento, probable. Pero la avalancha dosificada de información, que enmarca los principales términos del debate, permite valorar con fundamento el papel del Banco y su relación con otros instrumentos multilaterales dedicados al desarrollo. La necesidad de buscar puentes y encuentros entre la estrategia y la puesta en práctica, entre la crítica razonada y el rechazo virulento, comienza por la difusión de estudios rigurosos y solventes. También para que las protestas antiglobalización sean, en adelante, tanto más efectivas cuanto más pacíficas, y que los participantes gubernamentales no tengan que esconderse como forajidos en las Montañas Rocosas.

José. L. Cervera
 Instituto Nacional de Estadística y
Luis Peral
 Universidad Carlos III de Madrid

LA PARTICIPACIÓN DE LOS NIÑOS EN EL DESARROLLO SOSTENIBLE

Roger A. Hart

Pau Education / Unicef

Barcelona, 2001, 208

páginas.

La participación de los niños en el desarrollo sostenible es una acertada propuesta que propone la participación infantil en la gestión efectiva del medio ambiente y de la comunidad. Escrito bajo la firme convicción de un profesional que reconoce las capacidades, competencias y recursos de los niños y niñas en sus comunidades, constituye, sin duda, una referencia obligada para todos aquellos que trabajen en temas de medio ambiente y derechos de la infancia. Aunque ya había sido publicado en inglés (*Children's Participation: the theory and practice of involving young citizens in community development and environmental care. Published by Earthscan, London in association with UNICEF, New York. 1997*), constituyendo una obra de referencia imprescindible, se empezaba a echar de menos en la literatura en castellano.

Roger Hart es, en la actualidad, uno de los máximos especialistas mundiales en cuestiones de participación infantil. Ha dedicado gran parte de su vida a vincular los derechos de ciudadanía de los niños y niñas con el desarrollo sostenible.

Asimismo, es autor de numerosas publicaciones sobre el mismo tema. En la actualidad es codirector del *Children's Environments Research Group* de la City University of New York y

director de la revista *Children's Environments*.

Estructurado en tres partes, el libro presenta diversos enfoques para trabajar dos preocupaciones de interés, de un lado las cuestiones medioambientales y el desarrollo sostenible, y de otro los derechos de la infancia tomando como principal referencia la Convención sobre los Derechos del Niño (1989).

En la primera parte, "Introducción y conceptos", Hart realiza un recorrido temático sobre el medio ambiente, los derechos y responsabilidades de los niños y los diversos modelos para la implicación de los pequeños en sus comunidades. En la segunda parte, la "Participación de los niños en la práctica", el autor propone metodologías de investigación-acción con niños, en la planificación, diseño y construcción, gestión y supervisión medioambiental, con numerosos ejemplos de países del Norte (España, EEUU, Inglaterra, Noruega) y del Sur (Bangladesh, Brasil, Kenia, India, Ecuador, Filipinas, Nepal, Nigeria, Tailandia o Venezuela) en los que el autor ha trabajado en proyectos de desarrollo medioambiental tanto en el medio rural como en el urbano. En estas experiencias, Hart nos muestra cómo la participación en sociedades del Sur empieza a constituir una firme apuesta en el trabajo para las organizaciones que trabajan con infancia, niños de la calle, así como en las organizaciones de niños y niñas trabajadores donde estos son los principales protagonistas. En la tercera parte, "Métodos", propone diversas formas para aplicar los aspectos tratados en la segunda parte mediante *collages*, dibujos colectivos, confección de mapas

de la comunidad, mapas de mundo personales, maquetas, entrevistas, estudios de recursos y paisaje, recorridos o paseos de evaluación. Resulta de especial interés este apartado pues la mayor parte de la literatura sobre metodologías de participación suele ignorar el papel que pueden jugar los niños.

El reconocimiento de la participación democrática para la infancia como un derecho incuestionable está unido a la aprobación de la Convención sobre los Derechos del Niño (1989) por las Naciones Unidas. En la actualidad, la Convención constituye la principal y la más aceptada normativa internacional en materia de derechos humanos, siendo de las de mayor acogida en el seno de Naciones Unidas. En esta Carta Magna la infancia se constituye como verdadero sujeto de derechos. Reconoce a los niños y niñas el derecho a la participación (libertad de expresión, de reunión y asociación, acceso a la información) en todos los asuntos que les afecten como uno de los más novedosos de la Convención.

Hoy día, el enfoque de la participación se ha convertido para muchas organizaciones nacionales e internacionales en una de las principales estrategias de trabajo con la infancia.

Diversos autores como R. Hart entienden que la participación, como derecho fundamental de la ciudadanía “es el proceso de compartir decisiones que afectan a la vida propia y la vida de la comunidad en la que uno vive. Son los medios por los que la democracia se construye y es un criterio sobre el cual se debería medir la democracia”. La participación implica por lo tanto escuchar a los niños y niñas,

dándoles el espacio para articular sus propias preocupaciones y, tomando en cuenta su madurez y capacidades, capacitarles para que tomen parte en la planificación, conducción y evaluación de actividades, dentro y fuera de la esfera familiar, lo cual puede implicar involucrarles en la toma de decisiones. La participación es para Hart “un proceso constructivo y dinámico, con su partitura escribiéndose como en el jazz, a medida que los programas avanzan”.

Muchos son los ejemplos que ilustran las ventajas de la auténtica participación y cómo ésta es importante para el desarrollo de los niños y de sus comunidades de pertenencia. Por repasar sólo algunas de estas ventajas: fomenta la reivindicación y el ejercicio de sus derechos, desarrolla una mayor independencia y autonomía, mejora la autoestima, acrecienta la responsabilidad, la creatividad y la experimentación, implica una mayor visibilidad social de la infancia, el conocimiento de su entorno, el incremento de las relaciones personales y el intercambio de ideas, fomenta la capacidad de escucha y negociación, y conlleva en los chicos y chicas a un mayor compromiso social.

De todos es conocida la importancia de la participación de los beneficiarios en cualquier intervención social, y Hart nos abre una ventana al mundo para mostrarnos cuanto hemos infravalorado el potencial de los niños y niñas para influir en sus vidas cotidianas. Tal como propone J. Ennew en las acciones de desarrollo con la infancia, es necesario reconocer que “el principal obstáculo son nuestras actitudes; el principal recurso, los niños”. Estamos ante una obra

que cuestiona una vez más nuestras imágenes sobre los niños y niñas del mundo y que nos plantea ante el reto de dejar de percibirlos como menores... En definitiva, se trata de una preciosa herramienta, “para quienes están preocupados por el desarrollo sostenible, pero no han trabajado con niños; (...) a los educadores, dirigentes de comunidades y otras personas que ya comprenden el potencial de los niños, pero que querrían saber de un modo más práctico cómo implicarlos en proyectos medioambientales, les ofrece principios y métodos organizativos”.

Marta Martínez Muñoz
Socióloga. Consultora en
evaluación de proyectos y
derechos de la infancia

Globalización	149
Libros	149
Artículos	149
Direcciones de Internet	151

Bibliografía

SUSANA FERNÁNDEZ HERRERO

Globalización

LIBROS:

- Joaquín Estefanía, *La nueva economía. La globalización*, Debate, Madrid, 1996.
- Barbara Stallings (coord.), *Global Change, Regional Response: The New International Context of Development*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- Rubens Bayardo (comp.) y Mónica Lacarrieu (comp.), *Globalización e identidad cultural*, Ciccus, Buenos Aires, 1997.
- Samir Amin, *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Javier Martínez Peinado, *El capitalismo global: límites al desarrollo y a la cooperación*, Icaria Antrazyt, Barcelona, 1999.
- Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid, 1999.
- Richard Falk, *Predatory Globalization: A Critique*, Polity Press, Cambridge, 1999.
- Anuario CIP. *Globalización y sistema internacional: las claves para entender la realidad mundial*, Fundación Hogar del Empleado e Icaria, Barcelona, 2000.
- Guillermo de la Dehesa, *Comprender la globalización*, Alianza, Madrid, 2000.
- Jorge F. Malem Seña, *Globalización, comercio internacional y corrupción*, Gedisa, Barcelona, 2000.
- Néstor García Cándini, *La globalización imaginada*, Paidós, Barcelona, 2000.
- Noemi Klein, *No logo. El poder de las marcas*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Susan George, *Informe Lugano*, Icaria e Intermon Oxfam, Barcelona, 2001.
- Mariano Aguirre, *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*, Icaria, Barcelona, 1995.

ARTICULOS:

- Eric Helleines, “Reflexiones braudelianas sobre globalización económica: el historiador como pionero”, *Análisis Político*, enero-abril de 2000, Vol. 39.
- Saïda Bédar, “La globalización : la «nouvelle frontière» de la Revolución américaine?”, *Le debat strategique*, enero de 2000, N° 48.
- Julius Court, “Global Finance and Development”, *Development in Practice*, febrero de 2000, Vol. 10, N° 1.
- Jose Manuel Naredo, “Decálogo de la globalización: las principales mutaciones del mundo financiero”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2000, Año V, N° 52.

Susana Fernández Herrero es historiadora y responsable del Centro de Documentación del CIP

- Sylvia Walby, "Gender, globalization and democracy", *Gender and Development*, marzo de 2000, Vol. 8, Nº 1.
- Gonzalo Bernardos y Juan Alujas, "La globalizació: el triomf del mercat sobre i'estat" *DCIDOB*, primavera de 2000, Nº 74-75.
- Robert O. Keohame y Joseph S. Nye Jr., "Globalization: What's New? What's Not? (And So What?)", *Foreign Police*, primavera de 2000, Nº 118.
- David Held, "La globalización", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano de 2000, Nº 71.
- Sara Fornabaio, "Da Seattle a Praga", *Guerre&Pace*, septiembre de 2000, Nº 72.
- Craig N. Murphy, "Global governance: poorly done and poorly understood", *International Affairs*, octubre de 2000, Vol. 76, Nº 4.
- Gary Smith y Michael Muetzelfeldt, "Global Governance and Strategies for Civil Society", *Pacifica Review*, octubre de 2000, Vol. 12, Nº 3.
- Colin Hay, "Contemporary capitalism, globalization, regionalization and the persistence of national variation", *Review of International Studies*, octubre de 2000, Vol. 26, Nº 4.
- Gonzalo San Segundo, "Gladiadores en la arena de la globalización", *El Siglo*, 25 de septiembre-1 de octubre de 2000.
- James H. Mittelman, "Environmental Resistance to Globalization", *Current History*, noviembre de 2000, Vol. 99, Nº 640.
- Francisco Javier Caballero Harriet, "Globalización, estado y derecho", *Anuario de Filosofía del Derecho*, 2000, Tomo XVII.
- Mario Vargas Llosa, "The Cultura of Liberty", *Foreign Policy*, enero-febrero de 2001, Nº 122.
- The A.T. Kearney/Foreign Policy Magazine Globalization Index, "Measuring Globalization", *Foreign Policy*, enero-febrero de 2001, Nº 122.
- Bernard Cassen, "¿Es irreversible la globalización?", *Le Monde Diplomatique*, enero de 2001, Año VI, Nº 63.
- Angela Wood, "Protesta global o turismo político: las campañas contra la globalización", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, invierno de 2001, Nº 73.
- Alberto Hidalgo Tuñón, "La globalización como fetiche", *Tiempo de Paz*, invierno de 2001, Nº 60.
- Caterina García, "Globalización y desigualdad", *Tiempo de Paz*, invierno de 2001, Nº 60.
- Felipe Gómez Isa, "Derechos Humanos y Globalización", *Tiempo de Paz*, invierno de 2001, Nº 60.
- Hans Küng, "Luces y sombras de la globalización". *Tiempo de Paz*, invierno de 2001, Nº 60.
- Belén Sánchez, "Planeta ATTAC", *La Clave*, 20-26 de abril de 2001.
- Hugo Fazio Vengoa, "Globalización, relaciones laborales y desigualdades", *Nómadas*, abril de 2001, Nº 12.
- Chusa Lamarca, "El globalitarismo de las transnacionales", *Ecologista*, primavera de 2001.
- Myriam Barone y Raquel Martínez-Gómez, "Globalización y posmodernidad: encrucijada para las políticas sociales del nuevo milenio", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, primavera de 2001, Nº 74.

- Santiago Sánchez Torrado, “La resistencia al neoliberalismo”, *Noticias Obreras*, junio de 2001, N° 1265.
- Keith Hayward, “The Globalisation of Defence Industries”, *Survival*, verano de 2001, Vol. 43, N° 2.
- Joseph S. Nye Jr., “Globalization’s Democratic Deficit”, *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2001, Vol. 80, N° 4.
- Pepe Mejía, “Contra la globalización neoliberal algo más que movimientos”, *Noticias Obreras*, julio-septiembre de 2001, N° 1292-1295.
- Joseph Nye, “Globalisation and Discontent”, *The World Today*, agosto-septiembre de 2001, Vol. 57, N° 8-9.
- Ángel Rivero, “Ciudadanía y globalización”, *Anthropos*, 2001, N° 191.
- José Martínez de Pisón, “Globalización y Derechos Humanos”, *Claves de Razón Práctica*, 2001, N° 111.

DIRECCIONES DE INTERNET:

- <http://www.globalisationguide.org>. – **The Australian APEC Study Centre.**
- <http://www.ifg.org>. – **International Forum of Globalization.**
- <http://rcci.net/globalizacion>. – **Resources on Information, Sciences, Virtual, Libraries, News.**
- <http://glocalrevista.com>. – **Magazine Internacional Glocal Revista.**
- <http://globalexchange.org>. – **Global Exchange**
- <http://www.tni.org/george>. – **Transnational Institute**
- <http://www.oneworld.org>. – **OneWorld International Foundation.**
- <http://www.atac.org>. – **Asociación por una Tasa a las Transacciones Financieras Especulativas para Ayuda a los Ciudadanos**
- <http://www.idrc.org>. – **International Development Research Center**
- <http://www.worldwatch.org/topics/globalization.html>. – **World Watch Institute**
- <http://www.imf.org>. – **Fondo Monetario Internacional**
- http://www.worldbank.org/devforum/forum_globalization.html. – **Banco Mundial**
- <http://wto.org>. – **Organización Mundial del Comercio**
- <http://www.globalissues.org>